

Philip Roth

Engaño



ESPA
PDF

Obra inencontrable e imprescindible de Philip Roth, en la que exhibe su habilidad como brillante observador de la pasión humana, y presenta el mundo claustrofóbico de las relaciones adúlteras, con una franqueza sin parangón en la ficción norteamericana.

La trama de *Engaño* es el encuentro de dos adúlteros en su escondite. Él es un escritor americano de mediana edad; ella, una elocuente mujer inglesa atrapada en un matrimonio humillante al que, con sólo treinta y tantos años, ya se ha

resignado. El ritmo de la novela está sostenido en conversaciones, principalmente las que mantienen los amantes. Este diálogo —ácido, rico, lúdico, inquisitivo— es prácticamente todo lo que hay en este libro, y todo lo que es necesario que haya.



Philip Roth

Engaño

ePub r1.0

Titivillus 12.03.15

Título original: *Deception*

Philip Roth, 1990

Traducción: Jordi Fibla

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Para David Rieff

—Las anotaré. Empieza tú.

—¿Cómo se llama esto?

—Pues no sé... ¿Cómo lo llamamos?

—Cuestionario sobre el sueño de escaparnos juntos.

—Cuestionario sobre el sueño de escaparse juntos que tienen los amantes.

—Cuestionario sobre el juego de escaparse juntos que tienen los amantes maduros.

—No eres madura.

—Claro que lo soy.

—Me pareces joven.

—¿De veras? Bien, desde luego eso tiene que aparecer en el cuestionario. Los dos candidatos han de responder a

todas las preguntas.

—Empieza.

—¿Qué es lo que te irrita más de mí?

—¿Qué es lo más insoportable de ti cuando estás insoportable?

—¿Eres realmente tan animado? ¿Se corresponden tus niveles de energía?

—¿Eres una extravertida bien equilibrada y encantadora o una reclusa neurótica?

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que te sientas atraído por otra mujer?

—O por otro hombre.

—Nunca debes envejecer. ¿Piensas lo mismo respecto a mí? ¿Piensas en ello alguna vez?

—¿Cuántos hombres o mujeres has de tener en un momento determinado?

—¿Cuántos hijos deseas que obstaculicen tu vida?

—¿Hasta qué punto eres disciplinada?

—¿Eres completamente heterosexual?

—¿Tienes alguna idea concreta de lo que te interesa de mí? Sé precisa.

—¿Acostumbras a mentir? ¿Me has mentido ya? ¿Crees que mentir es algo normal o te parece censurable?

—¿Esperarías que te dijeran la verdad si la exigieras?

—¿Exigirías la verdad?

—¿Crees que tener un carácter

generoso es una debilidad?

—¿Te preocupa ser débil?

—¿Te preocupa ser fuerte?

—¿Cuánto dinero puedes gastar sin que te sepa mal? ¿Me dejarías la tarjeta Visa sin hacer preguntas? ¿Me concederías cierta libertad para disponer de tu dinero?

—¿En qué aspectos ya te decepciono?

—¿Qué te incomoda? Dímelo. ¿Lo sabes siquiera?

—¿Cuáles son tus sentimientos acerca de los judíos?

—¿Vas a morir? ¿Estás física y mentalmente en buenas condiciones? Sé concreto.

—¿Preferirías a otro más rico?

—¿Cuál sería tu grado de ineptitud si nos descubrieran? ¿Qué dirías si alguien entra a por esa puerta? ¿Quién soy yo y por qué todo va bien?

—¿Qué cosas me ocultas?

Veinticinco. ¿Alguna más?

—No se me ocurre ninguna.

—Espero ansiosamente tus respuestas.

—Y yo las tuyas. Tengo una.

—¿Cuál?

—¿Te gusta lo que llevo puesto?

—Me pones en un aprieto.

—En absoluto. Cuanto más trivial es el defecto, más enojo inspira. En eso tengo experiencia.

—Muy bien. ¿La última pregunta?

—La tengo, la tengo. La última pregunta. ¿De alguna manera, en alguna esquina de tu corazón, albergas todavía la ilusión de que el matrimonio es una aventura romántica? De ser así, eso podría ser la causa de muchos conflictos.

* * *

—La amiga de mi marido le hizo un regalo el otro día. Es muy presuntuosa, una persona con tantos celos como ambición. Para ella todo ha de ser altamente dramático. Le regaló un disco,

no recuerdo cuál, pero es una música muy conocida y muy bonita, de Schubert... basada en la pérdida de la mayor pasión de su vida, la mujer más interesante del siglo, que era alta y delgada... sí, todo está relacionado con eso, como explican muy claramente las notas de la carátula y te das cuenta de que aquélla fue la pasión más grande que jamás haya podido concebirse, el fiel matrimonio de dos almas fieles... y toda esa monserga ampulosa sobre la desgracia y el éxtasis de estar separados por el destino cruel. Era un regalo pretencioso, ¿sabes?, sin ninguna duda. Él comete el error de ser totalmente franco. Podría haberme dicho que lo

había comprado él mismo, pero me dijo que ella se lo regaló, y no creo que mi marido se molestara en mirar el dorso. Una noche yo estaba bebida y cogí uno de esos marcadores fluorescentes para subrayar, esos que hacen resaltar las palabras, y subrayé unas siete frases que, de ese modo, parecían risibles. Entonces, tranquilamente, me retiré a una distancia digna y le tendí la carátula del disco. ¿Crees que me porté muy mal?

—¿Por qué estabas borracha?

—No estaba borracha. Había tomado muchas copas.

—Bebes mucho por la noche.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Una cantidad enorme, aunque eso depende, hay noches en las que no bebo nada, pero cuando lo hago puedo tomar varios whiskis dobles antes de la cena y unos cuantos más después, aparte del vino en el intervalo. Pero ni siquiera así me emborracho. Me siento como exaltada.

—Entonces no lees mucho estos días.

—No, pero no bebo a solas. Siempre me acompaña alguien cuando lo hago, aunque la verdad es que no estamos mucho tiempo juntos. Bueno, recientemente sí... pero no es habitual.

—Llevas una clase de vida muy

extraña.

—Sí, es cierto. Es un error. Pero qué le vamos a hacer, es mi vida.

—¿Te sientes desgraciada?

—Eso va por épocas. Una atraviesa períodos atroces y luego otros llenos de tranquilidad y amor. Durante largo tiempo me pareció que todas estas cosas iban de mal en peor, y entonces hubo una breve época en la que parecían resolverse por sí solas. Ahora creo que ninguno de nosotros desea tener demasiados enfrentamientos, porque con eso no se logra nada y la vida en común resulta más difícil.

—¿Todavía dormís juntos?

—Pensé que me preguntarías eso.

No voy a responder a esa pregunta. Si quieres ir a algún lugar de Europa, yo sé exactamente adonde deseo ir.

—¿Conmigo?

—Humm. Amsterdam. Nunca he estado ahí. Y hay una exposición maravillosa.

* * *

—Estás mirando el reloj para saber la hora.

—Las personas que beben mucho suelen mirar el reloj antes de tomar la primera copa, por si acaso.

—Dime, ¿qué te ocurre?

—Oh, nada. Dos institutrices, dos niños y dos mujeres de la limpieza, todos ellos discutiendo, aparte de la habitual humedad inglesa. Luego mi hija, desde que enfermó, ha cogido la costumbre de despertarme a cualquier hora, las tres, las cuatro, las cinco. Lo agotador es que soy responsable de todas mis responsabilidades. Necesito unas vacaciones. Y no creo que pueda seguir teniendo relaciones sexuales. El día es demasiado corto.

—¿Es eso cierto? Qué lástima.

—No, no creo que podamos. ¿No estás de acuerdo? La última vez hablamos de esto, tus mismas palabras iban en ese sentido.

—Ya veo. Esto es un golpe preventivo. Muy bien. Lo que tú quieras.

Ella se ríe.

—Bueno, creo que es lo mejor. Me parece que lo expresaste con mucha claridad al decir que eso te volvía majareta.

—¿Qué es lo que me vuelve majareta?

—Todas esas cuestiones sexuales. Dijiste que una simple amistad romántica no te entusiasmaba demasiado.

—Vaya.

—Esa expresión significa que preferirías que lo dejáramos correr.

—No, en absoluto. Sólo significa

que sigo escuchando.

—Muy bien. Tal vez no debería haber simplificado tanto.

—¿De veras? Bueno, yo te lo simplificaré, si eso es lo que deseas.

—No digas nada. Detesto que abras la boca.

—Qué extraño resulta verte.

—Lo extraño sería no verme, ¿no te parece?

—No, normalmente no te veo.

—Pareces un poco distinta. ¿Qué te ha ocurrido?

—¿Eso me hace parecer tan distinta? Dime cuál es la diferencia y te diré la causa. ¿Soy más alta, más baja, más gorda, más ancha?

—No, es algo muy sutil.

—¿Algo sutil? ¿Me pongo seria? Te he echado de menos.

* * *

—He ido a ver a una amiga nuestra que abandonó a su marido. Es muy inteligente, muy guapa y tiene mucho éxito. Su valor es tan inmenso como su autodisciplina y tiene muchísimo dinero. Su aspecto es terrible.

—¿Cuánto tiempo lleva sola?

—Dos meses.

—Tendrá peor aspecto.

—No sólo gana una enorme cantidad

de dinero en un trabajo interesante, sino que ya tenía una fortuna, así que no existe esa clase de problema.

—¿Tiene hijos?

—Dos.

—Una visita aleccionadora.

—Verás, si ella no puede hacerlo... en fin, ha estado muy enferma, se ha mudado de casa, acaba de divorciarse y sus hijos están superando el golpe... Yo no podría empezar, no podría.

* * *

—No quieres que él la abandone, ¿verdad? No quieres decir: «Si no la

abandonas dormiré en la otra habitación. Puedes tirártela a ella o a mí. Elige.»

—No, no. Creo que ella tiene una gran importancia en su vida, y eso no sólo sería insensato sino también egoísta.

—¿Egoísta por tu parte?

—Sí.

—¿En serio? ¿Es ése tu punto de vista? En tal caso puedes casarte conmigo. Un punto de vista encantador... nunca se me había ocurrido. Una mujer que dice: «Sería egoísta pedirle a mi marido que abandone a su amiga.»

—Pero creo que lo sería.

—Lo normal es considerar egoísta al

hombre que desea y posee a la amiga, y no a su mujer por pedirle que la deje.

—Un punto de vista razonable y correcto no se tiene de una manera natural. Ésa fue mi primera reacción, pero creo que... me doy cuenta de que me he portado como una estúpida con mi marido, quizá porque no sé en qué me he equivocado. Él ha tenido que soportar las consecuencias de mi profunda depresión y mi soledad durante años. No creo que fuese del todo sorprendente... Me pasaba sola mucho tiempo, él viajaba y trabajaba demasiado. No tuve otras aventuras porque siempre me pareció vulnerable y necesitado de protección.

—A mí no me parece tan vulnerable.

* * *

—Así que se encuentra tranquilamente en una habitación de hospital. ¿Crees que la nena estará allí?

—Nena es una palabra encantadora.

—Pensé que te gustaría. Por fin tendrás unas pequeñas vacaciones.

—Creo que le he dado injustamente mala prensa. Tiene muchísimas cualidades, pero la verdad es que hacía mucho tiempo que no dormía bien. Esta mañana, al levantarme, me sentía completamente normal.

—¿Escuchas el disco que te regalé?

—No, tuve que esconderlo.

—¿Por qué?

—Porque sería raro que comprara un disco. No suelo hacerlo.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Lo escucharé por la noche, cuando esté sola.

—¿Y qué harás si lo descubren? ¿Comértelo a trocitos con sal y pimienta?

—Antes compraba discos, pero pasé una época tan trastornada que... bueno, eso pertenece al pasado.

—¿Qué? ¿También os peleabais por

esas cosas?

—Sí.

—¿De veras?

—Sí.

—Eso es innecesario.

—Lo sé.

* * *

—Estás preciosa. Llevas un traje muy bonito. ¿Te lo has puesto al revés?

—No, tengo muchas prendas con las costuras en el exterior. No te habías dado cuenta. Es muy elegante, sugiere que eres una persona algo anárquica.

—En fin, estás muy guapa, pero

pareces terriblemente cansada, y otra vez te estás adelgazando. ¿No tomas vitaminas o algo por el estilo?

—Lo hago a intervalos. Es que llevo tres días sin comer. Estoy demasiado ocupada.

—Demasiado ocupada.

—Sí. Verás, estoy sentada en la habitación, tratando de escribir a máquina, y la chiquitina entra y lo primero que hace es mearse en la alfombra. Sale, llora un poco más y vuelve a entrar. Cambia varias páginas de sitio, descuelga el teléfono, viene a mi lado y se hace caca en el sofá. Entonces tengo que ir a trabajar y dirigir ruidos aduladores a mi jefe durante ocho

horas.

—¿Y el marido?

—Es más fácil cuando no te veo.

Una se adapta, busca otras distracciones... y se olvida, ¿sabes? Tú no eres objeto de esas terribles comparaciones. Deseaba muchísimo explicarte lo que he estado pensando, pero creo que quizá abuso de ti y no quiero hacer eso. No quiero tener que seguirte explicando toda esa mierda. Si me lo pides lo haré, pero preferiría no hablar de ello.

—Habla de ello. Me gusta saber qué piensas. Estoy muy encariñado con tus pensamientos.

—Mi madre pasó en casa el fin de

semana y él se esfumó. Estuve a solas con ella durante un par de días, no duermo bien desde hace varias noches, pienso mucho en ti y mañana comeré con mi suegra, lo cual es una experiencia un tanto abrumadora... Es una mujer que sabe criticar de veras y puede ser tan endiabladamente desagradable que una intenta ocultarle las cosas. Y la institutriz está impaciente. Esas chicas se pasan la vida saltando de una casa a otra, comparando patronos, y la nuestra se está impacientando mucho. ¿Y sabes qué es el cérvix?

—Creo que sí.

—«Cérvix.» Qué palabra más estúpida. Bueno, pues tengo un bulto en

el mío y me han de hacer unas pruebas. Mi marido dice que he echado a perder su vida sexual. «Eres tan pesada», me dice, «todo es tan serio para ti, tan terrible, no hay alegría ni diversión ni humor en nada»... y creo que es cierto, él exagera enormemente, pero es cierto. Ya no disfruto del sexo en absoluto, me siento sola, me resulta duro. Pero así es la vida, ¿verdad?

—¿Por qué no le haces un favor a tu marido y procuras correrte?

—Es que no quiero.

—Hazlo. Abandónate y hazlo. Dicen que eso es mejor que discutir.

—Me enfado tanto con él...

—No te enfades. Es tu marido y te

está jodiendo. Déjale.

—Quieres decir que me esfuerce más.

—No, sí... en fin, hazlo.

—Una no tiene un control consciente de esas cosas.

—Claro que sí. Sé una puta durante media hora. Eso no te matará.

—Las putas no se corren y, por supuesto, no quieren correrse.

—Limítate a representar el papel de puta. No te lo tomes tan en serio.

—Ése es el problema... Él se lo toma muy en serio. Es uno de esos que creen que las mujeres deben tener orgasmos múltiples y que los dos miembros de la pareja han de correrse

al mismo tiempo. Bueno, todo esto es perfectamente normal y es lo que ocurre entre los jóvenes, porque es muy fácil para ellos, pero en cuanto tienes una historia a tus espaldas y unos cuantos resentimientos... hay demasiado antagonismo entre nosotros. ¿Y por qué pierde uno totalmente el interés sexual por alguien?

—¿Por qué no me preguntas por qué nieva?

—Pero es una razón para dejarle, ¿no?

—Ésa no es la razón de que le abandones, si es cierto que le abandonas.

—No, pero si voy al fondo de la

cuestión, ésa es la causa de todo. Él no podría soportar que haya dejado de interesarme.

* * *

—¿Cómo estás?

—Atareada y enfadada, como de costumbre.

—Pareces cansada.

—Eso no es sorprendente, ¿no crees? Me temo que se me ha corrido el rímel.

—¿Por qué estas enfadada?

—Ayer tuve una escena terrible con mi marido, porque era el día de San

Valentín y hay que hacer una escena. Alguien le había dicho que no es el marido adecuado para mí porque me gusta mucho que me mimen, y, por supuesto, me indigné mucho... pero a veces me pregunto si no será cierto.

—Pues mira, quizá porque era San Valentín, me desperté en plena noche y tuve la deliciosa sensación de tu mano en mi polla. Claro que, bien pensado, podría haber sido mi mano. Pero no, era la tuya.

—Ni la mía ni la de nadie... No era más que un sueño.

—Sí, un sueño llamado «Sé mi Valentín». ¿Cómo me he encaprichado tanto de ti?

—Creo que es porque te pasas todo el día en esta habitación. Estás aquí sentado y no tienes ninguna experiencia nueva.

—Te tengo a ti.

—Soy igual que todo lo demás.

—No, de ningún modo. Eres adorable.

—¿De veras? ¿Eso crees? La verdad es que me siento un poco correosa... me siento muy vieja.

—¿Cuánto tiempo hace ya?

—¿Te refieres a nosotros? Año y medio más o menos. No suelo hacer nada que dure más de dos años, me refiero a trabajos y esas cosas. Mira, la verdad es que no sé nada de ti. Bueno,

sí, sé algunas cosas, por la lectura de tus libros, pero no es mucho. Es difícil conocer a alguien en una habitación. Parecemos la familia Frank, encerrada en una buhardilla.

—Sí, lo sé, pero tenemos que cargar con eso.

—Ya. Así es la vida.

—Y no hay otra.

—¿Por qué no me sirves una copa?

—Estás a punto de llorar, ¿no es cierto?

—¿Tú crees? Es que necesito tanto estar a solas conmigo misma... Hace mucho tiempo, ya no recuerdo desde cuándo, que anhelo dormir sola. No, eso es una exageración, pero al final del día,

cuando estoy cansada de veras y he de librar otra batalla emocional... Y no sólo eso, sino también la molestia de otra persona que duerme a mi lado. Tenemos una cama muy grande, pero no lo suficiente. Es tan triste, ¿verdad? Quiero decir que él tiene muchas cualidades magníficas... ¿Quieres darme esa copa, por favor? Hoy no estoy demasiado estable. Considero absolutamente intolerable que me diga: «Te he dado mucho y no merece la pena.» Es tan doloroso, tanto, y en los últimos quince días ha dicho eso un par de veces. ¿Por qué no pueden mejorar las cosas? ¡Nos llevamos muy bien! Y me preocupo de veras por él. Si no

estuviéramos juntos le añoraría terriblemente. Me gusta en tantos aspectos... En fin, no debo seguir hablándote de eso.

—¿Por qué no?

—Porque no sé lo que quiero.

—Lo que quieres es poner fin a esta situación.

—¿Eso es lo que quiero? ¿Lo dices de veras?

* * *

—¿Crees que me ayudaría consultar con un psiquiatra? Porque sigo sin saber lo que quiero. Si alguien me dijera:

«Mira, tu marido dejará de tontear por ahí, te tratará con mucho respeto y deferencia, será encantador contigo, pero sexualmente no cambiará nada, no vas a tener ningún interés sexual y habrás de soportarlo...»

—¿No tienes interés por nadie?

—¿Te refieres a este momento o en general?

—Ambas cosas.

—Antes me gustaba mucho.

—¿Y ahora? No quieres hacer el amor conmigo, ¿verdad?

—No quiero hacer el amor con nadie, en absoluto, y no sabría decir los motivos. No creo que, en general, tenga algún trastorno de tipo sexual, pero

desde luego lo tengo en este momento. Incluso he llegado al punto en que el sexo me hace daño físicamente.

—Respondo a tu pregunta sobre la conveniencia de visitar a un psiquiatra: creo que debes hacerlo.

—Es difícil encontrar uno bueno.

—¿Vas a hacerlo a escondidas o abiertamente? Y en este último caso, ¿por qué vas a decir que lo haces?

—La única razón para no hacerlo abiertamente es que más adelante podría parecer inepta como madre. Se sabría que soy una neurótica y, en consecuencia, sería mucho mejor que la niña estuviera con su padre.

—Ningún tribunal haría caso de eso.

—Pero yo no quiero ir a los tribunales... tan sólo quiero que las cosas sean diferentes.

* * *

—¿Sabes qué voy a hacer el martes?
Voy a ver a un abogado.

—¿Para preparar el divorcio?

—No, en realidad sólo para ver qué pasa. Lo más probable es que llegue aquí en un estado muy exaltado.

—Estupendo. Será interesante.

* * *

—¿Qué ocurre cuando él te pregunta cómo te has hecho ese cardenal en el muslo?

—Ya lo ha hecho.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

—Le dije la verdad, como siempre. Así es imposible que me sorprenda nunca mintiendo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije: «Este cardenal me lo hice durante un fogoso abrazo con un escritor desempleado en un piso sin ascensor de Notting Hill.»

—¿Y cuál fue la reacción?

—Parece absurdo y todo el mundo se ríe.

—Y así conservas la ilusión de que

eres una mujer sincera.

—Desde luego.

* * *

—Tiemblas. ¿Estás enferma?

—Estoy excitada.

* * *

—¿Tengo un aspecto horrible?

—Con un poco de whisky te sentirás mejor.

—Si empiezo con los trámites del divorcio, tendré que comportarme de un modo impecable, pero no creo que vaya

a hacerlo.

—Entonces no lo hagas.

—No sé cuáles son mis intenciones.

Ya fue bastante violento decirle todas estas cosas a un abogado. En su despacho había una joven muy atractiva, también abogado, y eso me pareció ofensivo. Estuve a punto de decirle que saliera, pero pensé que sería mejor no empezar de ese modo. Decidí que no iba a embarcarme en confesiones ni nada por el estilo, pero hay ciertas cosas que son inevitables, como esa pregunta: «¿Ha cometido adulterio su marido?»

—¿Qué dijiste?

—Que sí, que lleva cuatro años cometiendo adulterio. Pues bien, si

soportas el adulterio de tu pareja durante seis meses es que lo toleras, y eso ya no puede ser una causa para pedir el divorcio. Tenían mucha curiosidad por saber por qué lo había soportado. Les dije que dejaran eso y fueran a lo que importa: él tiene la vida organizada de tal manera que puede hacer exactamente lo que le venga en gana, he descubierto que se trata de una organización muy poco habitual, y si yo consiguiera una cosa así creo que podría darme por satisfecha. A la joven abogado le escandalizó que me mostrara tan frívola, pero resulta muy difícil hablar de esas cosas. La verdad es que no tienes el menor deseo de hablar de

eso con otros.

—Pero tienes que hacerlo.

—¿Sabes? Hace mucho tiempo, cuando vivía en el campo y antes de que pasara mucho tiempo en la ciudad, me sentía una persona sencilla y deseaba serlo. Pero cuando luchas demasiado esa sensación se esfuma. Antes era muy divertida.

—Ahora me lo paso bien contigo.

—Hoy me apena que no tengamos ninguna clase de vida sexual. Quiero decir que la vida sexual que tenemos no es la que yo quiero.

—¿Se lo has dicho a los abogados?

—¿Eso? No, claro que no. A él le entusiasma el sexo, pero desde mi punto

de vista, tal como están las cosas, se trata de una relación vacía.

—Sí, ya me dijiste que lo soportas.

—Ahora ni siquiera eso. He decidido prescindir del sexo por completo.

—Entonces eso provocará el final incluso sin la intervención de los abogados.

—Lo sé, pero es que me parece tan estúpido... Por curioso y raro que parezca creo que hay algo que decir en favor de...

—¿Del celibato?

—No iba a decir eso, aunque creo que también es cierto. Es mucho mejor para trabajar... Tengo muchas más ideas

y siento que ejerzo un dominio mucho mayor de mí misma. Accedo con más facilidad a todas las cosas en las que quiero pensar y no estoy tan aturdida como antes. Lo que sucede, a mi modo de ver, es que sexualmente echas el cerrojo, entras en hibernación. No estoy segura porque es algo que nunca había hecho, no es realmente natural para mí. Sexualmente yo era muy arrogante, porque todo me resultaba muy fácil.

—Hace mucho tiempo.

—Sí.

—Soy una chica checoslovaca, graduada en literatura rusa. Emigré a Estados Unidos en 1968, tras la entrada de los tanques rusos. Viví seis años en Estados Unidos, en Upper East Side, y ahora he vuelto.

—Bienvenida.

—En el sesenta y ocho me enamoré perdidamente de mi nuevo hogar. Todo en América era nuevo... tenía que aprender muchas cosas y hacerlo con rapidez. Estudié interpretación, pero no pasé de la prueba en bikini para la Paramount. Entonces me dediqué a la moda, pero ese trabajo no me hizo tan feliz, así que ahora quisiera dedicarme a escribir. Por eso he venido a verle.

—Me alegro de que lo haya hecho, aunque no sé si podré ayudarla en algo.

—Al llegar a Estados Unidos un productor de televisión me proporcionó mi primer trabajo. Vivía en su casa particular, como canguro a jornada completa, y me dije que aquello era América. Cuando salí de esa casa encontré un apartamento en el East Side y descubrí que mi cuerpo se apartaba de lo corriente. Me invitaron a trabajar como modelo y me pusieron una túnica de seda con bordados de oro. Bajé la vista para ver qué estaba haciendo aquel hombre y vi su pene muy, muy grande... Estaba esperando para ver si yo buscaba el pene o si seguía ocupada con la túnica

de modelo. No hice caso del pene y él se dirigió a mi amiga. Vi con claridad que tendría que abrirme camino por mi cuenta.

—¿Cómo lo hizo?

—El hombre con quien salía me consiguió un nuevo apartamento en un edificio donde vivían celebridades, frente al de una preciosa modelo negra. Vi a un guapo negro que sacaba la basura al pasillo. Yo siempre corría para entrar en el ascensor con ellos. Un actor que vive en ese edificio me llevó con él cuando iba a visitar a su amiga. Nos hacía el amor a las dos y luego sólo satisfacía a la otra chica. Yo estaba desesperada. Algunas de mis amigas se

dedicaron a la prostitución y llegaban a casa de madrugada, con el monedero lleno de billetes de cien dólares. Conseguí un empleo como modelo de sujetadores y me pusieron un vestido negro de Valentino para el desfile. Me quedé con ese vestido y empecé a visitar bares en el hotel Pierre y en el Plaza. Me preguntaba cómo serían los hombres y si les gustaría.

—¿Y les gustó?

—Gustaba mucho a los hombres y empecé a detestar mi cuerpo. Me apretaba mis grandes senos con la ropa para disimularlos. Tomé lecciones de vocalización y conversación a fin de perder mi acento, pues descubrí que ese

acento era una de las cosas que les atraía. Pero todavía me quedaba mi cutis blancuzco. Empecé a odiar el dinero y sólo soñaba en el amor. Pensé que iría a consultar al doctor Sigmund Freud.

—Se sometió a terapia.

—No, empecé a frecuentar fiestas. El hombre me llevaba a fiestas que daba el mundo del espectáculo, fiestas con prostitutas, fiestas en las Naciones Unidas, y me convertí en una habitual de los lugares de moda. Viajé a Acapulco, donde perdí espléndidamente el tiempo, conocí a un millonario belga de cincuenta y cuatro años y durante dos nos dimos la gran vida, visitando todos los sitios lujosos a los que se puede ir

con dinero. Ya conoce esa mentalidad: él podía acostarse con la mitad del público femenino de la discoteca, pero eso sí, siempre se marchaba conmigo. Empecé a hacer lo mismo, pues tenía conciencia de que era mujer y corría la época del movimiento de liberación femenina. Para mí la realización personal consistía en viajar a Montecarlo, ir a la discoteca Regine's, cinco guapos amantes que me visitaban en mi apartamento de la Quinta Avenida, Parke-Bernet, vestidos de alta costura, restaurantes franceses, etcétera. Mi vida carecía por completo de significado pero, claro, eso era mejor que casarse con un hombre pobre, vivir en Brooklyn

y tener tres hijos. En todas partes tenía la sensación de que siempre era lo mismo y sólo cambiaban los decorados y siempre entregaban la cuenta a mi amigo. Ambos empezamos a soñar con lugares extranjeros y gentes de otros países. Todo el mundo me miraba cuando él empezaba a hablarme de su avión privado y sacaba dinero o tarjetas de crédito. Sentía mucha curiosidad hacia el sexo y empecé a experimentar por mi cuenta, pues veía hacer eso a todo el mundo. Conseguí lo mejor que podía ofrecerme Manhattan y acabé en una clínica con un trastorno emocional.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Estuve allí dos meses, hasta que

me recuperé. A pesar de esa vida de relumbrón, nunca había dejado de estudiar. Me hice decoradora de interiores profesional, fui a una escuela de diseño de moda, seguí cursos de cocina francesa y asistí a una escuela de educación social para señoritas. Trabajé con disciplina y, como suele ocurrir, la disciplina obró milagros conmigo.

—La disciplina... ¿Es ése el final feliz de la historia?

—No, no, no. En la discoteca Regine's de Montecarlo conocí a un extranjero muy guapo y me enamoré perdidamente de él. Era árabe. Viví con él en París por todo lo grande durante un año, tomé clases de francés y él se casó

conmigo. Nos fuimos a vivir a Kuwait. Pero esa vida de las mil y una noches tenía un precio. Me desmayaba continuamente, de repente, ¡zas!, me caía en redondo al suelo. Él se reveló como un hombre duro, inteligente y brutal. Entonces los palestinos me violaron, me dijeron que habían pagado a mi marido para que se casara conmigo. Me llevaron a la embajada y me dijeron que mi marido era comunista. Me propusieron que firmara un contrato por doscientos mil dólares. Descubrí la conexión con el embajador en las Naciones Unidas al que había visto muchas veces en las fiestas del Upper East Side. Los comunistas me siguieron.

Huí a la embajada checoslovaca. Allí ya lo sabían todo y estaba a su merced. Entonces me dijeron: «Irás a Estados Unidos y trabajarás para nosotros, en contra de los judíos.»

—Eso no me sorprende del todo.

—Me llevaron a la comisaría de policía y zurraron a un delincuente delante de mí, hasta que perdí el sentido. Corrí a las Naciones Unidas, acudí al comité de derechos humanos y me dijeron que no podían hacer nada por mí. Se trataba de un intento criminal contra la seguridad de Estados Unidos.

—No acabo de entenderla.

—Dijeron que yo era un testigo político muy importante. Recordé que

todos aquellos años había sido una intrusa en la sociedad y ahora ni siquiera me amparaban las leyes.

—¿Y qué quiere usted de mí?

—Por favor, me encanta Kafka y he estudiado a Freud, amo y respeto profundamente al pueblo judío, admiro su inteligencia. Estoy buscando a alguien que lea mi libro y me ayude a publicarlo.

—¿De qué trata su libro?

—Jamás se ha publicado un libro sobre prostitutas escrito por una prostituta. He de encontrar a alguien que me ayude a publicarlo. Me alegraría tanto que esa persona fuese usted...

—¿Crees que los judíos se esfuerzan más en Inglaterra?

—Así es.

—Pero no es difícil esforzarse más en Inglaterra.

—Tonterías. Desde luego, la idea que tienes de los ingleses es muy distinta de la mía.

—La tasa de producción per cápita más baja del mundo es la de Inglaterra.

—Me estás hablando de obreros industriales, que son muy listos. ¿Por qué habrían de trabajar? Pero la gente de este país que puede conseguir algo trabajando, trabaja. Soy testigo de ello.

—Y los judíos trabajan incluso más que esa gente.

—No, sólo he dicho que se esfuerzan más que yo.

—¿Tienes una amiga judía?

—No. Es evidente que no tengo una amiga íntima, pues de lo contrario pensaría en ella. Estoy tratando de pensar en una no tan íntima. —Riendo—. En cambio he tenido amigos íntimos judíos.

* * *

—¿Cuál prefieres?

—No deseo hablar de eso.

—Pero quiero saberlo. ¿Cuál prefieres?

—Para acariciarlo, el que no está circuncidado. Es interesante mover la piel que recubre el glande.

—¿Y para joder?

—No puedes preguntarle tal cosa a una mujer inglesa bien educada.

—Para joder.

—El circuncidado.

—¿Por qué?

—Es como tenerlo desnudo.

—El pene desnudo.

—Supongo que sí.

* * *

—Sinceramente, te juro que es

cierto. Nunca me masturbé hasta los veintisiete años.

—Pobre de ti.

* * *

—Cierra los ojos.

—Huy, huy...

—Ciérralos.

—No permitiré que me ates.

—¿Quién ha dicho que te va a atar en esta etapa inicial del juego, mi querida amiga?

—Lo he leído en los libros.

—¿Y qué?

—Los escritores escriben esos

libros.

—Cierra los ojos.

—Si no hay más remedio...

—Veamos cuánta atención has prestado. Describe esta habitación.

—Para empezar, es demasiado pequeña para que dos personas se relacionen amorosamente en ella.

—¿No podemos buscar una casa con cama incorporada?

—No, no podemos. Ya he pensado en ello. Tengo amigos con casas provistas de camas, pero no veo cómo podríamos. Están las señoras de la limpieza, las institutrices, los niños...

—Entonces tendremos que arreglárnoslas con esta pequeña

habitación sin cama.

—Tiene dos bonitas puertas-ventanas que dan a una extensión de césped y un árbol florido. A tono con la austeridad funcional de la habitación, las ventanas no tienen persianas ni cortinas, de modo que los habitantes de las casas al otro lado del jardín pueden ver claramente lo que ocurre aquí. Estoy segura de ello.

—Lo que suelen ver es alguien que escribe a máquina. A veces le ven leyendo. Se merecen algo más interesante.

—Hay un sillón de cuero negro muy cómodo, en el que está sentada una mujer que debería haber vuelto al

trabajo. Un hombre se sienta en una silla de cuero ante su mesa. Lleva dos gomas elásticas en la muñeca y se dedica a doblar y retorcer los clips con los que juguetea continuamente mientras escucha las quejas de la mujer acerca de su matrimonio. La mesa, más o menos de metro y medio de largo por un metro de ancho, consiste en un pedestal metálico gris y una superficie de formica clara, no tan ordenada como sería de esperar dado el carácter compulsivo del hombre, aunque éste parece saber qué desigual montón de papeles es un manuscrito sin terminar y cuál es un rimerero de cartas sin responder, así como dónde están los recortes sobre Israel que

separa de los periódicos londinenses para demostrar a la mujer que los británicos son antisemitas. La máquina de escribir, en una mesita especial situada en ángulo recto con respecto a la mesa de trabajo, es una IBM Correcting Selectric Two con cinta correctora, negra y seria. Una pelota de golf Prestige Pica Setenta y dos.

—Muy bien.

—Estantes empotrados en la pared detrás de la mesa. Muchas quejas sobre la deficiente mano de obra inglesa mientras procedían a la construcción. Libros: *La comedia judía de Heine*, de Praver, *El judío como paria*, de Hannah Arendt, *Noches blancas*, de Menachem

Begin..., etcétera, etcétera. Una cantidad excesiva de libros sobre judíos, de judíos, para judíos. Un globo de papel japonés, polvoriento y rasgado, suspendido sobre la mesa, propiedad del inquilino anterior. Dos lámparas de arquitecto, o comoquiera que se llamen, de cromo, una para cada escritorio. Dos calefactores Dimplex blancos. Moqueta comercial, azul acero. Una esterilla de plástico para ejercicios de espalda y el adulterio. Varias revistas literarias londinenses al lado de un receptor de radio sintonizado con Radio Tres sobre una modesta mesita auxiliar de bambú y vidrio. La edición parisina del *Herald Tribune* abierta y doblada por la página

deportiva. Una gran papelera de mimbre llena de números atrasados de ese mismo periódico, hojas de trabajo descartadas y páginas manuscritas rotas, así como varias cajas de cartón, envases de patatas horneadas rellenas de pisto, lo cual significa que el almuerzo es tan espartano como todo lo demás. Una ornamentación floral de yeso en las molduras del techo es el único detalle voluptuoso.

—¿Es eso todo?

—Desgraciadamente sí. Ahora cierra tú los ojos.

—De acuerdo.

—Veamos cuánta atención has prestado.

—Adelante.

—Describeme.

* * *

—Me inquieté muchísimo por lo que harían con el bebé si tenía algo malo. Quería que un médico lo despachara, y encontré varios. Fui a verles y les pregunté qué harían si la criatura tenía algún defecto muy grave. Por supuesto, no iban a despachar a un niño que parece sano sólo porque una teme que pueda sufrir un trastorno cerebral, pero un niño con la espina bífida, mongólico o con ciertos problemas evidentes y muy

serios es otra cosa, y sé de qué estoy hablando. Consulté con cuatro médicos. Lo curioso, y algo que me perturbó en aquel entonces, fue que poco antes de llegar al final de mi embarazo hubo dos casos. Un tipo mató a un niño y le acusaron de asesinato. Hubo una tremenda controversia en la prensa. Reconocieron que era un hombre abnegado hasta el fanatismo, decente, y que él mismo había criado a un niño subnormal, por lo que, a pesar de que había matado, le dejaron en libertad. Pero lo había hecho. No intervino y no le dio al niño suficiente nutrición. Claro que es preciso mucho tiempo para que una criatura se muera de hambre. Si

quieres hacerlo en serio, tienes que machacarle la cabeza, y lo terrible es que los niños con algún defecto gravísimo suelen ser muy fuertes, pues de lo contrario habrían muerto en la matriz o sufrido un aborto espontáneo. El otro caso es el de una mujer con un hijo mongólico que hubo de abandonarlo y alguien lo adoptó después de que ella hubiera intentado matarlo. Hay mucha gente rara que desea criar niños subnormales.

—Tú no eres una de esas personas.

—¿Lo eres tú acaso? Ni siquiera quieres criar un niño sano. El primer médico que visité, un hombre muy decente, dijo que compartía mi actitud

pero que no estaba dispuesto a poner en juego su carrera. No había nada que hacer. Uno de ellos me dijo que, por supuesto, estaba de acuerdo conmigo y que no debía preocuparme. Era fácil deshacerse de un bebé metiéndole gasas quirúrgicas en la garganta hasta que se asfixia. Le dije que eso me parecía más bien excesivo, que debe haber maneras más amables de asesinar a los bebés. El hombre más simpático y el mejor médico de todos ellos dijo que sí, y estaba claro que habría hecho algo terriblemente doloroso para él y difícil... ah, eso me preocupó muchísimo. Entonces descubrí una cosa alentadora, a saber, que si eres mujer y

cometes cualquier delito durante las seis semanas posteriores al parto, casi con toda seguridad ni siquiera te enviarán a juicio, porque existe una dispensa legal por la que las mujeres en ese período, e incluso durante el primer año tras dar a luz... bueno, consideran que estás un poco mal de la cabeza. Por eso creo que puedes matar a la criatura y salir bien librada. Has de andar con pies de plomo, pero estoy convencida de que no te pasa nada.

* * *

—Apenas dices nada. ¿Sabes?

Hablas muy poco cuando estoy aquí.

—Te estoy escuchando, me gusta escuchar, soy un *écouteur*, un audiófilo, un fetichista de la conversación.

—Humm. Eso de que estés ahí sentado escuchando no deja de ser erótico.

—En fin, no es tan raro.

—No lo es, ¿verdad?

* * *

—Teníamos el televisor en el dormitorio y todo el mundo entraba para ver la tele y se sentaba en nuestra enorme cama doble. Ése fue el comienzo

de tantas alianzas destructivas. Por el bien de la comunidad sacamos el aparato del dormitorio. Por lo menos tres parejas se juntaban en nuestra cama doble para ver la tele.

—Parece una idea simpática.

—No, no servía de gran cosa.

* * *

—El domingo pasado dijiste que tenías que ir a casa porque a él le picaría la curiosidad. ¿Por qué te importa eso?

—Porque he de decir mentiras y no me gusta. Tengo que preservar cierta

sinceridad sin ponerme al descubierto, y eso es irritante en extremo y tedioso. Créeme. Ya tengo que planear suficientes cosas sin necesidad de fabricar un centenar de ardidés.

* * *

—Qué agradable es estar contigo cuando afuera nieva. Estar acostados así mientras la nieve cae alrededor de los árboles... es una maravilla.

* * *

Desvistiéndole.

—Este cinturón es nuevo.

* * *

Tras alcanzar el orgasmo.

Quedamente.

—¿Estás bien?

—Qué dulce eres.

—¿En qué estás pensando?

—En nada. ¿No te parece agradable?

—Es sublime.

* * *

—Sinceramente, ¿piensas alguna vez

en arrojarte por una ventana?

—Sí, claro.

—¿Mucho?

—Con frecuencia.

—¿Y qué te lo impide?

—No es que quiera morir, sino que quiero vivir... vivir mejor. Quiero que la vida sea mejor, y por eso comprendo que es mejor que siga viviendo algún tiempo más.

* * *

—En casa me encontré con un oficial de prevención de delitos y mi marido. Me retuvieron un poco.

—¿Está bien?

—Sí, lo estoy. ¿Puedo sentarme, por favor?

—Sí, siéntese ahí mismo, señorita.

—Me sorprendió encontrar a esos dos hombres en casa.

—Me gusta eso de «oficial de prevención de delitos».

—Lo sé, es curioso. Pero no estaba allí por mi delito, sino que había ocurrido una violación en nuestra calle, de hecho al lado de nuestra casa. Me sentí preocupada porque el edificio tiene muchas ventanas y vive con nosotras esa chica, la institutriz, que es muy atractiva. Así que la policía vino a visitarme, un oficial joven y muy guapo,

sin uniforme. Quería charlar un poco.

—¿Qué es un oficial de prevención del delito?

—Pues eso, quiere prevenir los delitos, sobre todo impedir que alguien allane nuestra casa, porque no está fortificada adecuadamente.

—Pero la empresa Banham se ocupa de eso.

—Ya lo hicieron, y tan mal que yo misma puedo allanar la casa.

—Y violarte a ti misma.

—Cuando estoy en casa tengo otras cosas que hacer. Por eso he llegado tarde. Eso me ha desconcertado.

—¿Cómo te las ingeniaste para salir?

—Ha sido difícil de veras, porque mi marido esperaba que volviera a casa después del trabajo y tomara el té con el bebé.

—Entonces, ¿qué le has dicho?

—Le he dicho que salía.

—¿Y cómo ha reaccionado?

—Quería saber adonde iba y le he respondido que no pensaba decírselo, pero de una manera muy amigable y... bueno, salí y aquí me tienes.

—Irritada conmigo porque has tenido que pasar por todo eso para venir aquí.

—No estoy irritada.

—De acuerdo.

—No creo estarlo.

—Bueno, vamos a averiguarlo.

* * *

—¿Recibiste mi carta?

—Sí, y era maravillosa. La rompí, porque me pareció que hacer eso era perfecto.

* * *

—Son las cinco, la hora en que los gentiles empezáis a beber, ¿no es cierto?

—Eso creo.

—Muy impresionante.

—¿Qué?

—Tu peinado.

—No me gusta.

—A mí sí.

—¿Por qué no eres feliz con tu mujer? ¿Por qué no te basta?

—¿Por qué no te basta tu marido?

—Te he hablado mucho de él. Quiero que me hables de ti. Te he dicho muchas cosas acerca de mí. Quiero saber por qué no te conformas con ella.

—Es que me haces una pregunta errónea.

—¿Cuál es la pregunta correcta?

—No lo sé.

—¿Por qué estoy aquí?

—Porque me he dejado conducir por la tentación. Lo sé ahora que soy mayor.

—Todo eso parece una canción popular.

—Por eso son populares.

—¿Por qué te empeñas tanto en evitar herirla?

—¿Por qué habría de querer herirla?

—No quiero decir que debas o quieras, pero como no pareces libre para hacer nada...

—¿Qué entiendes por libre? ¿Lo eres tú?

—Es indudable que soy más libre.

—Tonterías.

—Pero si una persona te importa lo suficiente para que quieras protegerla... Me pregunto por qué ha de estar en una posición tan vulnerable.

—Eso es un eufemismo.

—No lo es.

—Entonces no comprendo.

—No parece retener tu atención tanto como sería de esperar, y eso resulta extraño. Claro que la gente debe decir lo mismo de mí... quiero decir acerca de mi marido.

—Quizá deberíamos cambiar de conversación.

—¿Por qué? ¿Es que no puedo saber ciertas cosas de ti?

—Es probable que una relación adúltera funcione mejor si sólo uno de los dos se queja de las insatisfacciones domésticas. Si ambos lo hacen difícilmente tendrán tiempo para

dedicarse al adulterio en sí.

—Entonces tus insatisfacciones no tienen límite, excepto las insatisfacciones con Inglaterra y el carácter inglés.

—¿No sería posible que la insatisfacción doméstica, diferenciada del desplazamiento cultural, no tenga nada que ver con el hecho de haberme enamorado de ti? ¿No sería posible que todo eso no represente para mí una carga tan pesada como lo es para ti y, en consecuencia, tenga menos que decir sobre el particular? ¿No podría ser que mis dificultades tuvieran otros motivos?

—El desplazamiento cultural es lo que te ha metido en esto... ¿Es eso lo

que me estás diciendo?

—Quizá algo por el estilo.

—¿Podrías ser un poco más concreto, por favor?

—Como dicen en un idioma más conciso que el nuestro, *il faut coucher avec son dictionnaire*.

—Entonces lo nuestro no es realmente una historia de amor, sino una historia cultural. Ésa es la que te interesa.

—Ésa siempre me interesa.

—Porque explica a las mujeres gentiles, ¿no es cierto? Te enamoras por la antropología.

—Podría ser peor. Siempre hay otras maneras de tratar las diferencias

antropológicas. Ahí está el viejo odio siempre dispuesto y la xenofobia, la violencia, el asesinato, el genocidio...

—Entonces eres algo así como el Albert Schweitzer de la jodienda intercultural.

Riendo.

—No, no soy tan santo. Digamos que soy el Malinowski.

—Yo era una jovencita checoslovaca, fui a tu hotel y quisiste que subiera a tu habitación para ayudarte a llevar unos libros. Eran las diez de la mañana. En el hotel fueron muy descorteses. Me trataron como si fuera una puta y luego tú hiciste una escena. Entonces te llevé al otro lado del puente de Carlos y me enseñaste muchas palabras coloquiales. Cenamos en tu hotel. Yo no te interesaba en especial, porque cuando llegué estabas sentado bebiendo algo. Tenía veintiuno o veintidós años. Ahora soy mucho mayor.

—¿Cómo se llamaba aquel parque en lo alto de Praga donde nos sentamos?

—No lo sé. No fuimos allí. Debes

de confundirme con otra persona.

—No, no hubo nadie más. Y, por el contrario, me interesabas en especial.

—Una vez me telefoneaste para invitarme a una orgía. ¿Te acuerdas? Te dije que yo sólo podría mirar y tú dijiste que no, que debía participar. No fui lo bastante valiente para ir.

—No te perdiste nada.

—Te seguían continuamente, y cuando nos sentamos en un restaurante aquel tipo se sentó con nosotros y no pudimos comer. Yo trabajaba en la Biblioteca Americana. No fue muy inteligente por mi parte aceptar ese empleo, que me consiguió mi profesor. Casi bromeando me dijo que sería

conveniente para todos, porque no podíamos entrar allí y de ese modo conseguiríamos libros. Todos pensamos que estaría sentada en la biblioteca, trabajando con libros y leyendo. Así fue durante dos años, un gran empleo, fantástico, pero al final empezaron las dificultades. Tuve que elegir entre trabajar para el Servicio Secreto o marcharme. Aún no debería hablar de ello.

—Estás en Londres y no hay ningún problema. Continúa.

—Para conseguir el empleo fui a ver al agregado cultural, quien me dijo que les interesaba porque había estudiado literatura, etcétera. Era un hombre muy

amable, de origen checo. Nos gustamos mutuamente y me dio el empleo sin ningún problema. Pero entonces tuve que ir a la organización checa, la cual podría validarlo o no. Es el departamento que organiza a todos los empleados para cualquier trabajo relacionado con el extranjero, en realidad una rama del Servicio Secreto, cosa que yo entonces ignoraba. Era una jovencita estúpida y estaba muy emocionada por el trabajo. Pensaba que sería magnífico, que tendría contactos y practicaría precisamente lo que había estudiado. Pronto tuve buenos amigos y me hice popular, pero cuanto mayor era mi popularidad entre los americanos, más aumentaban mis

dificultades. La organización me dejó trabajar durante dos años, al cabo de los cuales me llamaron y dijeron: «Tienes un trabajo que te gusta y ganas mucho más que en cualquier otro sitio, aparte de numerosos gajes.» Contaban con que no tendría valor para marcharme, que me quedaría y trabajaría para ellos. Además, me sería muy difícil marcharme, porque luego nadie querría emplearme como profesora. Primero me dieron a firmar un documento diciendo que nuestra conversación era un secreto de estado y si hablaba con alguien de ella podría acabar en la cárcel. De todos modos podrían encarcelarme, porque estaba tan asustada que hablé con mis

amigas y varias personas. Me informaron de que, según los artículos tal y cual, nuestra conversación era secreto de estado y si se lo revelaba a alguien, incluida mi propia familia, podrían procesarme y condenarme a un máximo de siete años. Les pregunté qué querían que hiciera y ellos respondieron que no me lo dirían hasta que firmara. «No puedo firmar nada sin saber de qué se trata», les dije, y ellos propusieron que me tomara unos días para decidirlo. «No», les dije, «puedo decírselo ahora mismo. No quiero ni puedo hacerlo». «Pues tendrás que buscarte otro empleo, porque no tienes futuro en la biblioteca.» No me despidieron, se

limitaron a decirme que debía buscar otro empleo. No me hicieron nada, sólo me dijeron que no tenía futuro y que al final debería marcharme. Volví al trabajo y no dije a nadie lo sucedido. Entonces, para rematar las cosas, los americanos hicieron lo mismo, me dijeron que estaban muy interesados en mí, y les respondí del mismo modo, me negué también. No quisieron que firmase nada, sólo me pidieron que trabajara para ellos. Dije que no, que no quería hacerlo. Así pues, mi situación empezó a ser muy precaria tanto en un lado como en el otro. Ambos estaban interesados en mí porque dominaba idiomas. También hablaba alemán y, probablemente, les

convenía mucho utilizarme. Tenía mucha habilidad como traductora. Siempre me había gustado la literatura y traducía relatos para periódicos checos. A partir de entonces tanto unos como otros me retiraron sus simpatías, y poco después me marché. Afortunadamente encontré un empleo docente, al que me dediqué durante otros dos años... y luego me casé. Él vino a Checoslovaquia y se casó conmigo. Anteriormente estuve enamorada de un profesor americano muy serio, pero al que no me permitían ver... los checos no me dejaban salir y él vivía en Toronto. Además, estaba tramitando el divorcio, no sabía qué hacer y a mí me disgustaban mucho los

hombres que no saben qué hacer. Así pues, me casé con aquel inglés estúpido que, por lo menos, sabía que me quería. Fue en 1978. Un matrimonio estúpido, porque era un inglés despreocupado cuyos únicos gustos eran el fútbol y el críquet, la clase de hombre que frecuenta los pubs... Pasé seis meses muy interesantes viendo caballos, perros y pubs. No puedo culparle, yo soy la única culpable.

—Te casaste con él para salir de Checoslovaquia.

—No lo sé, porque ansiaba algo atractivo, algo... y cuando me marché de Checoslovaquia, ese hombre ni siquiera me gustaba, porque no le había visto en

todo el año. Me costó un año entero salir del país. Primero tuve que reunir todos los papeles, cientos de documentos, ¿sabes?, porque has de pagar la educación que te han dado. Cuando llegué a Inglaterra, él se irritaba al verme llorar, mientras yo sufría y no podía enfrentarme a la situación, que era demasiado difícil, y él empezó a odiarme. Lo lógico habría sido que me sintiera feliz porque él me había rescatado de un país horrible, pero me ocurría todo lo contrario, me sentía desgraciada y añoraba a mis amigos. Probablemente nunca te topas con ciertos ingleses, porque siempre te mueves en círculos diferentes, de gente

interesante y educada, pero si te mezclas con la gente ordinaria, que puede ser muy amable, pero tú hablas un lenguaje diferente... No tienes nada en común con ellos. Lo pasé muy mal tratando de vivir aquí y conseguir diversos empleos. Si mencionas que acabas de llegar a Inglaterra nadie te quiere, así que fue muy difícil. Hice todos los trabajos imaginables, como mecanógrafa, vendedora de libros en Foyle's... me echaron al tercer día porque el encargado era insoportable y le contesté, cosa que no se hace en este país. Sí, me despidieron, pero seguía siendo yo misma, seguía siendo una checa. Por favor, no tengo ganas de contarte la

historia de mi vida. Ya te la conté en Praga.

—Entonces era una historia diferente.

—Eres tú quien debería contarme tu vida. Es más interesante.

—No lo creas. Continúa.

—Él no era un mal hombre, pero yo venía directamente de Checoslovaquia, de... bueno, allí siempre había llevado una vida bastante agradable y fácil, aparte de aquellas ocasiones en que me importunó el Servicio Secreto, pero no me hicieron ningún daño. Sólo me preguntaron si trabajaría para ellos, me negué y creo que, más o menos, me dejaron en paz. Pero el mero hecho de

su existencia me asustaba. La verdad es que los vi por primera vez cuando te conocí. Cuando me sorprendieron contigo en el hotel, en cuanto te marchaste al aeropuerto me llamaron. Querían hacerme muchas preguntas sobre ti. Entonces me sentí aterrorizada. Estaba muy asustada y me temblaban las manos. Me preguntaron qué estaba haciendo en el hotel contigo, cómo te había conocido y si nos habíamos acostado. Imagina, sólo tenía veintiún años. Me llevaron a su oficina. Aparecieron de repente en mi puerta, me enseñaron la placa y me llevaron. Les dije que nos habíamos conocido, que hablamos, me gustaste y eso era todo.

No me interrogaron demasiado, durante cosa de una hora. Uno de ellos era amenazador y el otro amable. Tienen asignados esos papeles, ¿sabes? Aquélla era mi primera experiencia con esa gente, de la que siempre oyes hablar en Checoslovaquia, pero nunca la ves. Pero entonces me sucedía a mí, estaba allí sentada y no sabía qué me ocurriría. Era demasiado joven para comprender que no podían hacerme gran cosa. Ahora no me asusto cuando los veo, pero entonces me atemorizaban. Estaba estupefacta, porque no había hecho más que ir a tu habitación y ayudarte a llevar unos libros. Supieron quién era porque me cogieron el carnet de identidad, anotaron

los datos y, al parecer, cuando te fuiste... y te tenía mucho afecto, no sé, eras agradable, la verdad es que me gustabas mucho. Al principio no, pero luego, cuando cruzaste el puente de Carlos, fue como... era muy placentero estar en compañía de un hombre cuyo libro había leído. Uno de ellos me dijo: «Será mejor que nos lo digas todo porque de todos modos ya lo sabemos.» Y le respondí: «Si lo saben todo, ¿por qué me lo preguntan?» No me preguntaron nada de ti. Lo que más les interesaba era saber si me había acostado contigo. Quizá pensaban que alguien que escribe un libro como éste debe de ser un maníaco sexual. Les

interesan hasta los detalles más triviales de una persona. Así que fuiste el causante de todo... Tienes que invitarme a una copa.

—¿Cómo terminó tu matrimonio con el inglés?

—Vi un anuncio en el que pedían guías con idiomas. Acudí a una entrevista y el hombre era un griego de ojos oscuros, agradable. Por entonces yo odiaba a los ingleses porque son muy corteses pero en cuanto abría la boca y hablaba con acento extranjero no tenía ninguna oportunidad. Y no podía demostrar que era bastante inteligente porque eso a ellos no les importaba nada. Como era griego, me dijo que

tampoco le gustaban los ingleses y me dio el empleo en el acto. Yo estaba encantada, entusiasmada porque por fin, al cabo de un año, encontraba algo que hacer y podía ganar un poco de dinero. Le dije que estaba casada y no quería hacer muchos viajes, porque no podía dedicar todo mi tiempo al trabajo, y él se mostró de acuerdo, aceptó que sólo hiciera algún viaje. Cuando regresé a casa y le dije a William que tenía el empleo me preguntó si estaba completamente decidida, y al responderle que sí, me soltó: «Muy bien, recoge tus cosas y vete de mi casa.» Así lo hice, y ése fue el fin. No resultó muy divertido, porque eran casi las once de

la noche y yo estaba en la calle, sentada en una de mis maletas. Por otra parte estaba muy contenta porque me había librado de algo que no quería ser, pero no era muy divertido, pues una joven checa sentada en su maleta a las once de la noche en Londres... Bueno, telefoneé a una amiga checa que también había tenido aquí una experiencia difícil, que emigró en 1968, cuando los rusos invadieron nuestro país, y se vino sin hablar el idioma, de modo que comprendió mi situación. «Hace mucho tiempo que esperaba tu llamada», me dijo. «Espera ahí.» Vino con su novio a recogerme y me alojó en su casa durante varios días. Fui muy afortunada.

Entonces fui a ver al gerente de la agencia de viajes, le dije que no tenía donde ir y logré que me diera trabajo para toda la temporada. Dormía en diversos hoteles, cada noche en una cama diferente. Me volví testaruda. Podría haber arrojado la toalla y vuelto a casa para empezar de nuevo, pero había algo en mí... Superé esa etapa, me compré un piso y me enamoré de un hombre que por desgracia estaba casado. Eso fue lo más triste para mí. Nuestra relación terminó hace poco. No pudo sostenerse. Al principio todo era muy bonito, él nos quería mucho a las dos, tenía dos hijos, cuarenta y cinco años, un hombre muy inteligente,

interesante y agradable. Era uno de los directivos de mi empresa, con un cargo muy importante. Durante cosa de un año estuvo perdidamente enamorado de mí pero todo se vino abajo porque empezó a asustarse. Ya sabes que en Inglaterra están tan encariñados con su casita... y el jardín y la esposa. Y tiene hijos. Yo no quería casarme, me bastaba con estar a su lado, sólo deseaba que me quisiera. Me daba cuenta de que perdía terreno, porque su mujer empezó a decirle que le destruiría. Al principio él me dijo que estaban más o menos separados. Luego las cosas se pusieron muy mal y estuve a punto de echarlo todo a rodar, pero conseguí evitarlo, aunque la esposa

estaba cada vez más preocupada por la posibilidad de perder a su marido y todo su dinero. A mí el dinero no me importaba, sólo le quería a él, pero lo trágico es que poco a poco fui dándome cuenta de que estaba perdiendo, porque no quería luchar, quería que él me amara por sí mismo, no porque yo le indujera con mis mañas. La esposa era lista y usó toda clase de tácticas contra mí. Incluso la vi un par de veces. Vino a visitarme, a hablar conmigo, a decirme que iba a destruirnos. Pero yo era muy fuerte, porque no me importaba. De todos modos no tenía nada que pudiera arrebatarme. Ahora tengo treinta y dos años, y cuando llegas a esta edad

descubres...

—¿Descubrir qué? ¿Qué has descubierto?

—Siempre intentaba ser más o menos como los demás y me preocupaba lo que pensarán de mí. Ahora sé que soy diferente. Quiero ser yo misma, quiero alguien que me ame y a quien yo corresponda. No voy a casarme necesariamente, sólo quiero... pero aquí, como en todas partes, la gente tiene sus reglas. Odio Checoslovaquia porque tiene unas reglas muy rígidas y allí no puedes respirar. Inglaterra no me gusta demasiado porque tiene otra serie de reglas. Conseguir la casa y el jardincillo es toda su aspiración en la

vida. Yo no puedo ser así. Ese hombre me acogió calurosamente, porque le interesa mucho la guerra y la Europa oriental, y sabía mucho al respecto. No era como la mayoría de la gente de aquí, ingleses típicos que saben muy poco del mundo exterior. Él sabía cómo era yo y podíamos hablar de muchas cosas. Por eso me sentí tan dolida, porque volvía a ser una... bueno, una vez más estoy distanciada y odio esa distancia. Como recibí una educación esmerada, más bien pertenezco a la clase en la que no estoy integrada por falta de fortuna. Tengo mucho más en común con esa clase que con la gente entre la que he de vivir porque no tengo dinero. Me siento

totalmente desplazada.

—Has adelgazado.

—No, es que te has acostumbrado de nuevo a alguien que pesa más.

—Bueno, yo estoy mucho más gorda.

—¿Tú crees? Estás de muy buen ver.

—Ojalá hubieras podido venir a esquiar. El jueves me lesioné la rodilla, hasta tal punto que hube de pasarme dos días tendida en el sofá. Pero la práctica del esquí sigue siendo deliciosa, tan apacible... subir lentamente la ladera con el telearrastre, mientras nieva tanto que apenas puedes ver y sólo oyes el siseo de tus esquíes...

—¿Se te ocurrió alguna idea nueva?

—¿Idea? No, en las subidas no puedes pensar. Demasiado temor y

excitación a la vez. Prácticamente tuve la mente en blanco. Había un sobrino de nuestros amigos, existencialista, un chico de veintidós años que estaba de visita y que se puso a explicarnos con detalle por qué no existimos, o viceversa. Era insufrible y le dijimos: «Mira, lo sentimos mucho, pero también hemos leído todo eso, así que déjanos en paz. No queremos perder el tiempo aquí sentados y sufriendo... queremos esquiar.» ¿Sabes? Has estado conmigo en muchas montañas.

—¿Yo?

—Sí, subiendo con el telearrastre.

—Yo y el siseo.

—Eso es.

—La verdad es que tengo apetito.

—Puedo darte algunas cosillas sobrantes.

—Si eres tan amable...

—A ver si puedo prepararte un plato combinado. ¿Todo va bien en casa?

—Sí, sí, perfectamente.

—Nada mejor para un matrimonio que la relación al margen con un antiguo novio.

—¿Lo crees así?

—¿Quieres jugar al cambio de realidad?

—Tal vez.

* * *

—Mi madre me enseñó que nunca debía sentarme con el coño expuesto.

—Y las piernas sobre los hombros de un caballero. —Jamás me dijo tal cosa. Ni se le debió ocurrir que me dedicaría a eso.

* * *

—Se llama Jack Daniel's. Huélelo.

—Humm. Qué bien huele.

* * *

—Te contaré una experiencia chocante. Noté el perfume de esa mujer en mi bebé, y la ironía definitiva es que era un perfume que yo usaba cuando era mucho más joven.

—A él le gusta.

—Ni siquiera sabe que ése es el motivo de que le guste tanto. Me cansé de ese perfume y dejé de usarlo antes de que se hiciera muy popular. Porque ahora tiene una enorme popularidad. Se llama Fiji. Esas cosas tienen el valor de la escasez. Si puedes olerlo en todas las tiendas se devalúa, etcétera, etcétera. Pero *él* me lo regaló.

—Me siento como si no tuviera coño. Hoy lo he dejado atrás. No quiero que me lo recuerdes.

—De acuerdo.

—¿Quieres que me vaya?

—De ninguna manera. Hoy vuelves a estar al borde de las lágrimas.

—Sí, tengo ganas de llorar un poco. ¿Hay algo para comer?

—Fresas, melón, algo de pan, vino y marihuana.

—¿Puedo tomar un poco de cada cosa, por favor?

* * *

—No tendrás que joder también cuando tu madre está ahí, ¿verdad? ¿No puedes librarte de eso por lo menos?

—No. Tengo que hacerlo todo. Joder, chupársela, cocinar. Todas esas sustancias que entran y salen de las bocas. A veces me da esa sensación. He de hacerlo todo bien, difundir felicidad, ser un tonel de diversión.

—Es difícil proporcionar diversión.

—Lo es, desde luego.

—Tal vez deberías convertirte en una buscona.

—No creo que fuese una buena buscona.

—Serías una buscona extraordinaria.

—¿Sí? ¿Qué clase de negocio

tendría? No creo que encaje en la idea general que se hace la gente de las busconas.

—¿Bromeas?

—Debería ser una especie de matrona, ¿no?

—Ah, ya veo... en el sentido de la gente que quiere disciplina. El acento amanerado y la mirada fría.

—Sí. Quien quiere tener una respetable maestra de escuela les enseña cómo hacerlo.

—Sí, de esa manera podrías ganar dinero.

—Humm. Me gustaría ganar dinero. Es una idea.

—Supón que he muerto y un biógrafo revisa mis notas y encuentra tu nombre. Entonces te pregunta si me conocías. ¿Hablarías?

—Depende de lo inteligente que fuese. Si se tratara de una persona muy seria, sí, podría hablar con él. Le diría: «Tendrá que dejarme ver sus cuadernos de notas para decidir si hablo con usted o no.»

—«Usted le gustaba mucho, no le quepa duda. ¿Puede decirme algo acerca de él?»

—¿Por qué haces esto?

—Siento curiosidad. «Quiero

reflejar su vida con precisión y usted puede ayudarme. Tengo mucho que perder si cometo errores, lo mismo que él y usted. Él era muy sincero y por ello le pido que me ayude a poner las cosas en claro.»

—Si creyera que el hombre era un idiota, no hablaría con él, porque enredaría todavía más las cosas. ¿De qué serviría?

—Ponte en el mejor de los casos, no en el peor.

—Sí, bueno, podría hablar con él.

—¿Qué le dirías?

—«Él no escribió ninguno de sus libros. Sus autoras han sido una serie de amantes. Yo escribí los dos últimos y

medio, e incluso esas notas que tomó a mano se las dicté.»

—«Mire, señorita, es usted muy simpática y bonita. Quizá podamos comer juntos algún día y usted volverá a encantarme como lo está haciendo ahora, pero no me dice la verdad. ¿Qué clase de relación tuvo con él?»

—«Muy ocasional.»

—«¿Estaba enamorado de usted?»

—«No puedo responderle a eso.» Lo que él desea saber es cómo eras en realidad, cómo creía yo que eras. En ese aspecto sería muy eficaz.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Cuál es la respuesta?

—No puedo responder fácilmente a eso.

—«Iba usted a decirme cómo era él.»

—«No voy a decírselo. Aunque lo hiciera, usted lo distorsionaría en el libro.»

—«¿Cómo era según usted?»

—«Era muy amable.»

—«¿Amable? Eso no es lo que tengo entendido. ¿Cómo era?»

—«Un hombre alto y delgado que tenía un reloj de pulsera barato.»

—«¿Quería casarse con él?»

—Ésa es una estratagema muy oportuna para hacer que me revele, ¿verdad? Pero no pienso decir nada. A

menos que me pregunte León Edel, no diré ni una sola palabra.

* * *

—Francamente, es muy embarazoso pensar que podrías agarrártela con una mano mientras coges el teléfono con la otra. No harás esas cosas...

—Contigo no, nena.

—Me alegra saberlo, porque no creo que esté muy bien.

—Hay quien lo hace.

—Sí, ya lo sé. Estimulación telefónica...

—Me dijiste que te estimulaba

cuando hablamos por teléfono.

—Sí, pero no doy necesariamente el mismo estímulo que recibo.

* * *

—¿No te acuerdas de mí?

—Sí, me vienes a la memoria lentamente.

—Bueno, tómate el tiempo necesario.

* * *

—¿Qué puedo hacer hoy por ti?

—Quisiera beber algo.

—Hace un día espléndido.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

—No pareces muy animada.

—El sábado salimos a cenar y... me encanta bailar.

—No lo sabía.

—El baile de discoteca, que se me da muy bien. Incluso creo que tengo una pericia fuera de lo corriente. No me gusta hacerlo a menudo porque creo que es una forma de exhibición sexual y la gente se confunde mucho si haces exhibiciones sexuales en público. Me parece enormemente sexy y... no sé muy bien qué hacer para evitarlo, así que no lo hago a menos que esté muy bebida. Por cierto, nunca he disfrutado del baile

discotequero con mi marido. Aunque está en muy buena forma, es esbelto y ágil, nunca me lo he pasado bien con él en la discoteca, y él siempre lo ha sabido, aunque he tratado de disimularlo. Además, sólo vamos a un club nocturno que es muy aburrido, para gente madura, casi para carcamales, vamos, tipos que llevan allí a sus putas. Digo esto porque es necesario para comprender la anécdota. La cuestión es que fui a cenar con unos viejos amigos, todos ellos bastante despreocupados e izquierdistas, sobrantes de los últimos años sesenta, gente que no se ha hecho realmente adulta, en su mayoría solteros y sin hijos. Había una chica muy

atractiva sentada al lado de mi marido, y, en cierto modo, parecía su amiga. Para resumir, la llevó a un club nocturno. Se largó en medio de la cena, ni siquiera después del postre, y me excluyó de la invitación de una manera en extremo sutil. ¡Se largó bastante antes de que terminara la velada con una de las invitadas! Y contra la voluntad de todos los presentes.

—¿Te sentiste avergonzada?

—No, no puedo permitírmelo, pero quería estar muy avergonzada, ¿comprendes?

—Sí, te comprendo. ¿No había ningún hombre disponible?

—Había varios sin compromiso en

aquel grupo bastante heterogéneo. En fin, me molestó mucho, aunque en cierto sentido creo que su estilo y su voluntad son admirables, y parecía el hombre más encantador al actuar así. Estaba deseando ir a bailar, se aburría mortalmente en aquel ambiente.

—¿Se acostó con ella?

—No lo creo, pero no se lo pregunté.

—¿Y puedo preguntarte qué piensas de todo esto?

—Me irrité muchísimo, me sentí fatal. Cuando regresó a casa tuvimos una escena horrible.

—¿A qué hora?

—Hacia las tres y media.

—Se acostó con ella. ¿Y entonces qué... también hizo el amor contigo?

—No, claro que no. Me dijo: «No te gusta bailar conmigo, no te atraigo. Admítelo y no seas hipócrita. No me exijas cosas que tú misma no das.» Tuvimos una larga conversación, muy seria, naturalmente.

—¿Estabas muy enfadada?

—Me subía por las paredes. Pero bien mirado, ¿por qué habría de estar atado a alguien...?

—Si lo planteas así, ¿por qué habrías de estarlo tú?

—Estoy terriblemente enojada con él. Pero es cierto que no estoy en condiciones de enfadarme... eso es lo

malo. La verdad es que resulta muy difícil. ¿Cuál es la mejor manera de enfrentarte a esas cosas? No tengo ningún sentimiento hacia él, en absoluto. Y sin embargo siento unos celos terribles... ¿Cómo es posible? ¿Cuál es el diagnóstico, doctor?

—El diagnóstico, mi querida niña, es que tienes una alternativa, una opción, pero que es inaceptable para ti.

—¿Cuál es?

—Adivínala.

—Siempre me trata así cuando estoy tan indefensa. Cuando todo me va bien se comporta estupendamente, pero en cuanto parece que me voy a quedar sin trabajo, o tengo otro hijo...

—O no tienes un amante.

—O lo que sea, pero ¿qué puedo hacer? Podría considerar que estoy en una situación privilegiada, que él puede hacer lo que quiera mientras se porte como es debido...

—Y pague las facturas.

—Exactamente.

—Quizá podríais alcanzar ese acuerdo. Te das mucha maña para establecer verbalmente las condiciones.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué tenían que ir a bailar? Probablemente eso es todo lo que hicieron, y en caso contrario ¿qué más da? ¿Por qué no habría él de hacerlo? ¿Qué tiene de malo?

—¿Sabes una cosa? Estás hipnotizada por el mal comportamiento. Crees que es elegante.

—Respóndeme, por favor. Ya sabes lo que me dijo. Ahora dime qué tiene de malo. Ésa es su postura.

—O sea que no sabes lo que eso tiene de malo. Crees que probablemente está muy bien, pero no quieres aceptarlo.

—¿Sería mejor que le dijera: «Mira, tus necesidades me tienen sin cuidado, quiero que te quedes en casa y no me dejes para irte con desconocidas»?

—Exactamente.

—¿Y que añadiera: «No me importa que te sientas frustrado y desperdiciado.

No salgas de casa»?

—Naturalmente, hay otra manera de hacerlo.

—¿Cuál?

—Se llama recurrir al abogado. Se llama obtener el divorcio de modo que él pueda salir y bailar hasta deslomarse todas las noches de la semana, pero sin humillarte.

—Un día sí y otro no, tengo esa fantasía.

—Eres demasiado joven para que te asuste la idea de marcharte.

—¿Por qué me asusta tanto? No es porque no lo desee.

—Precisamente porque lo deseas te atemoriza.

—Si le hubiera dicho que quería ir... aunque en realidad no quería, pero tuve la oportunidad de decirle que quería ir con ellos.

—¿Por qué habrías de hacerlo? «Quiero ir con vosotros.» No, no. No eres una niña.

—Él intentó persuadirnos a todos para que les acompañáramos, y todos dijimos que no, de ninguna manera. Aquella chica no quiso mirarme a los ojos cuando se marcharon. Se despidió de todos menos de mí, de modo que sabía que estaba haciendo algo incorrecto.

—Él ha vuelto a domarte. Hace tres o cuatro meses no tenía ningún dominio

sobre ti, pero ha vuelto a domarte.

—¿Por qué no puede mejorar nuestra relación?

—Estas situaciones nunca mejoran. Ocurre como en el teatro, que tampoco mejora. Si quieres marcharte en el intermedio, hazlo, porque lo que sigue no va a ser mejor.

—Pero no sé lo que quiero.

—Te lo he dicho ya cien veces. No quieres seguir en este lío, y por eso te has dedicado a perder el tiempo marginalmente conmigo.

—Sí, es cierto que eso ha hecho que me sintiera libre para perder el tiempo contigo, como tú mismo dices.

—Marginalmente.

—Cuando nos conocimos, cuando te dije que quería diversión, ése era el motivo.

—Bien, te has divertido, mucho o poco, y ahora has pasado a la etapa siguiente. Eso siempre ocurre después de la diversión: el momento en que uno ha de hacerse cargo de su vida.

—Podría recurrir de nuevo a un abogado, y cuanto más rapaz sea tanto mejor.

—Como no estoy en el pellejo de tu marido, me parece muy bien.

—Pero ¿qué tramarían entonces contra mí? Y lo digo en plural porque no sería sólo él, sino también la gorda de su madre.

—La cual, para empezar, no está precisamente chiflada por ti.

—No sólo eso, sino que es maligna. Una esposa desgraciada, pero maligna por naturaleza. Y está completamente obsesionada con su nieta. El otro día me dijo: «¿Sabes que una puede entablar un litigio para poder ver a sus nietos?»

—Deberías haberle dado un puntapié en el trasero.

—No tengo carácter para eso.

—Pero sí para volver al abogado. Eso casa exactamente con tu mente lógica y tu realismo.

—Sí, pero ¿por qué estoy tan paralizada?

—Estás aterrada.

—No tengo miedo de él.

—No, te asusta quedarte sola y sin dinero.

—¿Por qué no habría de aterrarme si he visto lo que me afecta en mi propia familia? He visto la inseguridad económica y eso me ha marcado. ¿Sigues creyendo que me ayudaría consultar con un psicoanalista? Porque no sé lo que quiero.

—Eso es lo que dices una y otra vez.

—Y mi marido tiene una obsesión por la potencia sexual, un verdadero problema. Por eso nuestra relación se hizo insostenible... por esa obsesión. Nuestros amigos, a los que podríamos llamar de clase media, aceptan las

limitaciones de su vida sexual.

—Él no quiere aceptarlas.

—Pues yo lo hice.

—Hay quien las acepta.

—Es un hombre tan extraño...

—A mí me parece bastante corriente.

—¿Un hombre corriente?

—No, corriente en un hombre como él. Penetrar y retirarse, penetrar y retirarse... Puede ser extraordinario en ciertos aspectos, pero su conducta no es rara.

—¿Por qué todos esos amigos están relativamente satisfechos mientras que yo me siento tan desgraciada?

—¿Cómo sabes que están

satisfechos? No puedes saber nada hasta que veas la posición de sus pies en la cama.

—Gracias, doctor.

—No soy tu médico, sino tu amigo y tu admirador.

—Has venido aquí a visitarme y no te lo has pasado nada bien. Debería haberte prevenido.

—De todos modos habría venido.

* * *

—Este fin de semana he ido a ver a mi madre, que está mucho mejor. Pero me quedé allí sentada como si estuviera

anestesiada, como si me hubieran inyectado... alguna droga que hace envejecer, algo que disuelve tu ánimo. Incluso ella lo comentó. No hice absolutamente nada. Dios mío, esa mujer me ha hecho sufrir tanto, he tenido que enfrentarme a cosas terribles y hacer de tripas corazón durante años y años desde la muerte de mi padre... Y finalmente ella parecía estar mucho mejor y yo era la desgraciada.

—Cuando el paciente se restablece, la enfermera cae enferma.

—Sí, algo por el estilo. Recuerdo haber pensado que para que mis hermanas y yo mantengamos la cordura es esencial que la voluntad de mi madre

se quiebre, hay que anularla. Me parecía una conspiración familiar, pues mis tíos sentían lo mismo: mi madre tenía que irse.

—Son unos sentimientos horribles.

—Ya tengo suficientes dificultades que resolver aquí y sólo me falta ir allá abajo... y siempre sola. Eso no me gusta, porque sé que mi marido se lo está pasando muy bien en Londres y es doloroso que no me acompañe, que le falte cierta clase de decencia, que no me apoye como debería, de una manera convencional, en esa situación. Sentada allí con mi madre me sentía como si estuviera esperando la muerte. Ella estaba en buena forma, se encontraba

bien y me deprimía terriblemente. A veces, cuando uno pasa por un mal momento, la vida parece tocar a su fin y no haces más que esperar que el tiempo se agote. ¿Has tenido alguna vez esa sensación?

—Desde luego.

—¿Con tu padre?

—No, con él no. Mi anciano padre todavía rebosa energía. Tiene opiniones sobre todo y, a menudo, no coinciden con las mías. A veces tengo que esforzarme para no ser como un chiquillo de catorce años con él. A veces, cuando estoy con mi padre, más que esperar morir siento como si estuviera esperando que empiece la

vida. El verano pasado se enfureció cuando uno de los hijos de mi hermano decidió casarse con una puertorriqueña. Como mi padre no puede ocultar sus sentimientos y, en general, ni siquiera lo intenta, irritó al muchacho y mi hermano, muy enfadado, me llamó. Fui en coche desde Connecticut hasta Nueva Jersey, y en cuanto llegué mi padre se puso a desgranar sus quejas. Le escuché durante una media hora y entonces le dije que quizá necesitaba una pequeña lección de historia. Le dije: «A principios de siglo tu padre tenía tres opciones. Primera, podría haberse quedado en la Galicia judía con la abuela. Y de haberse quedado allí, ¿qué habría ocurrido? A

él, a ella, a ti, a mí, a Sandy, a mamá, a todos nosotros. Muy bien, ésa es la primera opción: todos convertidos en cenizas. La segunda opción es la de irse a Palestina. En el cuarenta y ocho tú y Sandy habríais luchado contra los árabes, y aun en el supuesto de que hubierais sobrevivido los dos, sin duda alguno habría perdido un dedo, un brazo o un pie. En el sesenta y siete yo habría intervenido en la guerra de los Seis Días y, como mínimo, habría recibido un poco de metralla, en la cabeza, por ejemplo, con pérdida de la visión de un ojo. Tus dos nietos habrían luchado en el Líbano y, para ser moderados, supongamos que sólo hubiera muerto

uno de ellos. Eso en cuanto a Palestina. La tercera opción era venir a América, cosa que hizo. ¿Y qué es lo peor que puede ocurrir en América? Que tu nieto se case con una puertorriqueña. O sea que vives en Polonia y sufres las consecuencias de ser un judío polaco, o vives en Israel y sufres las consecuencias de ser un judío israelí, o vives en América y aceptas las consecuencias de ser un judío americano. Dime qué prefieres. Dímelo, Herm. «De acuerdo», me replicó, «tienes razón, ¡tú ganas! ¡Me callaré!». Yo estaba encantado. Había sido más astuto que él y no quería dejar las cosas como estaban. Todavía no. «¿Y sabes

qué voy a hacer ahora?», le dije. «Voy a ir a Brooklyn para hablar con la madre de la chica. Estoy seguro de que también ella está de rodillas, llorando y manoseando de lo lindo su rosario. Iré a Brooklyn y le diré lo mismo que acabo de decirte. “Si usted quiere vivir en Puerto Rico, sin duda su hija se casará con un simpático muchacho puertorriqueño, pero todos tendrán que vivir en la isla. Si quiere vivir en Brooklyn, lo peor que puede ocurrirle es que su hija se case con un judío, pero usted ha establecido su vida en Brooklyn. Elija lo que más le convenga.”» Esto volvió a irritar a mi padre. «¿Qué clase de comparación es

ésa? ¿Qué significa “lo peor que puede ocurrirle”? La mujer debería estar muy halagada por el buen casamiento de su hija.» «Claro que lo está», repliqué, «tan halagada como lo estás tú».

—¿Y cómo terminó el asunto? ¿Qué ocurrió?

—La boda se celebró en la catedral de San Patricio, con la asistencia de un rabino, sólo para asegurarse de que no nos daban gato por liebre.

—¿Qué suspicacia! ¿Por qué magnifican tanto esas cosas?

—¿Por qué todos vosotros tratáis de minimizarlas tanto? En Inglaterra, siempre que me encuentro en un sitio público, un restaurante, una fiesta, un

teatro, y por algún motivo se menciona la palabra «judío», observo que la gente baja un poco la voz.

—¿Lo dices en serio?

—La mayoría de la gente dice «judío» en público de la misma manera que dice «mierda». Incluso los judíos.

—Creo que sólo tú repararías en una cosa así.

—Eso no significa que no sea cierto.

—Desde luego, eres hijo de tu padre.

—¿De quién si no habría de serlo?

—Es una actitud que resulta sorprendente, después de haber leído tus libros.

—¿Ah, sí? Pues léelos de nuevo.

—¿Por qué aquí todo el mundo odia tanto a Israel? ¿Puedes explicármelo? Ahora tengo una discusión cada vez que salgo de casa, regreso enfurecido y me paso la noche en blanco. De uno u otro modo estoy aliado con los dos peores azotes del planeta, Israel y Estados Unidos. Admitamos que Israel es un país terrible.

—Pero no admitiré tal cosa.

—Admitámoslo de todos modos. Aun así, numerosos países son mucho más terribles. Sin embargo, la hostilidad hacia Israel es casi universal entre mis conocidos.

—Nunca he podido entenderlo. Me parece una de las rarezas más curiosas de la historia moderna, porque es un artículo de fe entre la izquierda y el centro izquierda, ¿no es cierto?

—Pero ¿por qué?

—No lo comprendo, sencillamente.

—¿Lo preguntas alguna vez a la gente?

—Sí, a menudo.

—¿Y qué dicen? Por su manera de tratar a los árabes. Ése es el crimen más grande de toda la historia humana.

—Sí, claro, eso es lo que dicen, pero no me lo creo. Me parece que es uno de los ejemplos de hipocresía más extraordinarios en toda la historia de la

humanidad.

—¿Conocen a los árabes?

—Por supuesto que no. Podríamos decir que la toma de posición de la alta cultura inglesa obedece a la fantasía del *Foreign Office* acerca de los árabes, Lawrence de Arabia y todo eso, unido a un conocimiento preciso de los intereses árabes, las familias que tienen toda clase de contactos con los jeques, gente que sigue recibiendo relojes de oro como regalos navideños y toda esa basura. Es una especie de relación feudal que gusta mucho a los británicos. Ya sabes, nuestros muchachos y los suyos. Pero eso es en la esfera financiera y política... El verdadero

antagonismo proviene de la llamada clase intelectual de este país.

—¿Y qué crees que hay en la raíz de ese antagonismo?

—No creo que sea antisemitismo.

—¿No?

—En general, no. Es sólo la izquierda en boga, tan deprimente. La única conclusión que se me ocurre es que algunas personas se aferran tanto a ciertas ideas irreales sobre la justicia y los derechos humanos que no pueden hacer concesiones a ninguna clase de necesidad. En otras palabras, si eres israelí debes conducirte de acuerdo con los criterios morales más elevados y, en consecuencia, no puedes hacer

absolutamente nada, salvo ofrecer la otra mejilla, como dijo Cristo. Pero creo que existe otro corolario tácito, y es que criticamos más duramente a quienes en realidad se comportan mejor o no tan mal como los demás. Es muy trivial, ¿verdad? Esa gente exaltada desaprueba de modo selectivo y con la máxima firmeza las cosas menos reprobables. Es irreal, ¿no crees? Me parece que eso tiene que ver con la última boqueada de odio romántico del siglo XX, pero la verdad es que en este país no es tan fuerte como podría parecer.

—Crees que no.

—No me cabe la menor duda.

—Me sentiría mucho mejor si eso

fuese cierto, acerca de este país y también de ti.

Risa.

—No estoy en contra de Israel. Detesto a los árabes. Ahí están cagando en la acera alrededor de nuestra casa, haciendo que suban los precios de las fincas y todo lo demás, como no lo harían nunca los judíos.

—Nosotros nunca cagamos en las aceras. Hacer que suban los precios de las fincas es otra cuestión.

—Creo que los israelíes se han metido en una situación difícilísima, que no pueden hacer nada para salir de ella y que podrían ser mucho más detestables de lo que son. Cierto que hay numerosos

incidentes reprensibles, de algunos de los cuales nos enteramos, pero así es la naturaleza del juego. Mira lo que ocurre en Irlanda del Norte. La tortura de un individuo determinado, el bombardeo de una familia con niños pequeños... nadie desea, por pura prudencia, que se produzcan incidentes repugnantes, pero quizá no siempre los lamentan tanto como deberían.

—En esta ciudad nunca oigo hablar de Irlanda del Norte, sino sólo del nazi Israel y de la fascista América.

—Eso no me lo oirás a mí. Las personas de este país con un poco de sentido común, capaces de discriminación y juicio, no están en

contra de Israel ni creen que América sea el gran Satán.

—Ésa es la gente de derechas.

—Supongo que tienden a serlo en conjunto, pero es una postura que comparten los centristas.

—¿Eres centrista?

—No soy nada, no tengo la menor idea de política, aunque, desde luego, conozco todas las opiniones. Me ocurre como a todo el mundo, conozco todos los argumentos de cada lado sobre todos los problemas y tengo que escucharlos una y otra vez.

—Eso ocurrió anoche... un genio ponía por las nubes a los santos sandinistas y hablaba de las cámaras de

tortura mantenidas por Estados Unidos en El Salvador, Chile y Guatemala. Apoyadas por «tu presidente», me decía, «con los dólares que cotizas a Hacienda». Le dije que yo no representaba a El Salvador, Chile y Guatemala, y no digamos a «mi» presidente, pero ya que hablaba de regímenes latinoamericanos que aplastaban brutalmente toda disensión, no entendía por qué no mencionaba a Cuba, que no es un régimen apoyado por Estados Unidos y no hace la vida más agradable para quienes están encarcelados y son torturados allí. «Cuba es un gran aliado de Nicaragua», le dije, «e incluso diría que los pueblos

cubano y nicaragüense no ponen en cuestión esa alianza, a la que tampoco reta la prensa permitida en ambos países, mientras que una alianza entre Chile y nosotros es atacada abiertamente por los políticos de la oposición, los periodistas y los intelectuales en la América fascista. Pero dejando de lado esas diferencias, ¿consideras tan reprensible que Nicaragua esté aliada con un país donde se encarcela y tortura a la gente por sus ideas como lo es que Estados Unidos se alíe con un país semejante?».

—¿Y qué respondió?

—¿Qué iba a decir? «¡Tu presidente hará estallar el mundo! ¿Qué estás

haciendo para impedirselo? ¿Y qué me dices de vuestros negros? ¿Qué estás haciendo por vuestros negros?»

—¿Dónde estabas cenando? ¿En una guardería infantil?

—No, no, en uno de los círculos literarios londinenses más importantes, cariño mío. A los postres defendí los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki.

—¿También mordiste ese cebo?

—Defendí a Harry Truman contra las acusaciones de crímenes de guerra hasta la una de la madrugada.

—¿Por qué?

—Porque el hecho de ser judío y ser norteamericano me está convirtiendo en

un individuo muy pendenciero. La verdad es que me había olvidado de ambas cosas, pero me trasladé a Inglaterra y empecé a asistir a cenas con la élite.

—«Tengo dificultades con los inquilinos, me temo que se drogan.» «¿Quieres que vaya?», le pregunto. «No. Tengo un amigo en casa. Andrew. No te preocupes.» Me recibe en el aeropuerto. Le he traído un vestido de Laura Ashley y perfume. Me besa tiernamente. Me ha preparado la cena. Entonces se abre la puerta y aparece un negro que mide más de metro ochenta, con zapatos de doscientos dólares, anillo y collar de oro. «Te presento a Andrew.» «¿Cuál es el cometido de Andrew?» «¿Puede dormir en el cuarto de invitados? No tiene donde ir.» «No creo que haya aquí ningún futuro con Andrew. Puede ir a un motel de treinta y nueve dólares.»

«¿Crees que Andrew podría quedarse a cenar?» «Es la noche de mi regreso, pero de acuerdo.» Si fuese blanco habría dicho que no, pero a un negro no puedes decirle a la cara no, aquí no vas a cenar. Entonces observo que me han desaparecido algunos condones. Olina tiene dificultades con el DIU y estoy usando condones. Vamos al teatro. «¿Puede venir Andrew con nosotros?» «¿Crees que le gustará la obra?», le pregunto. «Es semianalfabeto.» Viene al teatro. Reparo en que Olina se inclina hacia él. Los separo y la atraigo hacia mí. Al volver a casa empiezo a hablar en checo. Le digo: «Oye, ese Andrew ha de marcharse.» «Hablar en checo es muy

descortés», me dice ella. «Qué diablos, es un inquilino.» Entonces me dirijo a Andrew: «Tiene que marcharse mañana.» Al día siguiente Andrew baja y me dice: «Ha apretado usted demasiado el botón.» Y ella confiesa: «Le quiero, deseo casarme con él.» ¡Que alguien haya jodido en tu cama durante un mes entero! ¡Y que mi Olina me mienta a la cara! Estuve a punto de comprar una escopeta. No un rifle, sino una escopeta. Esperaría a aquel hombre y le pegaría un tiro en la bragueta. Sufrí un leve ataque cardíaco. Terribles dolores en el pecho y una semana en el hospital. Mi abogado se ríe: «¿Tiene una cuenta bancaria indistinta con su

esposa?» Pero yo confiaba en ella porque es una muchacha checa, no una zorra americana. La culpa la tiene ese negro. No digo «persona de color», sino «negro». Esa chica, educada en una familia católica, era frígida. Al acostarse conmigo se ponía un largo camisón. Jamás tuvo un orgasmo. Ya no soy joven, pero la trabajaba muy bien. Por desgracia, nunca llegué a ninguna parte, era imposible. Pero él le arranca el orgasmo con su pijo negro. No debe de ser difícil hacer que Olina fume alguna droga y luego metérsela. Olina tiene un auténtico carácter eslavo. Él es un macarra típico, un estafador sin éxito. Tiene una cámara Hasselblad de cuatro

mil dólares, un camión... y nada más. No tiene nada. Hace trabajitos diversos. Desconoce la ortografía, escribe como un niño. Y ese negro semianalfabeto vive con una hermosa muchacha en un motel a unos cincuenta kilómetros del centro de la ciudad. Una habitación con ducha, en un motel. El negro no trabaja, vive del subsidio de paro de la chica, a la que despidieron. Su productividad descendió porque todas las mujeres intervenían en el melodrama de su vida. Lloraba mucho y la despidieron. Tiene un aspecto terrible y sufre mucho. Quiere divorciarse de mí porque dice que ama a ese hombre. Ya sabe usted cómo son las mujeres. De repente sintió

el deseo imperioso de ser otra persona. ¡Con qué rapidez han empujado al divorcio a esa fina y aristocrática dama checa! Olina es una persona orgullosa y despiadada. Bien, de acuerdo. No podría volver a besar la boca que ha chupado ese largo pijo negro. Pero quiere demasiado a ese tipo negro, y él no puede hacerse cargo de eso, sobre todo si no recibe dinero. Es demasiado primitivo, no lo entiende. La abandonará y ella regresará a Praga, porque no tendrá ningún otro lugar adonde ir. Pero tendrá que tratar con la Unión Soviética, no con un viejo y fracasado emigrante como yo... Jamás podrá volver a América. Las autoridades siempre

sospecharán que pueda ser una espía. ¡Y todo por culpa de ese largo pijo negro! Él no se la tiraba como lo hacías tú, por las historias que te contaba, no, lo hacía sólo por joder. A ti te interesa más escuchar que joder, y lo que dice Olina no es muy interesante. Incluso es menos interesante escucharla que joder con ella.

—Nunca me he acostado con ella.

—Me estás mintiendo, amigo mío.

—Es ella quien te miente, si es cierto que te ha dicho eso.

—Te la has tirado cuatro veces en Nueva York, cuando todos éramos tan buenos amigos, tras mi llegada de Praga.

—Ni una sola vez, Ivan.

—Otros hombres escuchan pacientemente como parte de la seducción que conduce a la cama. El motivo del hombre que conversa con una mujer suele ser acostarse con ella, pero tú las llevas a la cama para hablar con ellas. Otros hombres les dejan iniciar su historia y, cuando creen que han prestado suficiente atención, les acercan suavemente la boca en movimiento al miembro erecto. Olina me habló de ti, lo repitió un par de veces, me dijo: «¿Por qué me hace esas preguntas irritantes una y otra vez? Preguntar en exceso no es lo más acertado en una relación sentimental. ¿Lo hacen así todos los americanos?»»

—No sigas por ese camino, Ivan. Nada de lo que dices es cierto.

—Con el negro se trata de su pijo y con el judío de sus preguntas. Eres un cabrón traicionero que se pirra por un relato aunque se lo cuente la esposa de su amigo refugiado. Cuanto más fuerte sea el impulso narrador de ella, más cautivado te sientes. Y, permíteme que te lo diga, todo esto te limita no sólo como amigo sino también como novelista.

—De modo que mis libros también huelen mal.

—Hazte el tonto si quieres, pero sabes cuál es la verdad. Lo único que te anima es la conversación. Incluso el sexo queda al margen. No te impulsa el

sexo, no te impulsa nada salvo esa curiosidad, esa ingenuidad infantil. Aquí hay personas, mujeres, que no viven material sino emotivamente y, para ti, cuanto más conmovedoras sean tanto mejor. Lo que más te gusta es que sufran un shock postraumático y estén tratando de recomponer su vida, como en el caso de Olina cuando vino de Praga. Lo que más te gusta es que esas mujeres tan emocionales no sean capaces de contar sus propios relatos pero se esfuercen para contar la historia de su vida. Eso es para ti tan erótico como exótico. Cada mujer un polvo, cada polvo una Scherezade. Te cuentan su vida como si estuvieran ansiosas de completarla, y

eso es muy patético. Claro que resulta inspirador. El mero flujo de sus palabras, la intimidad de la conversación te inspira. La inspiración no surge necesariamente de las historias, sino del impulso que ellas sienten de contarlas. La falta de desarrollo y argumento, lo que está sólo latente, eso es la realidad, sí, estás en lo cierto. La vida antes de que el relato tome posesión de ella *es* la vida. Ellas intentan llenar con sus palabras el enorme abismo que se abre entre el acto en sí y la narración del mismo. Y tú escuchas, te apresuras a anotarlo y luego lo estropeas con tu mala ficción.

—¿Quieres decirme exactamente

cómo lo hago?

—Sí, esperas que te ayude a perfeccionar tu asqueroso arte, quieres que hablemos de literatura, ¿no es cierto, desgraciado? ¡Después de haberte servido de mi esposa!

—Dilo insultándome, si eso te divierte más, pero dímelo: a tu modo de ver, ¿qué hago mal como escritor? Hasta ahora no has querido decírmelo y ya sabes cuánto respeto tu gusto. He recogido muchas cosas de las conversaciones que hemos sostenido.

—Insistes en hacerte el tonto. Incluso este intercambio entre los dos lo conviertes en una ficción trivial. Ni siquiera sudas. Quizá deberías ser un

magnífico actor en vez de un novelista malísimo que nunca comprenderá el poder de un relato que permanece latente. No sabes dejar nada en paz. Prestar voz a la mujer nunca es suficiente para ti. No sólo te hundes en su sexo, sino que siempre tienes que sumergirla a ella y distorsionarla en el argumento estúpido y artificial de tu héroe.

—De modo que ése es mi vicio y mi ruina: vocinglero en vez de latente. Bien, escúchame, por favor. El motivo de que no sude es que nada de esto es como dices. Soy un actor terrible, cuando me siento culpable puedo sudar más que Nixon. Créeme, o bien tu

paranoia o bien los deseos vengativos de Olina te han convencido de que me he acostado con ella. Si me permites que te lo diga, sois vosotros quienes producís una ficción trivial y vocinglera. Es evidente que el abandono de Olina te ha trastornado, te está matando. Eso es terrible y sé cuánto habías perdido ya. Profesionalmente las cosas no te han ido bien aquí... y ahora la pierdes a ella. Pero no me señales como el culpable de esa traición, porque no está justificado. No me gusta recordártelo, pero soy uno de los que te han apoyado en este país.

—Te fijaste en ella desde el primer momento.

—Es joven y muy guapa, y por eso

la miraba. Pero, en mi opinión, mirar no es joder.

—O sea, que si mi Olina dice que te has acostado con ella cuatro veces lo hace tan sólo por venganza, para volverme más loco todavía.

—Sí, parece ser que es algo por el estilo.

—¡Eres repugnante! ¡Un americano repugnante, embustero y engreído!

—Vamos, cálmate y sigue sentado. Ten cuidado, no vaya a darte otro ataque al corazón... y sin ningún motivo.

—No te preocupes, americanito, que no voy a pegarte un tiro en la bragueta.

—Me parece muy sensato, porque no habría ninguna razón para hacerlo.

—¡No, voy a pegarte un tiro en las orejas!

—La situación es ésta, Zuckerman, mi personaje, muere. Su joven biógrafo está almorzando con alguien y habla de sus dificultades para empezar el libro. Ha encontrado una tremenda falta de objetividad en las reacciones de la gente con respecto a Zuckerman. Cada uno parece hablarle de un hombre distinto. Dice que el biógrafo tiene dos pesadillas. Una es que todo el mundo te cuente lo mismo y la otra que cada uno te cuente una historia diferente. En el primer caso, el personaje se ha convertido en un mito, se ha vuelto rígido, pero puedes hendirlo con un punzón de partir hielo y hacerlo pedazos. Es mucho más difícil cuando

cada persona te da una versión diferente. De ese modo puedes aproximarte más al retrato de una personalidad múltiple, pero, por otro lado, la confusión es tremenda. De acuerdo, sé el biógrafo y yo seré el amigo. El biógrafo, tras haber realizado una investigación a fondo, todavía no sabe si quiere realmente seguir adelante. ¿Quiero escribir esa biografía? ¿Cuál es el verdadero interés de esa vida? No desea contar de nuevo la historia del aburrido Newark de Zuckerman. Lo que le interesa es la terrible ambigüedad del «yo», la manera en que un autor fabrica un mito consigo mismo y, especialmente, por qué lo hace. ¿Cómo empezó todo? ¿De dónde

proceden esas improvisaciones de un yo? Por entonces el biógrafo ya está un tanto enojado con Zuckerman e intenta superar ese enfado.

—¿Por qué está enojado con él?

—Por su sensación de insignificancia y la necesidad de establecerse con relación a su biografiado. Ha empezado a volverse contra Zuckerman, a sentirse agraviado, debido a la responsabilidad que tiene hacia él. Todos necesitamos una disposición con la que escribir, y la de este biógrafo parece ser de hostilidad o de temor reverencial, y así oscila de una al otro. La verdad es que le conmovió vadear a través de todo el material de la

infancia. Uno retrocede treinta y cinco años y encuentra al escritor sin timideces protectoras. No escribe para un público. Es el escritor antes de que exista su público. Uno ve a este escritor en embrión, ligeramente repulsivo, en sus cartas, ensayando con una o dos personas, y en privado, la voz con la que intentará atraer la atención de un público más amplio. Y todos los pasos falsos. La falsedad de la voz es más conmovedora que cualquier otra cosa. Uno ve al escritor volviéndose cada vez más manipulador, más taimado, malicioso y disimulado. Ahora bien, el biógrafo, que eres tú, ya ha escrito la biografía de E. I. Lonoff. No habría emprendido la

biografía de Zuckerman, pero como éste sólo ha vivido cuarenta y cuatro años, imagina que podrá hacerla en un par de años. Lonoff le volvió loco. Lonoff lo destruyó todo, y necesitó cinco años para escribir ochenta y cinco páginas. Ninguna de las personas relacionadas con Lonoff le proporcionó nada. Zuckerman murió de repente, por lo que no tuvo ocasión de destruir nada. El libro sobre Lonoff resultó ser una biografía crítica, *Entre mundos, la vida de E. I. Lonoff*. El título provisional del libro acerca de Zuckerman es *Improvisaciones sobre un yo*, y el biógrafo ha empezado a creer que será fácil. La gente le dice: «¿Por qué

pierdes el tiempo con un escritor de segunda fila?» Pero él sabe que ganará dinero con este libro, porque Zuckerman despierta mucha curiosidad. Su vida sexual en particular. La gente quiere conocer la suciedad. Va a figurar en el «Club Libro del Mes». Los primeros derechos de serialización serán para *Vanity Fair*. Su esposa también cree que debería ocuparse de un autor importante, pero él le dice: «Queremos tener un hijo, necesitamos un piso más grande. Puedo escribir la biografía de Zuckerman en dos años. Necesitamos cien mil pavos para cambiar de piso y no hay ningún otro escritor cuya biografía pueda escribir con tanta

rapidez por esa pasta. Tenía cuarenta y cuatro años, sólo escribió cuatro libros y la crítica literaria no es muy difícil. Es la biografía soñada: el autor murió joven, llevó una vida picante, con muchas mujeres, escandalizó a la opinión pública, se hizo inmediatamente con un público y ganó mucho dinero. Además, es un escritor serio cuyos libros son legibles y ciertamente aprovechables por su contenido autobiográfico. Es, pues, la biografía que todo biógrafo desea escribir, porque el *asunto* es biográfico. Perdí cinco jodidos años con E. I. Lonoff y al final me salió una biografía crítica que no leyó nadie, pero que me valió un premio

desconocido.» «Pero dentro de diez años nadie leerá los libros de Zuckerman», replica su mujer. «Eso es cierto», dice él, «el único libro que leerán será el mío».

—¿Y qué esperas que yo haga?

—Jugar al cambio de realidad.

—¿Es preciso? Casi estoy seguro de que lo estropearé.

—Por favor, estoy atascado, ayúdame.

—Bien, de acuerdo.

—Eres el biógrafo y estás atascado.

A estas alturas estás inundado de impresiones e información y no tienes idea del camino a seguir. Has seguido todas las pistas, te has dejado llevar por

la corriente y te sientes muy desequilibrado. Por eso me has pedido que almorcemos juntos.

—¿Quién eres?

—Soy yo mismo.

—¿Cómo...?

—No me preguntes cómo. Ya me ocuparé de eso.

—¿Es éste realmente el libro que quieres escribir? Porque no me parece muy buena idea que en el mismo relato salgáis tú y Zuckerman...

—¿Quién sabe? Lo averiguaremos. Mira... estamos almorzando y te digo: «Pero Fred, o Bill, Joe, comoquiera que te llames, has conocido a Zuckerman. Empieza por ahí. Cuando escribías la

biografía de Lonoff le viste unas cinco veces.»

—«Tres veces. Tomé notas. Me cayó bien, pero me intimidaba.»

—Estupendo. «¿Por qué?»

—«Por alguna razón hacía que me sintiera como un estudiante formal. Y la verdad es que no soy formal, aunque me presente con formalidad.»

—«Pero él era formal.»

—«Sí, pero supongo que mi formalidad hizo aflorar su lado sardónico.»

—Magnífico. Te quiero.

—No es verdad. Reservas tu amor a esto.

—«¿Te habló acerca de Lonoff?»

—«Sí, fue muy cordial. Me dio tus cartas. No sé si todas, probablemente no. Ahora lo descubriré. Tenía cierta imaginación para mis dificultades.»

—«¿Cuáles eran?»

—«Escribir sobre ese hombre absolutamente reservado. Y me dio buenos consejos sobre la escritura. En ese aspecto era muy lúcido.»

—¿De quién estás hablando?

—Adivínalo.

—«¿Qué dijo él?»

—«Verás, yo estaba trastornado cuando trabajaba en ese libro. Figúrate... cinco años. Y Hope Lonoff y sus hijos ni hablaban conmigo ni querían verme. Suprimían la relación de los

contactos humanos del escritor, como si ese quisquilloso artista hambriento, cuyos principios elevados y rígidos tanto le negaban el placer del apetito y la vida elemental, hubiera tenido en secreto la historia remisible de un Jean Genet. Su obstrucción habría resultado cómica de no haber convertido mi vida en un infierno. El escrupuloso mantenimiento del encierro voluntario, el bloqueo de la experiencia contaminante que casi estranguló su arte eran los materiales con que levantaron piadosamente su monumento conmemorativo. El apocamiento, disfrazado de “discreción”, con respecto a las contradicciones y los impulsos

paganos de un hombre. El miedo a perder la santidad y el pavor de la vergüenza. Como si fuese pureza lo que hay en el fondo de la naturaleza de un escritor. ¡Que el cielo proteja a semejante escritor! Como si Joyce no hubiera husmeado inmundamente las bragas de Nora, como si Svidrigailov nunca susurrara en el alma de Dostoievski. El capricho es lo que hay en el fondo de la naturaleza de un escritor, exploraciones, fijaciones, aislamiento, malignidad, fetichismo, austeridad, frivolidad, perplejidad, infantilismo, etcétera. La nariz en la costura de la prenda interior... ésa es la naturaleza de la vida del escritor.

Impureza. Pero esos Lonoff... con la sofocante importancia que dan a la templanza, a la dignidad, nada menos, ¡como si el hombre no fuese un novelista norteamericano sino el embajador en la Santa Sede!...» ¿Es suficiente por ahora?

—No, de ninguna manera. ¡No! ¡Estás en ascuas! ¡Eres deslumbrante! Sigue, sigue.

—Pero, por supuesto, ésa no sería en absoluto mi postura. Me pondría al lado de los Lonoff, porque creo firmemente en la intimidad.

—¿Qué más da? Esto es exquisito. Continúa.

—«¡Y cuántas cosas destruyó

Lonoff! Era un hombre tan paternal... Al escribir sobre él recordaba la relación con mi padre y tenía que abrirme paso entre toda esa mierda. Mi mujer no se lo creía. Una y otra vez me decía: “Vamos, pásalo a máquina y entrégalo. ¿Qué problema tienes?” Le enseñé un capítulo a Zuckerman. Estaba muy azorado, porque detesto mostrar a la gente cosas confusas e inacabadas. Él lo leyó y me dijo: “En cierto modo todo está aquí, pero es imprescindible que hagas un par de cosas. No puedes hacerlo de inmediato. Debes dejar que el material repose durante algún tiempo.”»

—«¿Cuáles eran esas dos cosas?»»

—«Me dijo: “No sólo tienes que

escribir sino también pensar.”»

—«¿Y eso te sirvió de algo? ¿No lo sabías?»

—«Me fue útil. Las cosas más útiles son las más evidentes, cuando las dice otra persona en cierto tono. Con esas palabras me hizo bajar de las nubes. Al trabajar durante largo tiempo en la biografía de Lonoff no puedes evitar que te influya la delicadeza de ese ser. Mi enfoque del personaje adolecía de una especie de conmiseración que me resultaba insoportable. Y el consejo de Zuckerman fue magnífico, porque de joven había experimentado las mismas sensaciones que yo. Se lo tomó con mucho sentido del humor y vino a darme

la licencia para cometer transgresiones. Zuckerman o el gran sancionador. No es que yo quisiera atacar a Lonoff hasta hacerle trizas, pero necesitaba sentir que no era un estudiante formal, que no debía tener esa falsa nobleza con respecto a Lonoff, no tenía que reverenciarle ni ponerle en un pedestal. Zuckerman me contó que, cuando era veinteañero y visitó a Lonoff, éste le dijo: “No es usted tan agradable como parece.” Zuckerman me dijo: “Voy a repetirte las palabras de Lonoff.” Y eso fue lo más liberador que podía haberme dicho.»

—«¿En qué sentido?»

—«Me liberó de mis escrúpulos.»

—Pero, cariño... ¿por qué lo dices con esa expresión de tristeza?

—Porque tú no tienes escrúpulos y sé a qué estoy expuesta.

—Es cierto que no tengo escrúpulos, pero te quiero con toda mi alma.

—Sólo me quieres si me avengo a jugar al cambio de realidad.

—Eres estupenda. ¿Sabes? Tú deberías ser la escritora.

—No, jamás, no podría.

—¿Por qué no?

—Me falta maldad, no soy bastante agresiva, implacable, caprichosa, maligna, infantil, etcétera. Tengo escrúpulos.

—Quizá tampoco tú seas tan

agradable como pareces.

—Me temo que lo soy. Es grotesco, pero soy inglesa y todavía mejor de lo que parezco.

* * *

—El domingo tuve una pequeña aventura. Paseaba por Chelsea con mi amigo israelí Aharon Appelfeld y su hijo Itzak. Estábamos frente a St. Leonard's Terrace, camino de King's Road. Íbamos por la acera izquierda y por la derecha venían dos hombres que rondarían los cuarenta, con aspecto de profesionales, bien vestidos con

suéteres y pantalones holgados, con todas las trazas de que también paseaban. Al acercarse a nosotros, empezaron a cruzar la calzada y observé que uno de ellos, el que llevaba un suéter verde, refunfuñaba o repetía algo mientras me dirigía una mirada furibunda. No entendí lo que decía, pues hablaba a medias consigo mismo, pero siguió murmurando mientras pasaba con su acompañante por nuestro lado y seguían andando calle abajo. Me volví para mirarles en el mismo momento en que él se volvía, y vi que no dejaba de mascullar. No le entendía, pero tuve una corazonada. «¿Le fastidia alguna cosa?», le pregunté a gritos. Al principio él se

limitó a mirarme cejijunto. Luego señaló su propia ropa y gritó: «¡Ni siquiera vistes correctamente!» Eso me confundió. Mi suéter era marrón oscuro y el suyo verde, pero por lo demás vestíamos casi exactamente igual. Yo tenía barba, claro, que había descuidado y necesitaba arreglo. Así pues, lo que había visto era un hombre barbudo, con gafas, atezado, vestido más o menos como él, que hablaba animadamente con un hombre menudo, calvo, de edad mediana, que llevaba chaqueta y camisa deportiva, y un chico moreno de dieciocho años, los cuales escuchaban y reían mientras los tres caminaban por las tranquilas y civilizadas calles de

Chelsea una hermosa tarde de domingo casi a finales del verano y, podría añadir, como si fueran los dueños del lugar. Aquel hombre respondió: «Ni siquiera vistes correctamente», y se quedó allí mirándome furibundo. Podría haberle matado. Si hubiera tenido un arma le habría pegado un tiro, no porque estuviera tan enojado por mí mismo, sino porque paseaba en compañía de un querido amigo a cuya madre la mataron los nazis y que pasó parte de su infancia en un campo de concentración. «Eso no se hace», pensé, avancé un par de pasos hacia él y, con mi mejor acento americano, le dije: «¿Por qué no te vas a tomar por el culo?» Él me miró un

instante más, pero entonces dio media vuelta y se marchó. Desde luego, en caso de que hubiera una pelea, contaba con la ayuda de Itzak, el hijo de Aharon, un muchacho corpulento que hace muchas flexiones cada mañana, pero resultó que el caballero inglés no buscaba camorra. Tan sólo estaba furioso, y le bastó verme en las tranquilas y civilizadas calles de Chelsea para que perdiera los estribos. Su manera de andar, la expresión de su rostro, su respiración denotaban el furor que le embargaba. Este incidente me dejó muy agitado y un tanto perplejo. No comprendía qué quiso decir aquel tipo con eso de que yo no vestía

correctamente. Aharon tampoco caía en la cuenta e Itzak tan sólo se divertía. Es un chico nacido en Israel y hasta entonces nunca había sido testigo de un incidente antisemita. Al muchacho de Jerusalén aquel hombre sólo le había parecido ridículo, pero yo soy de Newark y el maldito asunto me intrigaba, hasta que al fin lo comprendí: si vestía incorrectamente era por la similitud de mis ropas y las suyas, pues con mi barba, mi aspecto y mi gesticulación debería llevar caftán, sombrero de fieltro negro y un chal de oración. En ningún caso debía usar unas ropas como las que llevaba. En fin, aquella noche Aharon cogió el tren de

regreso a Oxford, donde se alojaba con Itzak, mientras en casa dábamos una cena en el transcurso de la cual conté esa anécdota. Todavía estaba afectado por lo sucedido y, además, creía que la observación de aquel hombre acerca de mi ropa era interesante porque al principio me había parecido muy enigmática. En realidad, tropezar con un antisemita en una calle londinense no me resultaba tan sorprendente, era algo que podía suceder en cualquier parte. No, lo que me sorprendió fue que todos los asistentes a la cena sin excepción estaban convencidos de que no había tropezado con un antisemita. Mi reacción, mi manera característica de

malinterpretar el significado de aquel comportamiento, les divirtió. Me dijeron que aquel hombre era simplemente un excéntrico, un chiflado, una especie de lunático, y que el incidente carecía por completo de significado, excepto el de que demostraba, una vez más, lo paranoico que soy en ese aspecto. «Pero ¿qué activó su chifladura?», les pregunté. «¿Qué vio concretamente en mí que causó su irritación?» Ellos no hicieron más que reírse y volvieron a explicarme lo tonto que soy al reaccionar así y, créeme, nunca me había sentido tan desplazado en ningún país como me sentía allí, escuchando a aquellas personas inteligentes y decentes

empeñadas en negar lo que tenían ante los ojos. Recuerdo el primer año de mi estancia aquí. Una noche estaba mirando la televisión y salió un anuncio de puritos, cigarritos o como se llamen. Mostraba el final de la representación de una obra en la que intervenía el Fagin de Dickens, un Fagin al que no le faltaba la enorme nariz ganchuda y la enmarañada melena cana y grasienta. Cae el telón, Fagin hace sus reverencias... y entonces el actor regresa a su camerino, se sienta ante el espejo, se quita la nariz ganchuda postiza y la fea peluca y se restriega con crema para el cutis hasta recuperar su aspecto normal. Bajo el maquillaje, ¡oh,

maravilla!, hay un actor inglés de cabello rubio, guapo, de edad mediana pero juvenil, con todos los indicios de pertenecer a la clase alta. Para relajarse después de la representación enciende uno de esos puritos, aspira el humo con satisfacción mientras habla del sabor, el aroma, etcétera, y entonces se acerca a la cámara con un gesto muy íntimo y, de repente, muestra el purito y con sonrisa impúdica y acento áspero, faginesco, yiddish, dice: «Y lo mejor de todo es que son muy baratos.» Pues bien, dado que soy como soy, me sentí desconcertado. Estaba solo en casa cuando ocurrió esto, y como experimenté el impulso repentino de

hacer algunas preguntas a alguien acerca del sitio donde ahora intentaba vivir en paz, telefoneé a un viejo amigo mío, un judío inglés que vivía en Hampstead, y le dije: «¿Sabes lo que acabo de ver en la televisión?» Pero cuando se lo conté también él se echó a reír. «No te preocupes, ya te acostumbrarás», me dijo.

—Eso te enfurece de veras, ¿eh?

—Bueno, la insinuación de que soy yo quien no se comporta bien al objetar contra esos insultos me irrita un poco, en efecto. «¿Por qué los judíos hacéis tantos aspavientos por el hecho de ser judíos?» Pero ¿somos nosotros quienes hacemos los aspavientos? ¿También tú

lo crees así, querida?

—No me atrevería.

* * *

—Me has preguntado qué hay detrás de la aversión que los británicos sienten por los judíos. Ésas fueron tus palabras. Creo que en realidad se trata de esnobismo. Y te diré qué es lo que me hace pensar así... Nadie tiene esos sentimientos acerca de los judíos pertenecientes a la aristocracia o la clase media alta.

—Pero los judíos también son esnobs con respecto a los mismos

judíos.

—Sí, pero estoy tratando de explicarte algo... que la visión que se tiene en general de los judíos, a mi modo de ver, aunque quizá me equivoque, se limita a los judíos que no son así, que no han pasado a formar parte de la cultura inglesa porque llevan siglos aquí, como los Waly-Cohen, que son muy ricos...

—Entonces se trata del dinero.

—De la aristocracia en general. No puedes pertenecer a la clase alta si no tienes dinero.

—Si logras integrarte en la clase alta te liberas de ciertos estigmas repulsivos.

—Estoy tratando de decirte algo interesante y tú te muestras completamente ofendido.

—No, de ninguna manera. Te estoy escuchando.

—No sólo son ricos. Algunas familias, como los Samuel y, hasta cierto punto, los Sieff, los Seligmann, los Montefiore y tantos otros, no sólo son aceptables, sino que están incrustadas en medio de la cultura británica: tienen sus propias tierras, capitanean equipos de críquet, organizan cacerías de zorros, entran en la Cámara de los Lores... en fin, no les falta nada, son exactamente iguales a todos los demás que llevan esa clase de vida. Lo que la gente tiene

contra ciertas manifestaciones de los judíos es que responden a actitudes de la clase baja. Puede que esto te parezca muy estúpido, pero estoy segura de que si lo expresara mejor, de una manera más sutil...

—Me estás hablando de comportamiento étnico, y eso no tiene nada que ver en este caso. Pero ¿qué me dices de los italianos o los griegos que viven en Londres? ¿Acaso sus actitudes de clase baja provocan la misma aversión?

—No, porque los italianos y los griegos no destacan en otros aspectos de la vida inglesa. No hay duda de que los judíos triunfan de una manera

desproporcionada a su número y por ello llaman la atención.

—¿Y eso también es repulsivo?

—No lo es en sí, pero crispa a la gente.

—Entonces, en lo que concierne al judío, comportarse con la elegancia de la clase superior no resulta más útil, en definitiva, que comportarse como un patán. A menos que tenga diez millones de libras y capitaneé un equipo de críquet, prácticamente cualquier manifestación de comportamiento social por parte del judío provocará una enorme susceptibilidad, «crispará» a la gente.

—No, no creo que sea así. Ya no

existen esos sentimientos hacia ellos. Si te fijas en determinados ambientes, en el negocio del arte, formado por una serie de propietarios judíos aristócratas... pero está claro que éste es un tema peligroso para tratarlo contigo. A cada palabra que digo te enfureces más, así que voy a callarme.

* * *

—¿Podría explicar al tribunal por qué odia a las mujeres?

—Pero si no las odio.

—Si no odia a las mujeres, ¿por qué las ha difamado y degradado en sus

libros? ¿Por qué las ha maltratado en su obra y en su vida?

—No las he maltratado ni en la una ni en la otra.

—Hemos escuchado a peritos que nos han indicado capítulos y párrafos que corroboran sus juicios. Y no obstante, ¿intenta decir al tribunal que esas personas de impecable trayectoria profesional, las cuales han declarado bajo juramento ante el tribunal, o bien se equivocan o bien están mintiendo? ¿Puedo preguntarle, señor... qué ha hecho usted hasta ahora que sea favorable para las mujeres?

—¿Y puedo preguntarle a mi vez por qué toma la representación de una sola

mujer por la de todas las mujeres? ¿Por qué cree que a sus peritos no podría contradecirles un grupo distinto de peritos? ¿Por qué...?

—¡Protesta denegada! No tiene que interrogar al tribunal, sino responder a sus preguntas. Se le acusa de sexismo, misoginia, malos tratos a una mujer, difamación y denigración de las mujeres y seducción despiadada, delitos todos ellos que conllevan las penas más severas. A las personas como usted no se las trata amablemente si son declaradas culpables, y hay buenas razones para ello. Usted forma parte de la masa de hombres que han causado a las mujeres grandes sufrimientos y una

humillación extrema... humillación de la que sólo ahora se están librando gracias a la labor infatigable de tribunales como éste. ¿Por qué publica libros que causan sufrimiento a las mujeres? ¿No pensó que esos escritos podrían ser utilizados contra nosotras por nuestros enemigos?

—Sólo puedo replicar que esa supuesta democracia vuestra basada en la igualdad de derechos tiene propósitos y objetivos que no son los míos como escritor.

—Por favor, el tribunal no desea volver a oírle hablar de literatura. Las mujeres que aparecen en su obra son todas estereotipos perversos. ¿Ha sido *ése* su propósito como escritor?

—Muchas personas han interpretado mi obra de otra manera.

—¿Por qué retrató a la señora Portnoy como una histérica? ¿Y a Lucy Nelson como una psicópata? ¿Por qué retrató a Maureen Tarnopol como una embustera y una tramposa? ¿No difama y denigra así a las mujeres? ¿Por qué las retrata como fieras si no es para calumniarlas?

—¿Por qué lo hizo Shakespeare? Se refiere usted a las mujeres como si hubiera que ensalzar a cada una de ellas.

—¿Se atreve a compararse con Shakespeare?

—Yo sólo...

—¡Y ahora será capaz de

compararse con Margaret Atwood y Alice Walker! Veamos sus antecedentes. Fue usted profesor universitario.

—En efecto.

—Siendo profesor universitario tuvo relaciones sexuales con sus alumnas.

—¿Eso también humilla a las mujeres?

—¿Cree que no? ¿No es cierto que era un honor para ellas ser las elegidas? ¿Cuántas veces indujo a la fuerza a sus alumnas para que fornicaran con usted, un profesor que actuaba *in loco parentis*?

—No había necesidad de recurrir a la fuerza.

—Sólo por su capacidad para influir

y dominar implícita en la relación.

—Por supuesto existe la posibilidad de abusar... en eso como en todo. Por otro lado, es posible que haga usted un flaco servicio a su sexo al postular que unas mujeres inteligentes y jóvenes carecen del valor que las haría deseables... que les falta agresividad, atrevimiento, carácter aventurero y perversidad. Si quiere conocer a fondo la tentación de brutal sensualidad que brota espontáneamente entre la juventud y la madurez, si desea una lección sobre los torrentes de sentimiento que fluyen al otro lado del tabú, le sería de utilidad estudiar las relaciones eróticas que narra la autora francesa llamada Colette.

—¡Una contrarrevolucionaria voluptuosa llamada Colette! ¡Una traidora inclinada al placer llamada Colette! ¿Cuántas de sus alumnas han sufrido así sus abusos y su explotación?

—Tres. Durante todos esos años tuve relaciones amorosas con tres...

—Primero se muestra condescendiente con nosotras y nos da una conferencia sobre literatura. ¿Va a darnos ahora una conferencia sobre el amor? Tenga cuidado, señor, no vaya a llevar demasiado lejos sus insultantes ironías. El tribunal puede sentirse obligado a tener paciencia con semejante conducta, pero debo advertirle que el vasto e indignado

público que ve estos juicios por televisión no se siente obligado por las sutilezas que decimos aquí. Usted fue adúltero, ¿no es cierto?

—Todavía lo soy.

—¿Con las esposas de sus amigos?

—A veces. Lo soy más a menudo con las esposas de desconocidos, como usted.

—¿Y con quiénes disfruta más perversamente de la traición? ¿Con quiénes goza más al traicionarles sádicamente, los amigos a cuyas esposas seduce sin piedad o los desconocidos a cuyas esposas seduce del mismo modo?

—¡Ah, es usted una chica extraordinaria! ¡Es inteligente! ¡Es

hermosa!

—¿Señoría, debo pedir al tribunal que informe a este *hombre* de que no soy «una chica»!

—Venga aquí, fiscal, ¿quiere usted...?

—Se lo ruego, señoría, el acusado está flagrantemente...

—Quiero pedirle su experta opinión sobre esto..., esto...

—¡Socorro, socorro! Me está explotando, me está degradando, me está difamando, está intentando con una grotesca exhibición fálica...

—Deliciosa, inteligente, encantadora...

—Me está calumniando, señoría...

¡Ante un tribunal de justicia!

—No, no, te estoy jodiendo, cariño... te estoy jodiendo ante un tribunal de justicia.

—Señoría, la televisión... ¡Esto es pornografía!

—Mi madre es una mujer muy lista y astuta que tuvo mucho éxito en lo que se propuso hacer. Se casó varias veces con hombres ricos y sin duda deseaba que yo siguiera sus pasos, pero no encajaba en ese molde y no he podido satisfacer sus expectativas. Las cosas son así de sencillas. Yo diría que es una muchacha judía de inteligencia característica y procedente de un medio muy áspero de inmigrantes. Como ella decía, nunca apartaba la vista de la pelota, que era el dinero. Su actividad haciendo trueques era considerable, y se estableció primero en Inglaterra, lo cual fue un desastre porque no encajaba en la sociedad inglesa. Entre otras cosas, sus

modales en la mesa eran deplorables, le faltaba la buena crianza. Se casó con un hombre perteneciente a la clase alta de los judíos ingleses. El matrimonio duró unos cinco años. Al principio se querían mucho, pero el amor se desintegró rápidamente. Su familia era muy reacia a que se casara con una muchacha judía pobre.

—Tu padre... ¿Dónde le conoció?

—Se había casado cinco veces, siempre con damas de alcurnia. Mi madre fue la excepción. Las demás mujeres fueron todas sumisas, incapaces de plantarle cara. Era un despilfarrador y rehuía el trabajo. Vivía del dinero recibido de su familia. Su padre era un

norteamericano anglosajón y protestante muy severo, y todos los días le preguntaba: «¿Qué has hecho hoy para justificar tu existencia?» Él abandonó Saint Louis, rechazó todo aquello que defendía su padre y vino al Este. A decir verdad, no sé gran cosa sobre él, pues desapareció cuando yo tenía un año más o menos, pero sé que era un individuo muy taimado. Tengo la impresión de que en ese matrimonio no intervino para nada el amor. Cada uno midió al otro por el dinero que tenía. En cuanto a mi padrastro, fue como un abuelo para mí. Cuando murió rozaba los noventa años. Era muy cariñoso, pero no llegó nunca a ser como un padre.

—¿Cómo era?

—Cuando estaba casado con su primera esposa conoció a esa mujer, que en realidad no era más que una prostituta de altos vuelos. Ella tramó un encuentro en Central Park, a lomos de caballo, del que él siempre se lamentaba. Decía: «De no haber montado mi maldito caballo aquel día, me habría ahorrado mucho dinero.» Y mucha tribulación sentimental. Ella puso todo su empeño en cazarle. Era mucho más joven y le dijo que no estaba dispuesta a seguir siendo su amante y quería casarse. Su esposa le ofreció la posibilidad de volver con ella, le dijo que le aceptaría, pero él rehusó, pues había decidido

unirse a la otra. Entonces, durante el crucero de su luna de miel, ella abandonaba el camarote y visitaba los de otros hombres. Cada tutor de los niños que iba a la casa acababa siendo su amante. Una humillación tremenda, y él era un caballero de la vieja escuela, doctorado por Yale, un cirujano famoso. Jamás en su vida se había encontrado con una cosa así, y fue devastador para él. Además, ella intentó matarle mientras dormía, le drogó y trató de asfixiarle apretando una almohada sobre su cara.

—¿Qué ocurrió?

—Ahora está en un manicomio.

—¿Cómo se libró de ella?

—Se divorció. Salió todo a relucir

en los periódicos. Vistas aéreas de la casa, un gran escándalo, terrible. En Bedford jamás lo olvidaron. Siempre habían visto con suspicacia a mi madre. ¿Qué hacía un hombre tan amable e inteligente con otra vulgar egoísta? Creían que era una sustitúa, otro facsímil de su mujer anterior. Pero él no sabía enfrentarse a semejante persona. La primera destructora, una cabeza loca bulliciosa y desaliñada que procedía de Akron, y él era totalmente incapaz de hacerle frente.

—¿Por qué no me has contado nunca todo esto?

—Quería olvidarme de mi madre enloquecida por el dinero y de mi padre

desaparecido. No deseaba ser como mis compañeras de dormitorio en el *collège*, que se ponían muy pesadas hablando sin cesar de sus familias. Yo estaba por encima de eso, y quería hablar continuamente de *La sangre de los Walsung*, *Michael Kohlhaas* y *En el barranco*.

—¿Y cómo estás ahora? Dímelo. ¿Cuál ha sido el destino de la chica más lista del seminario?

—Parece ser que soy incapaz de comunicarme con los demás.

—¿Tú?

—Es algo que me asusta, pero no puedo recordar bien el pasado. La verdad es que sólo te recuerdo

vagamente. Me sometí a terapia de shock, pero eso no hizo más que empeorar las cosas. Fue durante mi primer ingreso en el hospital y me dieron unas ocho sesiones. La verdad es que era muy agradable. Te inyectan pentotal sódico y pierdes el sentido, no te enteras de nada y cuando vuelves en ti sólo te sientes un poco aturdida. Me sometía al tratamiento dos veces por semana. No estaba asustada y creía que ésa sería la solución a mi problema, pero dejaron de tratarme porque no servía de gran cosa. Tenía la esperanza de que recuperaría cierto grado de energía, pero no fue así, y eso sí que me atemoriza. Intento recordar las cosas,

pero sólo lo consigo parcialmente. A veces el recuerdo es más amplio, pero resulta terrible. No sé qué me ocurre, mi conciencia de las cosas es vaga. Tengo grandes deseos de hablar con los demás, pero soy incapaz de hacerlo. Es muy deprimente no poder hablar con nadie ni responder a las preguntas que te hacen ni nada. He de hacer un esfuerzo enorme, como me sucede ahora mismo contigo, pero no puedo evitarlo. Me siento muy incómoda entre la gente. Creo que me he sentido así durante la mayor parte de mi vida. Perdona, Philip, ¿tienes un cenicero?

—¿Tomas medicamentos?

—Como estaba tan deprimida me

dieron una combinación de fármacos. Dijeron que eran inocuos y que hasta entonces nunca habían causado efectos secundarios al actuar entre ellos, pero lo cierto es que tuve una reacción muy mala. Me volví paranoica en extremo y tuvieron que hospitalizarme. Me estaba volviendo loca de atar. Cuando vinieron a por mí para hacerme unas pruebas, creí que me llevaban a una cámara de tortura. Todavía estoy convencida de que alguien entró en mi habitación, que me enseñaron un documento y me dijeron: «Firma esta declaración de que golpeaste a tu madre hasta matarla.» Me enfurecí. ¡Cómo se atrevían a pedirme que firmara semejante documento! Pues

bien, ahora me dicen que no ocurrió nada de eso. Les juré por Dios que era cierto, no tenía ninguna duda. El médico dijo que nunca habían visto una reacción como la mía. Eso sucedió en septiembre, y todavía estoy tomando la medicina antipsicótica, para prevenir una experiencia paranoica. No ingiero la dosis que me han prescrito, pero aun así tomo una buena cantidad. Me he recuperado bastante, aunque a veces sigo sintiéndome muy atemorizada entre la multitud.

—Pero ¿qué te condujo a ese estado? ¿Cómo es posible? Cuando te conocí estabas bien, eras intelectualmente testaruda, muy lista y, a

pesar de tu juventud, mostrabas una osada frialdad. Tenías un gran estilo, con tu manera intransigente de vestir, siempre de negro, tan hamletiana, y también eras bellamente imperfecta, con tu palidez infantil, el diente mellado y los ojos fatigados. ¿O todo eso te parece una descripción de lo que te agobiaba?

—Eso es lo que dijiste hace diez años, la primera vez que me llevaste a cenar a aquel restaurante de la Tercera Avenida, Le Moal.

—Recuerdo el restaurante, pero no lo que te dije.

—Me deseaste suerte, dijiste que la necesitaría.

—¿Por qué?

—Porque algunas personas podrían encontrarme irresistible. Estaba tan nerviosa que apenas me enteraba de lo que decías, pero ésa fue una de las pocas cosas que oí... y que recuerdo.

—Tampoco estaba muy sereno.

—Eso no podía saberlo entonces. Eras mi profesor.

—Precisamente porque era tu profesor no estaba muy sereno. Cuando entrabas en clase, pausada y silenciosa, la melena desgredada, y luego hablabas con autoridad de Kafka, eras tan seductora... Recuerdo que los alumnos leían la *Carta al padre* y explicaban que *La metamorfosis* y *El proceso* derivaban de la relación de Kafka con

su padre. Tú replicabas con voz cansada que no, que era todo lo contrario: la idea que Kafka tenía de la relación con su padre derivaba de esas obras, y, tras haberles corregido así, lanzabas tu golpe definitivo: «Cuando un novelista que vale el pan que come llega a los treinta y seis años, ya no traduce su experiencia en una fábula, sino que impone su fábula a la experiencia.» Pocos jóvenes de diecinueve años dicen esas cosas, o por lo menos yo no les oigo decirlas. Qué elegantes eran tus actuaciones en aquella época... Ya destacabas.

—¿Quieres decir que ya estaba loca?

—No, no, de ninguna manera. No

impongas una fábula a tu experiencia. Eras muy sensible, desde luego, pero tu equilibrio me asombraba.

—Quizá tú también estabas loco.

—O quizá no. En aquella clase mía me escribiste una nota que decía: «Cada noche rezo por una sola cosa, y es llegar a ser una buena escritora.»

—¿Eso hizo la pequeña arpía?

—Un gesto juvenil, ¿no? Eras muy joven, pero ya estás toda tú en esa nota. Cuéntame de nuevo lo que sucedió. ¿Cómo llegaste a semejante estado? Hazme comprender los tratamientos de shock y los hospitales, porque yo solo no puedo.

—Es la vieja historia... defraudada

por la vida. Sentía una atracción fatal por los tenorios hipnotizantes y me volví majareta.

—¿Es una acusación?

—Sólo si quieres tomarla como tal.

No, contigo fue algo puro... tan puro que yo misma me hipnoticé. Los fines de semana, acurrucada bajo las mantas, en mi dormitorio de Bedford, con las zapatillas de ballet de cuando tenía diez años en el armario... y los lunes por la tarde, cuando me entregaba a un abandono total en la cama tan anónima como lo eran la habitación, la planta y el hotel Hilton. Era algo tan íntimo que me aturdía... Lo único familiar de aquel hotel eran nuestros cuerpos. Supongo

que podrías llamarlo adiestramiento básico, y me daba miedo. Padecí insomnio durante meses. Cada vez que pronunciabas la palabra «amor» tenía retortijones. Pero no puedo negar que era excitante. El amante paternal que me escuchaba... Una persona desilusionada que se relaciona con otra inocente... todo muy educativo. Por lo menos nadie en aquel Hilton tenía tendencias asesinas.

—Te gustaban los chicos que disparan a matar.

—Sí, sobre todo los mercaderes del sexo, la pandilla libidinosa. Eran irresistibles para mí. No sabía cómo coquetear con ellos, cómo manejarles.

Eso es algo de lo que no tratamos en aquel seminario. Y, por supuesto, era intransigente con aquellos que me deseaban pero a los que yo no quería. Siempre había alguno que iba detrás de mí apasionadamente, me llamaba por teléfono, me asediaba, me invitaba a un sitio y a otro, no me dejaba ni respirar, y al mismo tiempo tenía un amante ausente, que me dejaba, no demostraba interés por mí o me jugaba malas pasadas, y eso me desestabilizaba, me enloquecía un poco. Al principio lo toleraba bien, pero cometí el error de dejar que ocurriera una y otra vez, pues era incapaz de evitarlo. Ésa ha sido mi némesis, la causa de todo...

—¿Y no tuviste ninguna relación sentimental que no estuviera cargada de... en fin, que fuese placentera?

—Algunas.

—¿Qué ocurrió en esos casos?

—Me aburría.

—Estoy mucho más gorda.

—Un poco. Estás lejos de parecer una matrona.

—Estaba incluso más gorda. He empezado a perder peso.

—¿A qué se debe? ¿Es alguna clase de protesta?

—Ya no me preocupo por nada. He superado la ansiedad.

—Desde que yo desaparecí.

—No sé desde cuándo, pero creo que mi delgadez se debía a una ansiedad innecesaria.

—¿Y cómo lo han acogido en el hogar? ¿Le gustan a él gordas y simpáticas? A mí me gustan tal como eras, delgadas y neuróticas.

—La situación ha mejorado mucho pero no sé cuánto durará. Cuando te marchaste se produjo un cambio a mi favor, muy lento y penoso, en el equilibrio de fuerzas. Las cosas fueron muy mal hasta hace tres semanas, pero desde entonces él ha ido portándose mucho mejor conmigo. No me preguntes por qué. Sin embargo, no puedo pasar el resto de mi vida tan hastiada, aparte de todo lo demás. Sólo de pensarlo me entra pánico y acabo concertando una cita con un buen abogado. Tengo la sensación de que estoy haciendo continuos ensayos, y eso es agotador. No sé si las cosas van a seguir esa pauta monótona y tendré que pasar de vez en

cuando por un período de desavenencia conyugal, o si, por otro lado, se trata de pasos hacia el abismo, como los que estudia la historia, que está salpicada de desastres, y cuando la estudias sales de un desastre y esperas encontrarte con el siguiente, te informas de los pasos que dieron los hombres hacia el abismo, aprendes las fechas y los conceptos y apruebas el examen. Lo malo de la vida es que no sabes realmente si es un proceso descendente, no sabes en absoluto de qué se trata.

* * *

—Me preguntaron cómo sabía tales cosas, puesto que nunca había estado allí. ¿Cómo me atrevía a creermelo enterada? Les respondí enojada que llevaba veinte años pensando en ello, qué digo, desde que tengo uso de razón. ¿Por qué no habría de saberlo? Además creía que estaba allí para hablar. ¿Por qué no habría de tener ciertas opiniones sobre el asunto? Ellos se mostraron de acuerdo, pero quisieron saber por qué no habría de seguir nerviosa durante un año... Ése es el mensaje, que te quedes ahí sentada con tus aprensiones. Les repliqué que *soy* nerviosa y no deseo ponerme en evidencia, y entonces me dijeron que también estaban enojados

conmigo por eso.

—¿A qué viene ese plural? ¿Lo someten a votación?

—No, se trata de una parodia, pero lo que ocurre está muy claro. Forman una pequeña familia y yo soy la recién llegada. No están seguros de querer un nuevo miembro en la familia.

—¿Es todo tan transparente?

—Sí, una insensatez. Me enfadé mucho y una de ellas dijo algo realmente estúpido: «Puedo tenerle afecto a Wilfred, estoy segura de que si pudiera comprender su vulnerabilidad aprendería a quererle, pero como no me la explico, no le aprecio.» «¿Quieres decir que si comprendes la

vulnerabilidad de alguien le aprecias ipso facto?», le pregunté, bueno, eso de «ipso facto» me lo callé, y ella me dijo: «Pues sí, ¿por qué quieres saberlo?» «Por la curiosidad que tengo de conocer lo que dais por sentado», repliqué, «porque ése es el motivo de que me resulte difícil hablar de mí misma, porque no sé qué pensáis ni cómo funciona todo esto». En ese momento el analista, que es muy sensible, intervino en mi ayuda, pero los otros volvían a estar enojados conmigo. La mujer me preguntó por qué estaba irritada, y le dije: «Mira, en el peor de los casos esta clase de lenguaje, que oculta determinadas suposiciones, no es más

que psicocháchara.» «¿Nos estás acusando de psicocháchara, bla, bla, bla?»

—¿Cuántos participan?

—De ocho a diez, todos supuestamente profesionales. Es irritante. Sólo he asistido siete u ocho veces, y no voy a volver. Tiene alguna utilidad, como remedio... me gusta oírles hablar de sí mismos, pero están irritados conmigo porque soy demasiado inteligente. Durante cerca de un mes ese grupo me proporcionó una animación estupenda. Uno de ellos, una mujer, incluso es novelista. Bueno, tiene intención de serlo. Era la persona de la que podía aprender más, la más

interesante y la que sentía más desagrado hacia mí. Hablaba con mucha propiedad, era divertido escucharla, pero tenía el defecto de no poder soportar que otros hablaran tan bien como ella. Es una estupidez, porque su manera de hablar y la mía son radicalmente distintas. Hay un abogado, ese Wilfred, y un individuo que trabaja en el Festival Hall. Hay una mujer que lleva joyas muy caras y tiene una bolsa Louis Vuitton, lo cual significa...

—Que no sabe nada.

—Claro. ¿Qué más da? Ah, sí, por lo menos dos de ellos se adiestran como psicoterapeutas.

—El primer día debiste de estar muy

nerviosa.

—En absoluto.

—Entraste en la sala donde estaban todos y dijiste: «Hola, soy la nueva.»

—No, no, fui la primera en llegar. Todos se presentan tarde. Son terribles. Es como llegar tarde a la cena familiar. Entra uno, al cabo de un rato otro... como un grifo que gotea lentamente, y se pasan mucho tiempo mirando el suelo, sin decir nada, lo cual es muy molesto, dado el coste de las sesiones. No sé qué diablos creen que están haciendo. Y es evidente que muchos de ellos tienen que sacrificarse para pagar.

—¿Cuál fue tu discurso de presentación?

—No lo recuerdo, pero es probable que les hiciera alguna pregunta juiciosa y bienintencionada. Sabía lo que iban a decir al final, pero me pareció mejor no revelárselo, así que sólo les hice preguntas que insinuaban la respuesta, como un abogado. Como era de esperar, una mujer estaba convencida de que nadie le hacía el menor caso, que todo en su vida era injusto y horrible, y le pregunté si era hija única. Ésa es la clase de preguntas aceptables, y a partir de ahí podríamos haber abordado el problema de la atención dividida que nos prestan los demás. Pero no tienen remedio, no llegan a ninguna parte. Me entraron ganas de decirles que no

sabrían qué hacer si tuvieran problemas auténticos, como los míos.

—¿Pero no van ahí para tratar del problema que eres tú y no de tus problemas?

—Supongo que sí. ¿Quién sabe? Pensé que esas sesiones me harían comprender en la práctica por qué las relaciones laborales son tan difíciles y por qué detesto mi trabajo, una mierda de empleo en el que he de soportar las órdenes de gente estúpida. Alguno del grupo empezó a acusarme de pensar como una chica lista. Ése es precisamente uno de mis problemas y ansiaba que me hablaran más de ello, aunque también es doloroso.

—Pero eres una chica lista, te quiero porque lo eres. ¿Dónde está el problema? ¿Quién es esa gente? Iré allí y les romperé las narices.

—Es lógico que tengan envidia porque soy más lista que ellos y contra eso no pueden hacer nada. ¿Sabes cuál fue mi conclusión?

—¿Cuál?

—Llegué a la conclusión de que debería ser más drástica.

* * *

—Acabo de ver a mi hija actuando en la obra teatral de Navidad. En

Navidad celebramos el nacimiento de Jesús.

—¿De veras se trata de eso?

—Sí.

—¿Cuándo ocurrió? Probablemente no presté atención. La semana pasada me salté algunos días el periódico.

—En realidad sucedió hace mucho tiempo y le han atribuido sentidos distintos al original. Me habría gustado que lo hubieras visto. Fue muy divertido. Actuaban en el salón, con un piano de cola y la chimenea de mármol. Mi hija estaba encantadora en su papel de rey mago. Tenía que ofrecer un regalo. Un día hablábamos de ello y le pregunté cuáles eran los regalos. «Pues

son oro, incesto y mirra», me dijo.

—¿La corregiste?

—No, no lo hice, sólo le pregunté cuál era su regalo y me dijo que el oro. Entonces pensé que probablemente no tendría que mencionar la palabreja. Me temo que muy pronto tendré que remontarme a esa escena de triunfalismo cristiano.

* * *

—Este año tendré otro aniversario.

—Todavía no.

—Sí, es inexorable. Resta mil novecientos treinta y tres de mil

novecientos ochenta y cuatro y el resultado es inequívoco: cincuenta y uno.

—Naturalmente, podrías hacer caso omiso. ¿Por qué te lo tomas tan a pecho?

—¿Y me lo dices tú, que lloriqueas porque tienes treinta y cuatro?

—Yo sé por qué me lo tomo a pecho. Quiero saber por qué lo haces tú.

—Porque mi vida no durará mucho más, porque pronto estaré muerto.

* * *

—Una de las injusticias del adulterio, cuando comparas al amante

con el cónyuge, es que al primero nunca le ves en esas circunstancias tediosas, discutiendo por la verdura, o la tostada quemada, porque se ha olvidado de telefonar, porque molesta a alguien o es molestado. Creo que quien tiene relaciones extraconyugales mantiene adrede todo eso al margen. Estoy generalizando a partir de una experiencia minúscula, casi inexistente, pero creo que es así, porque de lo contrario una viviría con una zozobra constante, a menos que te guste tener dos series de conflictos domésticos y puedas pasar de una a la otra.

—Sí, con el amante la vida cotidiana retrocede. Es la enfermedad de Emma

Bovary. En el primer acceso pasional de la mujer casada cada amante es Rodolphe, el amante que le hace gritar en su interior: «¡Tengo un amante! ¡Tengo un amante!» Flaubert lo llama «una especie de seducción permanente».

—Esa novela es mi libro de cabecera.

—¿Cuál es tu parte preferida?

—Los pasajes brutales, por supuesto. Cuando se le acaba el dinero y corre a ver a Rodolphe, cuando le suplica que le dé tres mil francos para salvarse y él le dice: «No los tengo, mi querida señora.»

—Cada noche deberías leerle un poco a tu hija antes de acostarse.

Flaubert es un buen guía para que las chicas conozcan a los hombres.

—«No los tengo, mi querida señora.» Delicioso.

—A mis alumnos les decía que no son necesarios tres hombres para sufrir lo que sufre Emma. Normalmente basta con uno, como Rodolphe, luego Léon y después Charles Bovary. Primero el éxtasis y la pasión, los voluptuosos pecados de la carne, ella cautiva de él, arrebatada. Tras la tórrida escena en su castillo, peinarte con su peine y esas cosas. Un amor insoportable hacia el hombre perfecto cuyos actos son todos hermosos. Luego, con el tiempo, el amante fantástico se erosiona, se

transforma en el amante cotidiano, práctico, se convierte en Léon, un rústico, y empieza la tiranía de lo real.

—¿Qué quieres decir con rústico?

—Que es un palurdo, un provinciano. Dulce y atractivo, es cierto, pero no precisamente un hombre valeroso, sublime, conocedor de todas las cosas, sino que tiene defectos, es un poco tonto, comete estupideces. Sigue siendo ardiente y a veces encantador, pero la verdad es que tiene el espíritu de un chupatintas. Y entonces, con o sin matrimonio, aunque éste siempre acelera las cosas, el que fue Rodolphe y se convirtió en Léon ahora se transforma en Bovary, engorda, se limpia los dientes

con la lengua, hace ruidos desagradables cuando toma la sopa, es torpe, ignorante, áspero, incluso verle la espalda resulta irritante. Esto al principio sólo te pone nerviosa, pero acaba por volverte loca. El príncipe que te salvó de tu aburrida existencia es ahora el palurdo en medio de tu aburrida existencia, una vida completamente insípida. Y entonces se produce la catástrofe. De uno u otro modo, cualquiera que sea su actividad, comete errores colosales en su trabajo, como le ocurre a Charles con Hippolyte, al que intenta eliminar un juanete y le gangrena la pierna. El hombre que fue perfecto es un fracasado despreciable. Podrías matarle. La realidad se ha

impuesto al sueño.

—¿Y cuál de ellos crees que eres para mí?

—¿En este momento? Yo diría que estás entre un Rodolphe y un Léon, deslizándote hacia Bovary. ¿No?

—Sí. —Riendo—. Eso es bastante cierto.

—Estás en algún punto entre el deseo y la desilusión, en el largo descenso hacia la muerte.

* * *

—No había visto en toda mi vida una explotación más minuciosa del

sadomasoquismo. Los retratos de Bacon no son nada en comparación con lo que quieres hacer a tu enemigo.

—Qué dramático.

—Pero hay personas a las que no deseas agredir... te conformarías embadurnándoles la cara con pintura.

—Eres más agresivo que yo.

* * *

—¿Por qué vienen a verte todos esos esclavos?

—Por qué vienen y por qué los veo son dos preguntas diferentes.

—¿Por qué los ves?

—Me gustan.

—Más que los ingleses.

—¿A ti no?

—¿Por qué? ¿Porque sufren tanto?

¿Estás tan enamorado del sufrimiento?

—Me interesa, como a todo el mundo.

—En eso te equivocas. La mayoría de la gente prefiere desviar la mirada.

—Pues yo soy «contrafóbico» y miro. Las personas desplazadas tienen cosas que decirte. A veces incluso puedes echarles una mano.

—Las víctimas te enternecen... ¿Se debe eso también a que eres judío?

—Hay muchos judíos a quienes no les importa lo más mínimo. En cuanto a

mí, no me considero una víctima judía, sino todo lo contrario.

—Sin embargo, ésa es la cuestión... formas parte del pequeño contingente de judíos nacidos en este siglo que escaparon milagrosamente del horror y que de algún modo han vivido indemnes en un asombroso período de riqueza y seguridad. Por eso los que no escaparon, judíos o no, sienten esa fascinación hacia vosotros.

—¿A ti no te fascinan?

—Siento curiosidad, pero no me esfuerzo por conocerles. Jamás se me ocurriría ir a cualquiera de esos países a pasar unas vacaciones, mientras que estar un par de semanas en un sitio

donde todo el mundo está oprimido y es desgraciado es la idea que tienes de unos agradables días de descanso. ¿Cómo has llegado a tener esa afición?

—Fue accidental. Había terminado de escribir un libro y estaba viajando. Era en 1971. Fuimos en coche de Viena a Praga. Después de pasear media hora por la ciudad tuve la impresión de que encontraría algo interesante para mí. Tenía allí un editor que había publicado mi primer libro años antes. A la mañana siguiente fui a la editorial, me presenté y el director y su personal me ofrecieron un brindis con slivovitz a las diez de la mañana. Luego fui a comer con uno de los jefes de redacción, el cual me contó

que el director era un cerdo. Empecé a incubar la idea de un relato. Mil relatos más adelante volví allí solo, una primavera, a pasar unas semanas, y la policía me acorraló en la calle. En el transcurso de los años me había acostumbrado a que cada primavera los policías me siguieran a todas partes, sobre todo cuando iba a visitar amigos escritores, pero siempre habían sido agentes de paisano que se mantenían distanciados. Esta vez, era en 1975, se me acercaron dos policías uniformados y me pidieron la documentación. Les enseñé el pasaporte, el visado, la tarjeta de identificación del hotel, pero ellos dijeron que no bastaba y tenía que

acompañarles a la comisaría. Me puse a gritar, alternando el inglés con mi francés de instituto, diciendo que quería ver al embajador norteamericano. Estaba a pocos metros de la parada del trolebús y empecé a gritar a la gente que esperaba, diciéndoles que la policía me hostigaba sin ningún motivo, y exigí que me llevaran a la embajada. Entretanto uno de los policías echó a andar hasta donde estaba mi agente de paisano, con su impermeable azul, hablaron un rato y el policía de uniforme regresó y me dijo que debía ir con él a la comisaría. Hablaba en checo, pero entendí muy bien lo que quería. De todos modos me negué a moverme y seguí gritando. Así

estuvimos durante unos quince minutos. Cada vez que me negaba el guardia se acercaba al agente de paisano para pedirle instrucciones, regresaba e insistía en que debía acompañarle a la comisaría. Una pareja de jóvenes alemanes que estaban en la parada del trolebús se habían acercado para ver qué pasaba. Me hablaron en inglés y les pedí que se quedaran hasta que el asunto se hubiera solucionado. Les di mi nombre y dirección y les dije que avisaran al embajador norteamericano si me llevaban a rastras. Finalmente los dos policías se sintieron tan frustrados que ambos fueron a hablar con el agente de paisano. En aquel momento un

trolebús se detuvo en la parada. «¿Para qué esperar a que te detengan?», pensé. Subí al trolebús y me fui de allí. Por entonces estaba empapado en sudor y tenía el corazón desbocado. Dos paradas más allá bajé del trolebús, crucé corriendo un puente y subí a un trolebús que iba en dirección contraria. Viajé hasta Dios sabe dónde, y salté cuando vi una cabina telefónica. Llamé a uno de mis amigos checos y le dije lo que me había ocurrido. Él se echó a reír y me dijo: «Sólo quieren hostigarte. Su único propósito es que te asustes.» Confesé que lo habían conseguido. Él me aseguró que nada más me ocurriría si regresaba a mi hotel. Allá fui y, en

efecto, no ocurrió nada, excepto que en lo sucesivo no volví a conseguir un visado para entrar en Checoslovaquia. El mismo día que me marché de Praga fueron en busca de mi amigo, aquél al que había telefoneado, le sacaron de su casa y le interrogaron durante toda la noche en la comisaría. Más adelante me escribió para decirme que sólo querían hablar sobre mí y mis visitas anuales. Les intrigaba que viajara tanto a Checoslovaquia. Él les replicó: «¿No han leído su libro? Si leyeran más, lo sabrían. Viene a Checoslovaquia por las chicas.»

—¿Y era cierto?

—No, iba a Checoslovaquia por las

bromas y venía a Inglaterra por las chicas.

* * *

—Todas las personas con las que me encuentro últimamente dicen que me recuerdan de Oxford, donde llevaba blusas transparentes y no usaba sujetador.

—De modo que antes eras una extravertida.

—¡Sí! Y todo eso es cierto. Los demás me desaprobaban porque me teñía el pelo de rojo y enseñaba los pechos.

—La verdad es que hace mucho tiempo que no enseñas los pechos aquí.

—Tienes razón, pero yo y mis pechos ya no somos amigos.

* * *

—¿Crees que te valoro en exceso?

—No.

—Crees que te valoro correctamente.

—Verás, soy inteligente. No tengo ínfulas intelectuales, pero sigo siendo inteligente.

—Entonces, ya que eres tan inteligente, ¿sobre qué crees que debería

escribir?

—No sobre mí.

* * *

—Has venido a tomar la lección.

—Sí.

—¿Has hecho los deberes?

—No estoy segura.

—Bueno. Echemos el cerrojo antes de empezar.

* * *

—Preferiría que hoy no me llamaras de ningún modo. La innominada.

—¿Qué te parece Nadie?

—No, es demasiado categórico.

—Me pregunto adonde iría a parar si llamara Nadie a un personaje. Claro que ya hubo uno.

—Creo que esa sola idea no te bastaría para empezar un libro.

—Es más de lo que suelo tener para empezar. Nadie fue al aeropuerto de Heathrow, Nadie subió a un avión. ¿Adonde fue Nadie?

—Nadie fue a Francia. ¿Por qué fue allí?

—Porque a Nadie le gusta.

—Luego Nadie conoce a Alguien. El otro personaje es Alguien. Nadie y Alguien se hacen amantes.

—¿Y qué más?

* * *

—Te serviré una copa.

—Sí, me apetece. Tengo la sensación de que floto entre dos cosas.

—¿Qué cosas?

—Tú y el abismo.

* * *

—Tienes muy buen aspecto. Te veo distinta.

Se ríe.

—Siempre me dices eso.

—¿A qué hora tienes que volver al trabajo?

—Por la tarde, en cualquier momento.

* * *

—Es una de las mayores amabilidades que han tenido conmigo esta semana.

—A mí también me ha gustado.

* * *

—No entiende por qué no trabajo, pero es una buena persona y se empeña

en pensar bien de mí y apreciarme. El otro día no tenía intención de hacer nada durante la jornada... la verdad es que iba a venir aquí, ya ves, a pasarme el día entero deshonrándole, y le dije: «Hoy estaré fuera del despacho, sobre todo para mi autopromoción.» Él se quedó acongojado. Quería que le dijera una mentira aceptable. ¿Te imaginas a ese hombre? Muy apuesto, cristiano, amable a más no poder, siempre con una expresión un tanto conciliadora, pacificadora. Sabe que mi conducta en el trabajo es fatal.

—¿Tan mal te portas?

—En cierto sentido. Hoy me he largado, no he hecho nada desde el

mediodía. Como es lógico, me pagan para que haga algo. ¿Nunca sientes ganas de tener un empleo? Es muy agradable, cada día ves a tus compañeros, que dicen cosas encantadoras. A menudo son muy divertidos. Es probable que te gustara más que esta vida solitaria que llevas.

* * *

—Estoy apabullada... incesantes llamadas telefónicas, tareas domésticas estúpidas y gente aburrida con la que es un fastidio trabajar, porque se ensañan contigo si muestras algún signo de

debilidad.

—Pareces terriblemente cansada.

—Lo sé, pero ¿qué puedo hacer?

—No sé, cariño. Huir, por ejemplo.

* * *

—Este cigarrillo tiene algo.

—Sí.

—Alguien me ha echado droga en la
bebida.

—Ajá, lo mismo que a mí.

—Estás flotando ligeramente.

—Más bien me estoy hundiendo.

—Flotando ante mis ojos.

—Hoy te veo seria.

—Estoy de muy mal humor. Me siento fatal.

—Por lo menos conservas un aspecto excelente.

—¿De veras?

—Sí. Tu ánimo combativo sigue intacto.

—Eso viene y se va.

—Cuando tienes el ánimo combativo estás espléndida.

—Esa sensación de que estás perdiendo es curiosa, muy rara.

—¿Qué estás perdiendo, el combate o la belleza?

—Ambas cosas. Creo que están conectadas.

—No debes perder el combate.

—Me temo que eso no depende totalmente de una.

* * *

—No te lo creerás, pero hice algunas cosas notables en mi adolescencia, cosas fuera de lo corriente. Lo último que hice, a los dieciséis, cuando aún era la buena hija de mamá, fue obtener becas en Oxford y Cambridge. Muchos ni siquiera las conseguían a los dieciocho años, y era

literatura inglesa, el curso más difícil debido a la enorme cantidad de candidatos. Claro, era inteligente y, aunque no hubiera tenido demasiado interés, habría superado las pruebas con éxito. La verdad es que disfruté en los exámenes... Era capaz de responder, y lo hacía con brillantez. Por eso ahora me siento perpleja. ¿Por qué ahora todo me parece tan difícil?

—Sí, ¿por qué?

—Supongo que se debe a lo mal que ha ido mi matrimonio. Últimamente funciono con un solo cilindro en vez de tres, cuatro o los que usen los demás. Incluso una pequeñez, como hacer una cosa algo difícil bastante bien durante

unas pocas horas, tiene un efecto devastador en mi moral. Cuando pienso cómo era a los dieciséis...

* * *

—¿Por qué no vienes aquí y me das un beso?

—No quiero. No estoy nada bien ni me siento comunicativa. Estoy harta de ese nuevo psiquiatra. No creo que esos métodos sean adecuados para mí. A decir verdad, esa gente me parece bastante morbosa. Su interés por la vida de los demás, el placer que les produce... es una perversión. No voy a

ir más, me fastidia demasiado.

—¿Cuántas veces te ha visitado?
¿Unas diez?

—Mas o menos.

—¿Y cuándo dejaste de ir?

—Hoy mismo. He cancelado la visita por teléfono, pero he de ir personalmente o escribirle confirmándolo.

—Pero ¿por qué? ¿Te llevaba en una dirección que no te gustaba? ¿O simplemente le consideras un estúpido?

—No creo que dijera una sola cosa en la que no haya pensado yo misma un millón de veces, ni una sola cosa nueva.

—¿Cómo reaccionó al saber que estamos engañando a tu marido?

—Nunca le hablé de ti.

—¿Nunca? Entonces no conoció la verdadera historia de tu vida en los últimos cuatro años.

—Tú no has hecho más que distraerme de las principales preocupaciones de mi vida.

—¿Ah, sí? Concedo que no tenía que ser más que una distracción para ti, pero las cosas salieron de otro modo. Al principio fui una fuente de fantasías, luego una fuente de posibilidades y, finalmente, una decepción.

—¿Es así como te ves a ti mismo?

—En tu vida, sí. Así es como creo que lo experimentas.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo experimentas así o por qué lo creo así?

—Ambas cosas. En el fondo es lo mismo. Sólo puedes decirme lo que crees y, en consecuencia, que me digas la verdad objetiva o lo que crees es lo mismo.

—Pero se trata de lo que te ocurrió a ti. Te vi, te observé, vi el color de tu rostro, noté tu temblor. ¿Recuerdas que temblabas cuando viniste aquí? Ocúltale al psiquiatra lo que quieras, pero eso es lo que sucedía.

—Mira, no es la clase de hombre al que puedas decírsele todo.

—Entonces, no debería dedicarse a esa profesión.

—Era fatal. Le diría a la señora de la limpieza mucho más de lo que le diría a él.

* * *

—Pareces animada, cariño.

—Estoy mucho mejor.

—¿Cómo estás? Pareces un poco triste.

—Ese asqueroso me ha molestado. Son unos maestros en el arte de fastidiar a la gente. Muchos de ellos, siempre muy jóvenes, casi todos alumnos de escuelas públicas, son repulsivos y tienen una especialidad, su horrible

actitud hacia las mujeres, sobre todo las que muestran alguna señal de vacilación. Entonces se les echan encima.

—Se han metido contigo.

—Lo habrían hecho, pero me marché y aquí me tienes de nuevo.

* * *

—La verdad es que tengo cierto valor, aunque siempre noto como si me faltara, porque acabo de pasar dos noches horrosas, peleándome sin cesar.

—¿Por qué diablos seguís peleándoos?

—Porque ninguno de los dos podemos aceptar lo que reconocemos, aunque a veces parece como si entráramos en un territorio nuevo. Así ocurrió en esta ocasión: él mencionó la conveniencia de que me marche de casa y yo le dije que la idea me parecía magnífica. Pero eso no le gustó demasiado... quiero decir que esta clase de charla práctica parece algo distinta de la recriminación mutua, pero, naturalmente, degenera en una pelea. En fin, me pasaría la mayor parte del tiempo tratando de conseguir requerimientos judiciales para que pagara el alquiler de mi nueva vivienda. En teoría puedo hacerlo, pero no en la

práctica. Verás, mientras sigamos peleándonos él pensará que si lográsemos ponernos de acuerdo podría tenerlo todo, a su amiga y a su anticuada esposa... ah, todo esto es irremediablemente vago.

—Entonces cambiemos de tema.

—Sí, por favor, ahora mismo.

* * *

—Contigo soy todo oídos.

—Demasiado. ¿Por qué lo haces?

* * *

—¿Qué te pasa?

—Estoy pensando que todavía te quiero.

—¿De veras? ¿A pesar de todo?

—A pesar de todo.

* * *

—Es indigno de ti que sigas casada sólo porque crees que no puedes conseguir otro trabajo y así tienes la comida asegurada.

—Asegurarse la comida no es ninguna indignidad.

—En tu caso sí.

* * *

—Si está tan claro que el matrimonio ha fracasado, ¿por qué no te marchas? Ya no te entiendo.

—No quiero marcharme.

—Es una cuestión de dignidad, ¿no crees?

—La dignidad no existe si no hay ingresos.

—Una respuesta inteligente pero falsa. Lo contrario es verdad.

* * *

—Tengo un cheque para ti.

—Eres muy amable, de veras, pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no lo ingresas en tu cuenta o lo escondes en tu despacho? Bastará con que no lo ingreses en la cuenta indistinta.

—No tenemos una cuenta indistinta. Él no es tan estúpido. Qué amabilidad la tuya. ¿Puedo enmarcarlo?

—No, y no lo extravíes.

—¿Puedo colocarlo entre las páginas de mi Biblia?

—No, puedes ingresarlo en tu banco para tiempos de escasez.

—Tu amabilidad me confunde.

—¿Por qué no lo piensas antes de romperlo? Haz con él lo que quieras...

menos perderlo.

Lo deja sobre la mesa.

—Muchísimas gracias.

—En fin, sería mejor que lo aceptaras.

* * *

—O bien te considero un secreto del que soy culpable, y entonces me comporto de un modo fraudulento cuando discuto y exijo sinceridad y honradez, o bien puedo decir sinceramente que no he tenido nada que ver contigo desde hace mucho tiempo, lo cual facilitará las cosas. Finalmente, si

acabo viviendo sola, debería tener más libertad emocional de la que tengo contigo.

—De acuerdo. Te echaré de menos. Muchísimo.

—También yo pensaré en ti con frecuencia.

—Es una pena lo que nos ocurre.

—¿Conoces ese poema de Marvell?

—¿Qué poema?

—«Me engendró la unión del deseo con la imposibilidad.»

—Creía que era desesperación... la desesperación unida a la imposibilidad.

—Sí, es cierto, ambas cosas.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. Estoy a punto de ir al hospital.

—Lo suponía. ¿Has sabido algo nuevo?

—No, esta mañana me harán un escáner. Va a ser un día muy pesado.

—Ya veo. ¿Y qué sabrás con ese escáner?

—Cuánto tiempo me queda... Bueno, hablando en serio, si el escáner detecta tumores será una mala noticia, supondrá que los medicamentos no actúan, y si no detecta nada tendrán que operarme para ver qué ocurre. El lunes me dirán el resultado. Así que... no sé qué decir. Me encuentro muy bien. ¿Y tú

cómo estás?

—Bien. Entonces vas a pasar el fin de semana preocupada.

—Querían hacérmelo el Viernes Santo, pero me pareció demasiado simbólico.

—Sí, no es buena literatura, ni siquiera es buena vida.

—No sé. Cada vez que me someto a esas pruebas tengo que sacar la fortaleza de alguna parte. Es como vaciar un pantano. No sé de dónde sacarla. Tal vez sea lo contrario de desecar... ¿cómo lo diría? ¿Llenar un pantano?

—¿Tienes ánimo para escribir?

—No mucho. La literatura se desmorona bajo el peso de estas

historias interminables.

—¿Anotas estas historias interminables?

—No, no. Me es imposible pasar de una frase a la siguiente. No, estoy haciendo yoga, un poco de macrobiótica, procuro poner al mal tiempo buena cara. Mira, esta indefinición es desconcertante.

—¿Qué tal se portan los tuyos?

—Estupendamente. Hasta mi padre me telefoneó desde dondequiera que viva ahora.

—Entonces no es tan estupendo.

—No, ellos lo son. Todos los hombres que he tenido en mi vida son muy amables conmigo. Vale la pena

padecer cáncer sólo por recibir una llamada de mi padre. Pero tú podrías echarme una mano. ¿No piensas volver a América?

—Estaré en Nueva York dentro de un mes. Nos veremos en cuanto llegue.

—Muy bien. ¿Cómo te va por ahí? ¿Qué tal tu vida en Londres?

—No es muy distinta a la época en que éramos delincuentes en la calle Ochenta y uno.

—Sigues escribiendo, ¿verdad?

—Sí.

—Creía que, con un poco de suerte, habrías dejado eso.

—Pues no, me paso el día entero en mi habitación con la máquina de escribir

y por la noche asisto a actos sociales y culturales. Todo me resulta opaco, inglés. Esta noche iré a un acto cultural. Anoche estuve en un acto social.

—¿Qué clase de actos? ¿Cenas?

—Sí. El problema de las cenas es que te sientan al lado de las mujeres de otros hombres.

—Son aburridas.

—No son tan interesantes como tú cuando eras la mujer de otro hombre.

—¿A quiénes has conocido?

—Mujeres muy aburridas, como te digo.

—¿Y qué tal va mi libro?

—¿Qué libro?

—Ése en el que salgo yo, que tanto

me gusta.

—Vas a tener que hacer algo interesante para que pueda incluirlo, querida.

—Ya lo hago. Es probable que me esté muriendo.

—Eso no lo sabes.

—Lo sabré el lunes.

—El lunes te llamaré para saber el resultado, ¿de acuerdo? Oye, de algún sitio sacarás la fortaleza necesaria. Ahora voy a callarme para no decir más trivialidades.

—Sí, distingo una trivialidad cuando la oigo.

—Yo también. Adiós.

—Adiós.

—Hola.

Cantarina.

—Ah, hola.

—¿Qué me cuentas?

—Pues... un milagro. Sí, es un verdadero milagro.

—Háblame del milagro.

—El escáner no ha mostrado signos patológicos, lo cual significa que en el curso de tres meses esa cosa que, según me dijeron, era de una virulencia increíble, sólo me daban del treinta al cincuenta por ciento de probabilidades de sanar y, de lo contrario, me iría al otro barrio antes de un año, parece

responder al tratamiento con una celeridad vertiginosa. El médico está muy satisfecho y cree que el pronóstico ha cambiado. Menudo alivio.

—Lo es, desde luego.

—Esa rapidez resulta muy extraña. Es que no hay ni rastro de tumores... pero de todos modos me operarán en junio para asegurarse de que el resultado del escáner coincide con la biopsia. El cáncer podría reproducirse, aunque no si continúo con el tratamiento. En el peor de los casos, eso significa que podría tener que medicarme durante el resto de mi vida. Pero los médicos son optimistas, creen que debo terminar el tratamiento actual y confiar en que el

tumor no se reproduzca, como ocurre a menudo. Todos están muy sorprendidos. Si comparas el resultado de mi escáner con el de una persona sana no se nota la diferencia. Es asombroso, ¿no crees?

—Magnífico. Has tenido suerte.

—Es cierto.

—¿Esperabas salir de ésta?

—Nooo.

—Eso se llama conseguir el indulto del gobernador.

—Exactamente.

—Pero ¿quién es el gobernador?

—No lo sé, pero está claro que debo estar a buenas con él durante una temporada, porque todo esto no es una pesadilla que ha quedado atrás. De

momento sólo me he librado de una enorme tensión.

—¿Esa tomografía que te han hecho ha sido de cuerpo entero?

—No, sólo abarca desde el bajo vientre hasta el corazón, pero el médico dice que si hubiera un tumor en cualquier otra parte se habría visto algo, un fluido, una sombra en esa zona, que es donde se inicia. ¿Sabías que existe una especie de ruta preferida de esos cánceres?

—No, lo tienes en tus notas, no está en las mías.

—El siguiente órgano donde se habría alojado es el hígado. En cambio, no iría al cerebro.

—La ruta preferida.

—Sí, un título, pero creo que lo guardaré para más adelante.

—Oye, esto es magnífico. No sabía qué ibas a decirme cuando te llamé. Es una noticia extraordinaria.

—Pero qué día... Les pedí que no me lo dijeran, pero el técnico salió corriendo y le dijo a la persona con quien estaba que no había nada patológico. Eso me puso muy nerviosa.

—Sí, claro... todas estas penalidades te han modificado el carácter.

—Estoy muy contenta porque no he sufrido una profunda depresión. Temí que algo repulsivo en mi naturaleza me

hiciera llorar cuando me dieran la noticia.

—Tenías derecho a cualquier reacción. La emoción no tiene ninguna ruta preferida. Ésta es una gran noticia. Ahora sólo me queda despedirme de ti. No hay nada más que decir, ¿no es cierto?

—¿Eso es todo?

—Claro, ahora que estás bien...

Riendo.

—Sabía que reaccionarías así, pero no comparto tu punto de vista. Creo que ahora deberíamos ser amigos otra vez, viejos amigos. Al fin y al cabo, aún no estoy del todo libre de preocupaciones, podrías ser un poco amable conmigo.

—¿Y cuando estés completamente libre de preocupaciones?

—Entonces podrás volver a la normalidad.

* * *

—He soñado contigo, un sueño delicioso.

—No me digas.

—El sueño más encantador relacionado contigo, con tu misma esencia, querido.

—Habla un poco más alto.

—¿Cómo voy a hablar más alto? Es difícil decir estas cosas.

—Ah, por eso hablas en voz tan baja. Vamos, serénate y dímelo. Has pasado apuros peores. ¿Qué nos ocurría en tu sueño? ¿Algo que no sucedió en el pasado?

—Exacto.

—¿Ah, sí? Pues debe de haber sido un sueño interesante. Estaba totalmente enamorado de ti.

—¿En serio?

—Claro.

—Bueno, eso es una ayuda. Me encanta oír tu voz. No podría decirte lo delicioso que ha sido ese sueño. Ojalá tú también lo hubieras tenido.

—Ponlo por escrito y envíamelo. Quizá pueda incluirlo en el libro sobre

ti.

—No seas tonto. No voy a ponerme en evidencia de ese modo.

—Te noto la voz trémula.

—Hoy me han dado quimioterapia.

—Por eso te he llamado.

—Luego está esa maldita operación.

Y como me encuentro bien y sigo haciendo mi vida normal, tengo la sensación de que me van a dar un tironcito para que vuelva a...

—Eso no ocurrirá.

—Los efectos secundarios son malísimos.

—¿Tan malos como cuando empezaste?

—Mucho peores.

—¿Por qué son peores?

—Por el veneno que llevo dentro.

—Pero supongo que el domingo ya te habrás recuperado.

—No, ahora me encuentro mal hasta el martes o el miércoles.

—¿Cuándo sales del hospital?

—Mañana por la mañana. Te echan en cuanto pueden. Cuando vuelva a casa dormiré catorce horas seguidas.

—¿Y los demás días, el sábado, por ejemplo, cómo te sientes?

—Como si tuviera una fuerte gripe. Me paso unos ratos levantada y otros en cama. Luego sigo haciendo la vida normal.

—¿Qué aspecto tienes? ¿Estás

pálida y delgada?

—Ojalá estuviera delgada. Estoy rebosante de salud. He perdido el pelo pero, por lo demás, tengo un gran aspecto.

—Has perdido el pelo... ¿Llevas peluca?

—No, no llevo peluca, uso unos horribles pañolones.

—¿Volverá a crecer el pelo?

—Sí, pero necesita un poco de estímulo, porque una vez al mes lo vapulean a base de bien.

—Escucha, te encuentras bien y tienes buen aspecto. Eso quiere decir algo.

—Sí, quiere decir que no voy a

morirme en seguida. Existe la posibilidad de que haya algunas celulitas anormales que le pasaron por alto al escáner. Por desgracia, eso significa otros seis meses de tratamiento, lo cual me atemoriza. La peor pesadilla es que los médicos se lleven una sorpresa cuando me abran y vean que estoy llena de tumores.

—¿Es posible tal cosa?

—Espero que no. Pero ¿cómo ha sido posible lo que me ha ocurrido?

—No hay respuesta.

—Puede que me quede calva, pero ni siquiera tengo cuarenta años. No creo que deba morir.

—No te morirás.

—Eso mismo me has dicho en el sueño.

—Bueno, no puedo equivocarme dos veces en veinticuatro horas.

—Dilo otra vez.

—No puedo equivocarme.

—Otra vez.

—No te morirás.

—La última vez.

—No te morirás. Vas a vivir.

—De acuerdo. Gracias. Adiós.

—También yo te he echado de menos. Pensaba venir a verte, si no te parece mal.

—¿De veras? ¿Y qué me dices de tus mentiras, de que soy un secreto del que te sientes culpable y te impide ser sincera?

—Ah, eso... No estoy segura.

—¿De qué no estás segura?

—Creo que he cambiado mucho.

—¿Estás aprendiendo a ser una embustera?

—Yo no diría eso.

—Dime la verdad.

—¿Qué verdad?

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Tan sólo que pensaba venir a

verte.

—Pero la honradez es un principio básico para ti.

—No es cuestión de principios, sino de cómo son tus relaciones, ¿no te parece?

—No sé, tú dirás.

—Así lo creo. Con ciertas relaciones... no eres libre para mentir u ocultar la verdad. Sean cuales fueren los motivos, aunque te hastíen, has de tenerlos en cuenta.

—Tenía entendido que no mentías jamás, a nadie.

—Es cierto, así era antes.

—¿Y ya no lo es?

—No estoy tan segura.

—No comprendo.

—Yo tampoco, pero creo que he cambiado... No deseo hablar de ello.

—Te convendría.

—No, no, no debo.

—Como quieras, cariño. Deseo verte, por supuesto, pero... ¿qué han significado entonces estos meses sin ti?

—Es lógico que me lo preguntes. Supongo que te parezco muy caprichosa. En fin, quizá será mejor que no vaya a verte.

—Oye, querías intentar algo y lo hiciste. No hay nada de caprichoso en eso.

—No quiero hablar de ello, pero no se trata de ninguna tontería.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Vas a decirme la verdad?

—Sí, y vendré acompañada de un par de columnistas de chismorrerías y un experto en huellas dactilares.

—Me desconciertas.

—Sí, pero estoy segura de que también has tenido esa clase de relaciones, en las que el equilibrio de fuerzas cambia radicalmente por una razón u otra. Y toda la situación ha cambiado.

—¿Qué ha ocurrido? Será mejor que me lo digas.

—No, no quiero que mi vida doméstica vuelva a desconcertarte.

—Eso no sucedía en los viejos

tiempos. Me desconciertas ahora.

—No, por favor, no te desconciertes ahora. Sería mucho mejor que olvidaras lo que te he dicho. Si me paso la vida hablándote de mi situación doméstica, contando con tu apoyo y así por el estilo, luego no tendré remedio.

—¿Eso hacías? ¿Contabas con mi apoyo?

—Sí.

—¿Y ahora?

—No quiero contar con el apoyo de nadie, y no porque me parezca mal, sino sólo porque soy como un renacuajo al que le están saliendo las patas. Un renacuajo de treinta y seis años. Es triste, ¿verdad?

—Pero ¿qué dirías si te interrogaran bajo juramento?

—¿Qué quieres decir? ¿Ante los tribunales? —Riendo—. Debo admitir que no mentiría ante los tribunales.

—Entonces no deberías venir.

—Podría mentir ante los tribunales en determinadas circunstancias, pero no necesariamente.

—¿Sabemos cuáles son esas circunstancias?

—No.

—Entonces quizá no deberías venir. Me encantaría verte, estoy deseándolo, pero en estos momentos me desconciertas demasiado.

—Lo siento, no quisiera ser una lata

para ti.

—No seas tonta. Sólo te digo que me desconciertas. Claro que te he echado de menos. Esta tarde muchísimo.

—¿Qué echas en falta?

Risa.

—Vamos, vamos. No quiero sostener una charla obscena.

—Me temo que lo sería en parte.

—Bueno, cada cosa tiene su momento.

—Sí. Bueno, entonces ven. De acuerdo, ven, mi pequeña embustera.

* * *

—¿Te interesa la política porque eres polaca o por la política en sí?

—Creo que sobre todo porque soy polaca. Empezó a interesarme porque nuestra situación me parecía desesperada y quería encontrar el modo de mejorarla. Una tiene que comprometerse. No soy muy activa en el movimiento clandestino, no encajo bien en él. No soy católica y el movimiento clandestino polaco es sobre todo católico. Nací en el seno de una familia católica, pero ya no lo soy. En la clandestinidad hasta los judíos aceptan a la Iglesia polaca, cosa que yo no puedo hacer, porque creo que mantienen al pueblo polaco con la mentalidad

medieval. Creo también que nuestra situación económica y política se debe a la Iglesia. Es una fuerza muy retrógrada. Mis padres murieron hace tiempo y, aunque católicos desde su nacimiento, no eran practicantes, pero quisieron que hiciera la primera comunión.

—¿Qué edad tienes? ¿Alrededor de los treinta?

—¿Yo? Treinta y tres. Perdí la fe en la escuela secundaria. Dejé de interesarme porque no me proporcionaba ninguna inspiración. Iba a la iglesia y escuchaba los sermones con indiferencia.

—¿Qué recuerdas de tu infancia y adolescencia?

—Mi padre sufrió una dura represión. Era director de una mina de carbón en Silesia. Antes y después de la guerra tenía un capital considerable invertido en la mina, y con los comunistas lo perdió todo. Además le privaron de su cargo porque no quiso afiliarse al partido. Murió de un ataque al corazón. Después del sesenta y ocho fui a la universidad. Cuando ocurrieron los acontecimientos del sesenta y ocho todavía iba a la escuela secundaria. Estudié filología inglesa. ¿Se me nota?

—Sí, desde luego.

—Cultura, historia, lengua inglesas, todo relacionado con el mundo anglosajón. Ayer me ocurrió una cosa

muy simpática, quizá para compensar algo desagradable que me había sucedido antes. Fui a la estación de Charing Cross a una hora punta. Centenares de personas pasaban por mi lado, y me sentía muy insegura. Compré el billete y cuando quise ir al andén no lo encontraba. Sabía dónde estaban los andenes, pero no daba con el mío. No sabía cómo los encuentra la gente. No vi ningún centro de información. Estaba perdida entre aquella multitud de gente apresurada. Me acerqué al empleado de la puerta, el cual bloqueaba la entrada porque estaba saliendo un tren. Junto a mí había una mujer histérica que quería cruzar la barrera y él intentaba

impedírselo. Le pregunté humildemente cuál era el andén de Greenwich, y me dijo: «Mire el tablero, señora.» No sabía de qué tablero me hablaba y, cuando lo encontré, la maraña de signos me pareció incomprensible. Finalmente me calmé un poco, localicé el tren, la hora y el andén correspondientes y me sentí algo aliviada, pero seguía en medio de aquella enorme multitud y recibía empujones porque era un estorbo en su camino hacia el andén. Probablemente el pánico se reflejaba en mis ojos, aunque creía que mi comportamiento era normal. Seguí andando en dirección al andén y enseñé el billete al empleado en su garita, ése

que no sé si se limita a recogerlos o los revisa. Se lo enseñé, me lo guardé en el monedero y entonces él me cogió la mano, se asomó a la ventanilla de la garita, me agitó la mano y me dijo: «¡Anímese!» Me quedé pasmada.

—Parecerías muy abatida. Supongo que lo estabas por algo más que esa situación.

—Sí, me sentía fatal, pero el gesto de aquel hombre me emocionó. Fue muy amable. Hasta entonces nadie se había portado así conmigo. Dos horas antes me había ocurrido otra cosa. Subía por la escalera mecánica en una estación del metro y, como no tenía prisa, dejaba que los demás me adelantaran. Una persona

pasó rápidamente por mi lado y la reconocí como un amigo al que no veía desde hacía diez años. En seguida llegó a lo alto de la escalera, donde no podía alcanzarle, y me quedé allí, mirándole.

—Eso había ocurrido antes.

—Sí.

—Por eso ya estabas alterada y frustrada.

—Sí, también por eso. Aquella casualidad era muy extraña.

—Era polaco.

—No, americano. Diez años atrás fue mi amante. —Riendo—. Imagínate... verle pasar por mi lado.

—¿Tu amante en América?

—No, en Polonia. Vino a Polonia en

dos ocasiones. Se consideraba un poeta y quería encontrar sus «raíces».

—¿Era americano de origen polaco?

—No, era judío americano.

—¿Te refieres a sus raíces judías?

—Probablemente.

—De modo que ese encuentro te trastornó un poco.

—Ha sido muy extraño, ¿no crees?

—Sí, pero está claro que eres como un yesquero. ¿Sabes qué significa eso?

—Humm.

—No es difícil inflamarte o hacerte estallar. Te lo tomas todo muy a pecho. Dicen que cualquiera que pasa dos semanas en otra ciudad es siempre un poco susceptible, pero tú lo eres con

creces. Veamos. Aquí está. *Yesca*. «Materia muy seca y preparada de suerte que se enciende fácilmente.» Un yesquero es un recipiente que contiene yesca. ¿Entendido?

—El yesquero, sí. En casa tengo el mismo diccionario y lo uso para traducir. La traducción me ocupa la mayor parte de mi tiempo. Cuando vuelvo de la oficina, después de hacer algunas tareas domésticas y acostar a mi hija, me pongo a traducir durante tres horas. —Riendo—. Así doy más sentido a mi vida, quiero emplearla apropiadamente, dedicarla a alguna buena causa.

—Todos lo intentamos, incluso los

privilegiados occidentales.

—Cuando te conocí en la fiesta, hace un par de días, me dije: «A este hombre le conozco de algo.»

—Tal vez nos comprendimos mutuamente, pero tu destino es distinto del mío. No te envidio.

—Sí, los comunistas quieren hacer más fácil la vida a todo el mundo. Por eso nos torturan. Ahí está la diferencia.

—¿De qué te ríes ahora?

—De ti, claro.

—Bueno, ¿por qué no?

—Mi experiencia con los judíos es muy escasa y no sé nada de antisemitismo. Cuando nací ya no quedaban judíos en mi país, y crecí sin

saber reconocerlos siquiera, sin distinguir sus características faciales. Leía sus descripciones en los libros, pero no los veía en las calles. La primera vez que vi judíos de carne y hueso fue en Long Island. Mi marido y yo llevábamos un año en América, aún no había nacido nuestra hija y él estudiaba. Ibamos a Manhattan en un tren lleno de pasajeros que se dirigían al trabajo. En una de las estaciones subieron los judíos.

—¿Cómo los distinguiste?

—Mi marido me dijo que eran judíos y que los mirase si quería saber qué aspecto tienen los judíos.

—No eran judíos religiosos.

—No, no, eran ejecutivos con portafolios.

—Judíos con portafolios.

—Sí, ¿te parece raro?

—No. Hoy lo raro sería ver judíos con tirabuzones. ¿Qué viste, aparte de sus portafolios?

—El cabello y la ropa eran como los tuyos... —Riendo—. Más tarde empecé a fijarme en las facciones.

—Pero tuviste ese amante, el que andaba en busca de sus raíces. Supongo que le mirarías bien.

—No parecía muy judío, pero cuando trato de recordarle, sí, tenía ciertos rasgos. La cuestión es que no se me ocurrió que fueran diferentes. Bueno,

va siendo hora de que me marche.

La besa. Ella se ríe.

—¿Qué es esto? ¿Sentimentalismo?

—No, sólo compasión. —Ambos ríen—. En cualquier caso, beso tus frases, no a ti, sino a tu manera de hablar el inglés.

—Te mataré, vendré aquí con una bomba.

—Soy como los comunistas, sólo trato de hacerte la vida más fácil.

—Sólo tratas de hacer mis frases más complicadas.

—Claro... y también de averiguar por qué vas por ahí espiando a los judíos.

—Será mejor que me digas qué te fastidia tanto. No puedo venir a casa desde mi estudio todos los días y sentarme a cenar de esta manera una noche tras otra. No hablas, no respondes a nada de lo que digo y tienes un aspecto malísimo.

—Es que no duermo.

—¿Por qué no? Dímelo.

—No lo sé.

—¿Qué te preocupa?

—No tiene nada que ver contigo.

—Ésa no es razón para que no me lo cuentes. Tiene que ver conmigo, ¿verdad?

—Quiero saber... No, no, ¡no quiero saberlo!

—Ah, en ésas estamos. ¿De qué se trata?

—No vas a tu estudio a trabajar... ¡vas a joder! ¡Estás liado con una mujer y os veis en tu estudio!

—Pero ¿qué dices? ¿Que yo estoy liado...?

Llorando.

—¡Sí!

—Por desgracia, la única mujer en mi estudio es el personaje de mi novela. Sería más agradable la compañía de una mujer real, pero no la hay.

—¡No me refiero a tu novela, sino a tu cuaderno de notas! Lo dejaste fuera del portafolios y yo, estúpida de mí, lo cogí y... ¡Ojalá no lo hubiera hecho!

Sabía que no debía mirarlo. ¡Sabía que sería horrible!

—Te estás sulfurando sin motivo.

—¿Ah, sí?

—Claro. ¿Qué ha ocurrido? Sólo que has leído unas notas...

—No son «notas», ¡son conversaciones con esa mujer!

—Una mujer imaginaria.

—¿Cómo puede ser imaginaria cuando sabe todas las cosas que tú de ninguna manera podrías saber? Es una mujer que te visita en tu estudio, y así se explica tu aturdimiento y el desinterés que has mostrado durante meses. Cuando hablo contigo tienes que hacer un esfuerzo para permanecer despierto,

pero cuando ella te habla es tan maravilloso que has de anotarlo, tienes que apuntar cada una de sus exquisitas palabras. En cuanto abre la boca te conviertes en un *écouteur*, un audiofílico. ¡Dios mío, cuánta basura pretenciosa!

—Ella podría ser la causa de mi desinterés generalizado en los últimos meses... pero también el libro que estoy escribiendo podría haber acaparado por completo mi interés durante ese tiempo.

—Está claro... está claro... —
Llorando amargamente.

—¿Qué está tan claro?

—¡La quieres más de lo que nunca me has querido!

—Porque ella no existe. Si no existieras también te querría así. Esta discusión me parece increíble.

—¡Discutimos porque me estás mintiendo!

—Por favor, esto es demasiado estúpido.

—Supongo que hablar con Rosalie Nichols en el hospital también fue imaginario. Pero hablaste con ella, ¿me dijiste que habías hablado con ella en el hospital!

—Sí, lo hice y anoté parte de nuestra conversación... e inventé cosas que no habíamos dicho. Ya no puedo recordar dónde termina la conversación real y dónde empieza la inventada. Su

situación era terrible, ella la sobrellevaba con mucha entereza y yo no quería olvidarlo. Una parte de lo anotado es transcripción fiel de lo que hablamos e inspira el resto, que es, por lo menos así lo espero, imaginario pero preciso. En cuanto a mi amigo checo Ivan, por loco que pueda estar, jamás me acusó de haberme acostado con Olina. No tuvimos esa riña después de que ella le abandonara. ¿Has leído esa parte?

—¡Lo he leído todo! Ya tenía el abrigo puesto e, idiota de mí, me senté y lo leí de cabo a rabo. ¡Es mucho mejor no saber nada!

—Este melodrama es increíble. Tienes que dramatizarlo todo.

—Eres tú quien dramatiza, quien desea a una mujer porque es la voz de *Mitteleuropa* y a otra porque, por su manera de expresarse, parece de tan buena cuna...

—Mira, esto es demasiado cursi. Me niego a dar explicaciones de mis actos, me niego a tener esta discusión precisamente contigo, me niego a recordarte que la manera en que se expresa la gente tiene cierto atractivo para mí y es posible que en el cuaderno de notas me ocupe precisamente de eso. He imaginado una relación amorosa, cosa que hago una y otra vez, no como suele hacerlo la mayoría de los hombres, mientras se la menea, sino

porque es mi trabajo.

—Pero he leído esos capítulos, los del manuscrito que me diste a leer, en el que aparece la mujer inglesa... ¡y ésa no es la mujer inglesa, sino su modelo, es la mujer real! ¡No finjas que son una y la misma persona!

—No hago tal cosa. Una de ellas es una figura bosquejada en las conversaciones que he apuntado en mi cuaderno, mientras que la otra es un personaje principal metido en la trama de un libro complejo. Me he imaginado a mí mismo, fuera de la novela, teniendo una relación amorosa con un personaje de la novela. Si Tolstoi se hubiera imaginado haciendo el amor con Anna

Karenina, si Hardy se hubiera imaginado en una aventura con Tess... Cuando emprendo un camino lo sigo hasta donde me lleve y... al diablo con todo esto. ¿Qué propones, que me autocensure? ¿Qué no me deje llevar por ese impulso, temeroso de... de qué? ¿La lasciva opinión culta? Pues bien, ¡ni tú ni nadie va a censurarme así!

—¡Ah, el fariseísmo del embustero sorprendido con los pantalones en los tobillos! No te hagas el santurrón ni me grites... ¡No tienes derecho a gritarme! ¡Te he descubierto y tratas de confundirme!

—¡Sólo pretendo sacarte de tu error! Te he puesto el ejemplo de Ivan y Olina.

Cuando Olina se fue con aquel negro, Ivan y yo cenamos juntos y me habló de lo ocurrido, pero lo que no hizo fue acusarme de que le había traicionado con su mujer. Jamás hice tal cosa, nunca me acusó de traicionarle con su mujer... salvo en ese cuaderno de notas. Me represento como si estuviera implicado porque no basta con estar presente. No es ésa mi manera de enfocarlo. Limitarme a comprometer a un «personaje» no me lleva adonde quiero ir. Lo que dota de interés al asunto es que yo personalmente me comprometa. De ese modo la acusación, al deshonrarme yo mismo, es más jugosa, como lo demuestra, si sigues dudando de

mí, esta puñetera discusión.

—Pero a esa polaca la conociste en la fiesta de Diana. Tú mismo me lo dijiste. Te viste obligado a hacerlo cuando ella telefoneó aquí.

—¿Y qué?

—Que también te liaste con ella.

—¿Con ella también? Sólo estuvo aquí una semana.

—Pues esa semana... ¡Tenías que liarte con ella por el irresistible encanto de su acento! ¿Y quién es la americana lunática? ¿Dónde encaja?

—Cálmate y piensa.

—Ella es la que piensa... ¡Vete a discutir con ella!

—¿Quién es «ella» esta vez?

Llorando.

—La de treinta y seis años.

—Veamos el cuaderno de notas, ¿de acuerdo? Sentémonos para revisarlo. Si es necesario te explicaré línea por línea lo que me propuse hacer por lo menos tal como yo lo entiendo. Te explicaré qué fragmentos proceden de conversaciones que he tenido con diversas personas, entre ellas Rosalie Nichols, esa mujer polaca y «la americana lunática»..., y cuáles no, que constituyen precisamente la mayor parte de lo que has leído. Una porción considerable de lo anotado se remonta a mi relación con Rosalie, que tuve antes de conocerla. Cuando se presentó con su

marido en el piso de la calle Ochenta y uno, venían de Inglaterra. ¿No se te ocurrió pensar que podría ser la mujer inglesa en cuya Inglaterra, y cuyo matrimonio, me basé para escribir lo que leíste? Mira, no me importa que lo leyeras. No habría dejado ese cuaderno por ahí, a tu alcance, si me preocupara que pudieras leerlo. Lo llevo conmigo al ir y venir del estudio porque a veces, como sabes, me siento en el sillón del dormitorio, por la noche, mientras tú duermes en la cama e invento breves conversaciones entre yo y esa mujer... y también otras mujeres. Como lo hago en el dormitorio mientras duermes, tal vez sea culpable de una especie de traición

perversa. Sin embargo, no soy el único hombre que piensa en mujeres imaginarias cuando está en el dormitorio junto a la mujer con la que duerme habitualmente. La diferencia radica en que lo que yo imagino impuramente, me veo impulsado a desarrollarlo y anotarlo. Lo hago porque ése es mi trabajo, mi medio de vida, lo cual sin duda es una circunstancia atenuante. Por cierto, en mi imaginación soy infiel con todo el mundo, no sólo contigo. Podrías considerarlo como un lamento fúnebre, porque también es eso... una especie de duelo por una vida que llevé antes de conocerte y que pertenece por completo al pasado, porque ahora vivo como en

otro tiempo se consideraba que vivían los hombres casados... pero permíteme que sienta cierta nostalgia por ese pasado. ¿Sabes? Esos anhelos no son anormales. Si lo que has leído te ha afectado tanto, lo siento de veras, pero lo que me echas en cara es una interpretación errónea, ingenua y paranoica.

—Entonces he de creer que la mujer del cuaderno está basada en una inglesa con la que tuviste una aventura en Nueva York hace mucho tiempo, y por lo demás sólo existe en tu imaginación.

—Y en la tuya.

—Y jamás has tenido un lío con Olina... He de creer eso también,

porque de lo contrario no soy sólo paranoica sino, peor aun, una inculta ingenua.

—Ivan estaba deshecho, ya había perdido bastante... Olina era todo lo que tenía. Yo no tuve nada que ver con ella ni él me acusó de ello, como tampoco me dijo que soy un escritor malísimo. Telefonea a Nueva York y pregúntale. Telefonea a Olina, pregúntale a ella.

—Entonces haz el favor de explicarme cómo sabes las cosas sobre la vida inglesa que esa mujer inglesa que no existe te dice en tu estudio mientras desarrollas imaginariamente tu relación sentimental con ella.

—Porque he vivido aquí cierto tiempo y a veces presto atención, porque aprendí un poco de Rosalie, porque en mi trabajo es necesario aparentar más conocimientos de los que tengo, y esa mujer inglesa no es más que la depositaria de todas esas cosas.

—Pero las conversaciones son tan íntimas...

—Comprendo que eso te enfurezca. Créeme, comprendo que te haga salir de tus casillas, pero la intimidad también es interesante, también es un tema.

—Intimidad después del coito. Ése es el tema.

—No lo había considerado precisamente así.

—Pues hazlo, por favor. Esa serenidad, esa charla, la armonía de vuestra relación. Hablas más íntimamente con ella que conmigo.

—Eso no es cierto.

—Últimamente sí.

—Bueno, estas cosas tienen altibajos... indiferencia y ternura, una ternura increíble y luego una inaccesibilidad increíble, ésa es la pauta de las parejas que llevan juntas tanto tiempo como nosotros. Con ella no pienso en eso, sino en el amor que existe porque está compartimentado. El instante robado que no puede prolongarse.

—En ese cuaderno de notas se

prolonga.

—¿Sabes una cosa? Creo que debería interpretar tus celos como un magnífico homenaje a mi capacidad de persuasión.

—Y yo supongo que debería interpretar lo que he leído como una medida de mi tremendo fracaso. Esa mujer puede existir o no, pero el amor hacia ella existe, como existe el deseo de que ella exista, y eso es incluso más hiriente. Tu cuaderno de notas es sólo un intento de huir del matrimonio y de mí.

—¿Y si fuera como dices? ¿Dónde estabas tú? El intento de huir del matrimonio es un ingrediente del matrimonio, para ciertas parejas, y

conozco algunas, es el principio vital que lo sostiene. Si escribí esas cosas no fue para herirte sino, en parte, para encontrar la lógica, o la falta de lógica, de esa situación. Es una lástima que no puedas interpretarlo así.

—¿Cómo lo interpretarías si yo deseara intensamente a alguien que es todo lo que tú no eres?

—Sinceramente, no puedes permitir que te afecte tanto una situación inventada.

—¿Que no puedo? Sí, tienes razón. Estoy segura de que no es justo, pero es que te has distanciado tanto de mí, tanto...

—No se trata de eso.

—¿Cómo que no? Es lo mismo. De lo contrario no tendrías una amiga imaginaria ni la necesitarías... ¿Y piensas publicar ese cuaderno de notas? ¿La novela y luego el cuaderno de notas, el trágico lamento por la vida que llevaste en el pasado? ¿Es ése tu plan?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Por eso entrelazas las secciones como lo haces, con ese reflejo de todas las cosas en el espejo checoslovaco, porque no lo sabes?

—Se me ha ocurrido, no creas. No estoy seguro de su validez, si tiene alguna, pero lo he pensado.

—¿Publicarlo tal como está?

—Te he dicho que no lo sé. La

eliminación de toda la grasa expositiva puede ser interesante, pero aún no lo he pensado a fondo. La verdad es que todavía no sé qué he conseguido. Un retrato ¿de qué? Hasta ahora esas notas eran una actividad marginal y lo que me preocupaba de verdad era la novela.

—Pues quizá deberías pensarlo a fondo, porque lo que has conseguido es un retrato de amor adúltero y, en consecuencia, podría ser aconsejable que eliminaras tu nombre, ¿no te parece? «¿Tienes un cenicero, Philip?» Si decides publicarlo, ¿por qué no cambiar tu nombre por «Nathan»?

—No, el personaje no es Nathan Zuckerman... no me he propuesto

reflejarle a él. La novela trata de Zuckerman, pero las notas de ese cuaderno tratan de mí.

—Acabas de decirme que ese hombre no eres tú.

—No, te he dicho que soy yo en el acto de imaginar. Es la historia de una imaginación que ama.

—Pero si un día se publica más o menos como está, liberado de la exposición, etcétera, los lectores no sabrán, como yo no lo he sabido, que sólo es la pequeña historia de una imaginación que ama.

—En general no lo saben, así que no hay ninguna diferencia. Escribo ficción y me dicen que es autobiografía... y

viceversa, de modo que si soy tan obtuso y ellos tan listos, dejémosles decidir lo que es verdadero o ficticio.

—Sí, ya veo que dejar la decisión en manos de tus lectores puede ser muy divertido tanto para ti como para ellos, pero ¿y yo?

—Si insistes en no creerme también tendrás que decidir.

—Me refiero a mi humillación.

—¿Cómo puede humillarte algo que no es cierto? No soy ese hombre, estoy lejos de serlo... ¡Es una representación, un juego, una imitación de mí mismo! Hago ventriloquia conmigo mismo. O quizá sea más fácil entenderlo al contrario: todo está falsificado excepto

yo. Tal vez incluso yo mismo lo esté. Pero de uno u otro modo, cariño, todo se reduce a una invención, un entretenimiento del *homo ludens*.

—¿Y quién va a saberlo aparte de nosotros?

—Mira, ni puedo vivir ni vivo en el mundo de la discreción, por lo menos como escritor. Te aseguro que lo preferiría, pues mi vida sería así más fácil. Pero, por desgracia, la discreción no es para los novelistas, como tampoco la vergüenza. Sentirme avergonzado es algo automático en mí, ineludible, incluso puede ser bueno. Lo criminal es ceder a la vergüenza.

—Pero ¿quién está hablando de

vergüenza? Lo único que haría falta es que esa desgraciada muchacha americana dijera: «¿Tienes un cenicero, Nathan?» Cambiar el nombre en dos o tres lugares, eso bastaría, y no habría ningún problema para nadie. ¿Adonde vas?

—¡Afuera! ¡Que alguien me diga lo que he de escribir me crispa los nervios, así que me marchó!

—¡No te vayas solo! Iré contigo.

—Pero no podemos reanudar esta riña en la calle. Ya ha llegado demasiado lejos, se acabó, no aguanto que me acosen, sobre todo tú, por algo que he escrito. ¡Esto es literatura, querida, ni más ni menos!

—Pero publicarlo tal como está...

—¡Por Dios! ¿Estamos en la jodida Europa oriental? ¡No voy a tolerarlo, es demasiado absurdo! No puedes impedirme que escriba lo que quiera por una simple y ridícula razón patológica, porque yo mismo no puedo detenerme. Escribo lo que escribo a mi manera, cuando me parezca lo publicaré y no voy a preocuparme a estas alturas de que la gente no me entienda o me interprete mal.

—O te entienda demasiado bien.

—¡Estamos hablando de un cuaderno de notas, un plano, un diagrama, no de seres humanos!

—¡Pero eres un ser humano, tanto si

te gusta como si no! ¡Lo mismo que yo...
y que ella!

—Ella no, ella está hecha de palabras, ¡y por mucho que lo intente no puedo joder con palabras! ¡Me marchó, y solo!

—¿Oiga?

—¿Diga?

—... Hola.

—Soy yo.

—Lo sé, reconozco tu voz.

—Y yo la tuya.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy? Bien, ¿y tú? Por eso te llamo.

—Estoy bien. Intenté hablar contigo pero no pude localizarte. Tu antiguo número de teléfono está fuera de servicio.

—¿En qué país me buscaste?

—Llamé a tu estudio en Inglaterra.

—Ya no estoy allí. Vivo definitivamente en América. Dime,

¿cómo estás?

—Muy bien. He pensado mucho en ti. Desde que leí tu libro dudaba entre llamarte o no. Me dio mucho que pensar.

—No me cabe duda. También yo pensé mucho en el efecto que ese libro tendría en tu matrimonio.

—Él no lo leyó.

Riendo.

—Vaya, debí suponerlo. Tanta preocupación por nada. En fin, dime cómo te van las cosas.

—La verdad es que no sé por dónde empezar.

—¿Te extrañó que no te llamara?

—No, no, pensé que lo habías decidido así. Nuestra última

conversación fue bastante triste. Dejaste muy claro que tenías que seguir tu camino. Pensé que tenías razón y yo también debía seguir el mío. Eso fue hace un par de años. Así que seguí mi camino y tú seguiste el tuyo.

—Me alegro de que me hayas llamado, porque te he echado mucho de menos. Tardé tanto en llamarte porque dijiste que no querías verme, que ya no había amor entre nosotros, y yo...

—No, no, tú dijiste que no querías verme, ya no podías continuar con una relación secreta de la que te sentías culpable.

—¿Eso dije?

—Sí, muchas veces. Sabes que tengo

buena memoria.

—¡Sí la tienes...! Me quedé asombrado. Y así te traicionaste, porque dos personas me dijeron: «Te hemos oído en ese libro.» A mí.

—¿De veras?

—Sí. Se referían exactamente a mi VOZ.

—¿Quién dijo eso?

—Tengo amigos que leen literatura y además me escuchan.

—Es cierto que tienes un modo inconfundible de expresarte. Me enamoré de ti por muchos motivos, ése entre ellos. Para mí fue un largo, maravilloso, importante y al final muy triste...

—Yo diría lo mismo.

—No creo que nadie haya recibido tanto afecto. Estaba loca por ti.

—Ah.

—¿No lo sabías?

—¿Yo? Oh, querida...

—No te vuelvas inglés.

—Estaba pensando...

—¿En qué pensabas?

—En los motivos de que en la vida real no ocurriera como en el libro. Uno de ellos fue que estabas ausente demasiado tiempo, sobre todo al principio, y lo nuestro permaneció en el mundo de la fantasía, fue realmente como un sueño, tan encerrado...

—No he dejado de pensar en ti.

—Yo tampoco.

—¿Nos ponemos en plan nostálgico, recordando aquella tarde que...?

—¡Sí, sí! —Riendo—. Por cierto, ya no soy joven. Cuando nos conocimos aún lo era. A los treinta y ocho algo termina de repente. Ya sabes a qué me refiero. No todo, pero algo se acaba.

—¿Desaparece el resplandor?

—Oh, eso desapareció probablemente hacia los diecinueve. Ahora tengo casi veinte años más. Quizá podría dar una fiesta en la sala de dinosaurios del Museo de Historia Natural.

—Un sitio encantador. Has tenido una buena idea.

—Quiero decir que empiezo a verme de un modo muy distinto. Cuando una ya no se siente joven... No sé, es difícil decirlo en dos palabras, pero he iniciado esa transición tan difícil para las mujeres. Estoy segura de que has oído hablar de ello.

—No te llamé antes porque no quería volver a perturbar tu vida. ¿Seguís viviendo juntos?

—Sí, ¿y vosotros?

—Sí.

—Nos llevamos mucho mejor.

—Quizá he tenido algo que ver en ello.

—Creo que sí. Una de las razones por las que no te llamé, aunque de todos

modos pensaba que no debería hacerlo, fue mi embarazo, que desconocía la última vez que nos vimos. Tengo otro hijo.

—Vaya, qué sorpresa.

—Sí. Y a juzgar por el libro, me parece muy irónico. Es un chico, claro, un niño muy guapo.

—¿De quién es hijo?

—Es... es de mi marido, naturalmente.

—Muy bien. Tenía que preguntártelo.

—También él me lo preguntó.

—¿Estás segura de que es suyo?

—Absolutamente.

—Las ironías abundan. Has tenido

un hijo, de acuerdo, pero no de mi personaje ni en mi libro. Lo imaginé, pero quien lo hizo fue tu marido. Ésa es la diferencia entre nosotros, por eso vives con él y no conmigo.

—Sí, así es la vida para ti, siempre una ficción algo sesgada.

—De modo que ahora eres madre de dos hijos.

—En efecto.

—Lo dices en un tono triste.

—No, sólo creo que esa frase tiene ciertas connotaciones tristes, pero son unos niños encantadores. Me considero muy afortunada.

—¿Y ahora tú y tu marido hacéis buenas migas?

—Llevamos una vida modélica, sin ninguna dificultad importante. Desde luego, sigo teniendo problemas sin solución, como el de la soledad. Me siento muy sola y a veces mi trabajo me aburre mortalmente, pero por lo demás todo va bien.

—¿Tienes un amante?

—Qué va. Mira, me sorprendió la tremenda pasividad de ese personaje. No tenía idea de que era así. En la medida en que se basa en mí...

—En la medida en que se basa en ti se te parece mucho.

—No, ya no soy así. —Risa—. Ahora soy una persona enérgica.

—¿De veras? Gracias a Dios que te

has vuelto así después de que escribiera sobre ti. Los personajes enérgicos en los libros me producen sueño.

—Pero la pasividad era aterradora. Me parece el retrato de alguien con profundos conflictos, alguien que está fatalmente fuera de la corriente ordinaria de la vida, ¿no te parece?

—Es que al llegar a cierto punto la narración se impuso y alteró las cosas.

—De todos modos veo su procedencia. Hace unas semanas, un amigo mío que acababa de leer el libro me preguntó cuántas veces había comido contigo. «Hay un personaje en ese libro que se te parece de un modo extraordinario», comentó. Mi marido

estaba presente y respondí con una evasiva, no recuerdo qué dije.

—Quizá dijiste que te saltas la comida del mediodía.

—En aquel momento no se me ocurrió nada inteligente que decir. Otra cosa que me turbaba era el motivo que te impulsa a hacer eso. ¿Por qué manipulas así la vida? Sobre todo teniendo en cuenta que estabas empeñado en mantener lo nuestro en secreto, que el secreto distorsionó nuestra relación, tus esfuerzos casi paranoicos para mantenerla oculta, para que tu mujer no se enterase. ¿Por qué entonces escribes un libro que con toda evidencia ella considerará basado en una persona real?

¿Por qué?

—Porque es mi manera de actuar. No se trataba de paranoia, jamás lo ha sido, sino que intentaba proteger a alguien de algo que sin duda le haría daño. Además, ella cree que la persona real es Rosalie Nichols.

—Ah, claro, alguien que pertenece definitivamente al pasado.

—Sí, alguien que vivía en el piso de arriba, como la mujer del libro.

—Todo eso ya lo sé. Hablamos de ella. Estuvo en Oxford conmigo.

—Lo sé.

—Qué curioso. ¿Y qué piensa Rosalie Nichols del asunto?

—También la engañé y me dijo:

«Siempre creí que me querías por mi cuerpo, cuando lo cierto es que sólo me querías por mis frases.»

—Sabía que te diría eso, sabía que ocurriría, que ella se vería reflejada en el personaje. Supongo que se lo está pasando en grande. También espero que, más tarde o más temprano, uno u otro me diga que el personaje es ella.

—Eso será original, ¿verdad?

—No sólo me robas las palabras, sino que las pones en boca de otra.

—¿También vas a enfadarte por eso?

—No me gusta mucho.

—¿Te habría gustado más que pusiera en una nota al pie tu nombre y dirección?

—Ah, qué complicado es todo esto. Sí, estaba enfadada. Pensé que de haber estado en el lugar de tu esposa habría sabido de inmediato que mi marido tenía relaciones con otra desde hacía largo tiempo, y me pareció exactamente lo contrario de lo que decías. Todas las deformidades impuestas a nuestra relación habían sido inútiles, porque de todos modos lo habías publicado.

—Bueno, no estaba preocupado por mí... Me escudé en Rosalie. Pensé que iba a ser peor para ti.

—Podría haberlo sido. Incluso, ¿quién sabe?, podría serlo en el futuro.

—Y tienes otro hijo, lo cual es... bueno, no es un golpe... pero... sí, lo es,

es un golpe. Te quería con locura.

—Es posible que me idealices tal como fui en el pasado. Me temo que ahora la realidad no admitiría comparación, si no con lo que recuerdas, al menos con lo que escribiste. Aquélla a la que quisiste con locura puede que no sea la mujer en la vida real.

—Fuiste tú. No podría haber escrito sobre ella de esa manera de no haber sido por ti. No sé si alguna vez te dije hasta qué punto fuiste tú, o si yo mismo lo supe hasta que escribí el libro. Nos rodeaban ciertas reservas necesarias, pero lo pasamos de maravilla, incluso encerrados en aquella habitación

terrible. Pero no sólo vivía contigo durante unas pocas horas... también vivía contigo cuando escribía. Compartía una vida imaginaria contigo cuando estabas ausente. Todo eso era muy intenso.

—Pero no puedes tener una vida imaginaria y otra real al mismo tiempo. Probablemente yo pertenecía a la imaginaria y ella a la real. En cualquier caso, no puedes anotar así todo lo que te dicen.

—Tal vez, pero la cuestión es que lo hice y sigo haciéndolo.

—Eso me enojó muchísimo, me sentí como esos nativos que se niegan a que les hagan fotografías porque creen que

les arrebatan una parte de su alma.

—Estoy seguro de que te enfadaste mucho.

—Mucho, sí.

—¿Cuándo se te pasó el berrinche?

—Es probable que aún no se me haya pasado.

—Tenía ganas de hablar contigo, añoraba nuestras conversaciones.

—Y anotar lo que digo.

—Claro.

—También yo ansiaba hablar contigo. A veces sosteníamos conversaciones en mi cabeza.

—Yo hacía lo mismo.

—No creo que Freshfield fuese un apellido apropiado para mí. Deberías

habérmelo consultado.

—Procede de un poema inglés.
«Mañana en los frescos bosques y los
pastos nuevos...»

—De eso ya me di cuenta, pero no
me pareció bien. Es demasiado fácil.

—No has perdido tu mordacidad.

—Nuestra experiencia con la mujer
antisemita en el restaurante... todos los
críticos ingleses dijeron que era
completamente inverosímil.

—Sí. —Riendo.

—Pensé que saldrías en mi defensa.
Riendo.

—Creyeron que era demasiado
derroche de imaginación.

—Deberían comer más a menudo en

los restaurantes.

—Nosotros también.

—Lo intentamos, pero aquella mujer nos puso en nuestro lugar. A partir de entonces no iba a salir más contigo, por lo menos en un país cristiano.

—¿Por eso has vuelto a América? ¿Por eso has dejado de venir aquí, porque es un país demasiado cristiano para ti? Así lo parece, a juzgar por tu libro.

—Mi libro es sólo un libro. Me marché por numerosas razones y nuestra separación fue una de ellas.

—Sí, pero en la novela represento en cierto modo a Inglaterra, ¿no es cierto? He pensado en ello. Te convertí

en un extranjero, te hice comprender que Inglaterra no es para ti.

—Todo me hizo comprenderlo. ¿Me convertiste en un extranjero? Es lógico que lo creas así, pero lo contrario también es cierto. A veces, mientras te escuchaba, me sentía como un forastero, pero un forastero que, gracias a ti, también era un poco del país. Aprendía de ti. No es que no lograra entenderte, sino que me aclarabas lo poco que entendía cuanto me rodeaba. Antes de conocerte creía tener una idea bastante precisa del país, pero cuanto más te conocía más aumentaba mi sensación de que estaba viviendo en la China del siglo XII, y al final no comprendía nada.

—¿Cómo esperabas comprender si te pasabas el día entero en una pequeña habitación que ni siquiera tenía cama? Ahora que has regresado, ¿comprendes cuánto te rodea?

—Por lo menos comprendo algo. En Nueva York doy largos paseos y, de vez en cuando, me detengo y sonrío. Me oigo decir en voz alta: «Éste es mi hogar.»

—De modo que eres uno de esos hombres que van por las calles de Nueva York hablando consigo mismos. Aquí también los he visto. Creía que estaban locos.

—No, sólo han regresado de Inglaterra, tras haber trabajado aquí algún tiempo. Cuando paseo por las

calles veo algo que echaba mucho a faltar, algo que ansiaba ver. No se me había ocurrido, por lo menos de una manera tan palpable, hasta que llevaba unos meses aquí.

—¿De qué se trata?

—Los judíos.

—También los tenemos en Inglaterra.

—Me refiero a judíos con fuerza, con apetito, sin vergüenza, judíos quejumbrosos a los que no puedes quitarte de la cabeza, judíos toscos que comen con los codos sobre la mesa, judíos que no se integran, llenos de ira, insultantes, discutidores e impúdicos. Nueva York es la verdadera Sión

turbulenta, tanto si Ariel Sharon lo sabe como si no.

—De modo que Inglaterra es demasiado cristiana para ti.

—Tel Aviv es demasiado cristiana comparada con esta ciudad. Después de Londres, hasta Ed Koch parece bueno.

—¿Quién es ése?

—El alcalde judío al que detestan mis amigos liberales, no yo. Le veo en la televisión agitando los brazos, oigo ese sonsonete, ese presuntuoso graznido étnico, y me inclino para besar la pantalla. El otro día me dirigía en coche a Jersey para ver a mi padre y, al salir del túnel Lincoln, el conductor del coche paralelo al mío me llamó gilipollas.

Bajó el cristal de la ventanilla y me gritó: «¡Eh, tú, gilipollas de mierda, sí, tú!» Yo ni siquiera sabía qué infracción había cometido. Me limité a sonreír y le dije: «No te quedes corto, hombre, saca toda la hiel que llevas dentro.» ¡Ah, esa truculencia, esa belicosidad entusiasta que no conoce las disculpas, absolutamente rejuvenecedora! Cuando veo aquí a todo el mundo empujando a los demás para ser el primero, empiezo a recordar lo que significa ser humano.

—Quieres decir que has vuelto al seno de la tribu.

—En efecto. ¿No es curioso?

—No tanto. El que vuelve a casa.

Has leído la *Odisea*, ¿no?

—Ya veo. Otra historieta épica de exilio y retorno. ¿Y tú quién eres en este caso? ¿Nausica o Calipso?

—Soy Homero. He estado pensando en escribir un libro sobre ti.

—Vamos, ataca.

—¿Sabes cómo lo titularía? No es un título cualquiera, sino el mismo tema del libro. *Besa y cuenta*. ¿Te imaginas lo terrible que podría ser?

—¿Para quién?

—Para ti.

—Haz lo que quieras.

—Yo no soy de ese parecer. Sabes que no soy partidaria de escribir exactamente lo que la gente dice. Estoy totalmente en contra de convertir en

ficción las vidas de personas reales... y luego el famoso autor se molesta con los críticos porque dicen que no inventa las cosas.

—Que tuvieras un hijo no significa que yo no inventara un hijo; que seas tú misma no significa que no te inventara.

—También existo.

—También. Y también te inventé. «También» es una buena palabra para recordar. Piensa que no existes sólo como tú misma.

—Ya no, desde luego.

—Nunca has existido sólo como tú misma. Tal como te inventé nunca has existido.

—En ese caso, ¿quién estuvo en tu

estudio con las piernas sobre tus hombros? Por favor, basta de esta tontería intelectual. Soy inglesa y no quiero ni oírlo. Lo maravilloso de la cultura inglesa es que o somos demasiado sensibles o demasiado estúpidos para hacer caso de esas monsergas. Lo único que digo es que tengo unos sentimientos muy turbios y complejos sobre ese asunto de la revelación de uno mismo, las diferentes clases de traición y lo que todo esto comporta.

—Acusarme de traición es excesivo, ¿no crees? No existía un contrato entre nosotros por el que, en lo que a ti concierne, renunciara a mi profesión.

Soy un ladrón, y un ladrón no es digno de confianza.

—¿Ni siquiera de la de su golfa?

—Crees que te he puesto en evidencia, pero en ese libro no se te identifica, o no eres abiertamente identificable. Por mucho que me hayas servido como modelo, el gran público británico lo ignora y basta con que no se lo digas para que siga ignorándolo.

—No te lo tomes así. Sólo he dicho que mis sentimientos acerca de todo esto son complejos. El asunto en sí es muy simple: una mujer visita a un hombre para charlar un poco y en lo que el hombre piensa realmente es en su máquina de escribir. Amas a tu máquina

de escribir más de lo que podrías amar a cualquier mujer.

—No creo que contigo sea así. Me parece que os amo a las dos por igual.

—Mira, sé que cada vez que te sientes agitado y ambivalente es que tienes algo entre manos sobre lo que escribir. Mi libro trataría de besos y conversaciones, porque eso es lo que haríamos. No te lo he explicado bien.

—Sí que lo has hecho.

—¿Crees que debo escribirlo?

—No soy quién para negarme, sobre todo porque puedo escribir otro sobre ti.

—No harías eso... no lo estarás haciendo, ¿verdad?

Riendo.

—Sí, claro que lo haré. Esta conversación formará parte de ese libro.

—Me sorprendería. Eso sí que sería rebañar las últimas migas.

—No te subestimes. Tus migas han sido magníficas para mí.

—¿Lo dices en serio? Estaba tan enojada... El enfado me duró meses, aunque en realidad me sentía muy dividida, porque en cuanto leí el libro no pude seguir enfadada.

—¿Por qué no?

—Porque creo que es tan... tierno, a menos que me equivoque.

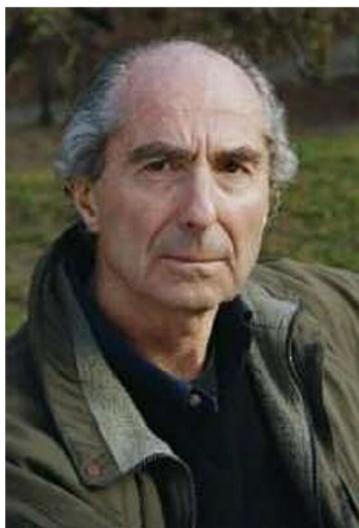
—No te equivocas. Pensé que algunas cosas te gustarían y las puse sólo para complacerte.

—Sí, no se me pasaron por alto. Esa lectura fue extraña para mí, muy extraña, porque no tenía duda de qué partes iban dirigidas a mí. Puede que estuviera equivocada, pero no tenía duda, como tampoco de las partes ajenas a mí.

—Estoy seguro de que no pasaste nada por alto. Pensé que esa vida imaginaria muy bien pudo ser la nuestra.

—Lo sé, lo sé, es una historia muy extraña.

—Sí, nadie la creería.



PHILIP MILTON ROTH. (Newark, Nueva Jersey, 19 de marzo de 1933) es un escritor estadounidense de origen judío, conocido sobre todo por sus novelas, aunque también ha escrito cuentos y ensayos. Entre sus obras más conocidas se encuentran: la colección de cuentos de 1959 *Goodbye, Columbus*, la

novela *El lamento de Portnoy* (1969), y su «trilogía americana», publicada en los años 1990, compuesta por las novelas *Pastoral americana* (1997), ganadora del Pulitzer, *Me casé con un comunista* (1998), y *La mancha humana* (2000).

Muchas de sus obras reflejan los problemas de asimilación e identidad de los judíos de Estados Unidos, lo cual lo vincula con otros autores estadounidenses como Saul Bellow, Premio Nobel en 1976, o Bernard Malamud, que también tratan en sus obras la experiencias de los judíos estadounidenses.

Gran parte de la obra de Roth explora la naturaleza del deseo sexual y la autocomprensión. Su ficción se caracteriza por el monólogo íntimo, pronunciado con un sentido de humor rebelde y la energía histérica a veces asociada con el héroe y el narrador de *El lamento de Portnoy*, la novela que le trajo la fama.